

**Albergue
y otros cuentos**

Albergue y otros cuentos
Diciembre de 2015
Edición: La Plata, Bs. As., Argentina
Impresión y encuadernación:
Bahía Blanca, Bs. As., Argentina
Editorial Kan

**Albergue
y otros cuentos**

Francisco Tavaglione

Agradecimientos

Este libro no hubiese sido posible sin la colaboración de amigos directos, conocidos, e incluso completos desconocidos.

¿De qué serviría esta ensalada de letras con diversos sentidos que las ligan, si no fuera por los desconocidos a los que va a llegar? A vos, que tenés el libro abierto, te doy las gracias. Muchas gracias, infinitas, porque es tu existencia la que le da a la mía la posibilidad de jugar a escribir, a hacerme el escritor, a incentivarme a seguir haciéndolo, a compartir lo que sin vos, quedaría eternamente en el subsuelo del anonimato.

También agradecer a quién me parió al universo literario, la profesora de literatura Mirta Crosio. Nunca hubiese imaginado yo que detrás de una tarea escolar más, se encontraría agazapada una pasión, a la espera de que la descubra –o que ella me descubra a mí–.

Demás está dar las gracias a todos los lectores que en *Facebook* me hacen devoluciones positivas, e incluso me halagan definiéndome como escritor. Palabra enorme en la que cuesta entallar a medida, por las inmensas y monstruosas sombras que proyecta, pero que de todos modos es tan hermosa y estimulante como el mimo de una musa, o el perfume de la libertad.

Por supuesto a los conocidos y amigos que a diario me leen, me corrigen, me critican constructivamente. A ellos todo mi reconocimiento, porque son el espejo en que me reflejo a diario.

Por último dar las gracias a las personas que participaron directa y activamente en la creación de Albergue y otros cuentos: A Sonia Córdoba, cuya pintura envolvió con su arte las páginas de este libro. A Camila Suarez, quién escribió la reseña autobiográfica, allende los constantes estímulos y la infinidad de ideas que brindó para la conformación de Albergue... A Juan Andrés Mariani, que extendió las alas, realizando una labor artesanal impecable de armado y encuadernación.

Y a mi gran amigo, Gonzalo Solla, qué llevó a cabo las tareas de diseño y edición de este volumen. A él darle las gracias al cuadrado, porque su trabajo es de aquellos que pasan desapercibidos, disimulados, pero sin los cuales este proyecto hubiese quedado incompleto, imperfecto, grotesco.

Índice

Naiara.	13
El Hombre de las luces.	18
Happy Life.	28
Medicado.	34
Río.	45
En Defensa Propia.	66
Misterios y Asesinatos.	71
Piropo.	89
Crímenes Casuales.	95
Albergue.	103

Prólogo

Cortito porque aburren, los prólogos extensos. Uno quiere llegar al plato principal. Sabrán disculpar los lectores si en esta compilación, paradójicamente, dejé para lo último el cuento que da título al libro. Tengan paciencia, les aseguro que tiene toda su razón de ser.

Esta compilación de diez cuentos es un pantallazo de las temáticas que suelo abordar. Algunas veces, cuando estoy más oscuro, disfruto caminando bajo la lluvia, los refucilos y el olor a pescado podrido proveniente de la sudestada. Otras veces, prefiero las fragancias de verano, el aire cálido y el canto de los pájaros.

Me pasé por alto en los agradecimientos nombrar al arte en general, y la literatura en particular: sin ella, más de uno hubiera sido devorado por todos aquellos monstruos que uno despliega y se da la libertad de manifestar, de sacar afuera, de poner en evidencia. Por dar una vía de escape a las fantasías, que por momentos pueden llegar a ser inconfesables.

La ficción es la mejor de las realidades. Porque en ella nadie puede venir a decirnos, como ha de ser la realidad. La ficción es la madre de toda realidad. De hecho, la realidad consensuada, en la que todos estamos de acuerdo, no es más que la hija menor, de las infinitas que tiene la ficción.

Naiara

Intenso. Tan intenso como el olor a mierda y carne podrida de quien murió con las tripas afuera, dentro de un sótano.

Así de intenso fue nuestro romance, y de doloroso, demencial, y también así -no había alternativa- fue su final.

No la soportaba más. Sobre todo cuando me halagaba. Odio tanto los halagos como la burla desmedida. Cuando alguien me reconoce un mérito, por fuera sonrío, pero por dentro transpiro, resultado de una lucha entre mantener la calma y arremeter contra quien me provoca. Mi problema con el halago es que lo considero por demás egoísta. Siempre cuando alguien reconoce un logro en otro, solo lo hace si ese reconocimiento también le alcanza a él, como el voluntario que hace caridad pero aprovecha su posición para sacar ciertos beneficios. Un día caí en la trampa, y aprendí que no debía hacerlo. Estando yo en el casamiento de una conocida -muy feliz ella, naturalmente- la dama me reconoció que le gustaba mucho cómo escribía, que debería “meterle” y ser escritor, que esto y lo otro... caí como un idiota, me sentí contento

del halago, y la energía que ella irradiaba en su noche me alcanzó y me hizo brillar un poco a mí también... pero al otro día, cuando el alcohol y el orgullo ya no tenían soberanía sobre mí, advertí la maniobra: ella me halagaba para halagarse ella, porque quien da las gracias –o sea yo-, está reconociendo haber recibido algo. Ella me halagaba y me mentía, descaradamente, aunque quizá era consciente de eso... pero lo hacía, y yo me dejaba engañar. Su reconocimiento no era más que otra de sus manifestaciones de alegría, y yo tomándome el halago como sincero. ¡Qué iluso! Desde entonces los halagos me parecen algo lindo pero vil, una masturbación entre dos. Los recibo, pero no estímulo a que prosigan, y si alguien lo hace, pasa a formar parte de la lista de personas indeseadas que no quiero volver a ver. Todo depende de la intensidad, por supuesto.

Con Naiara pasó algo parecido, solamente que además del halago y de su consiguiente odio, en el medio hubo amor. Un amor tan intenso como el olor a mierda que salió de sus tripas cuando la abrí de lado a lado con mi cuchilla de asador.

Estábamos locos, sin duda. Ella en pareja, también yo, viéndonos a escondidas, cogiendo como dos perros desenfrenados... los primeros halagos me gustaron, pero los siguientes no tanto. Y sobre el final, cuando comenzaba a faltarme el aire, y la piel se me erizaba ante su sola presencia, y los puños se me cerraban con furia, tensa la mandíbula y disparatamente alocada la imaginación –fantasías de muerte y asesinato- no sentía hacia ella otra cosa que odio, un odio tan extremo como para cargarla a palo cada vez que me decía que le gustaba algo mío. Y ella lo buscaba. Ella sabía que le iba a pegar, y por eso con tantas más ganas lo hacía. También me pegaba ella, cuando yo hacía algo que le molestaba. Nos peleábamos hasta quedar exhaustos, haciendo el amor salvaje y violentamente o distanciándonos por varios días. Hasta que un día... era ella o yo. La locura no podía ser mayor. Me propuso algo de lo más indecente, tan horrible que hasta mí ser descuajeringado por nuestra relación enfermiza advirtió que estaba diciendo una locura: deshacernos de nuestras respectivas parejas, matarlas y esconderlas en el sótano. Me lo dijo entre risas, pero un brillo de curiosidad en sus ojos, y una espera de intriga, me advirtieron que lo decía en serio.

Sentí asco, un asco tan intenso como el placer que esa misma idiota me sabía dar. Matar a mi novia, que estaba completamente exenta de nuestra parafernalia amorosa, matarla solamente por un juego, cuando podíamos sencilla y sanamente cortar con nuestras parejas y formalizar lo nuestro... no... aquello sobrepasaba cualquier límite, al mismo tiempo

que me alertaba de que en cualquier momento, podía ser yo la víctima de sus juegos.

Ella me juraba amor. ¡Ay Naiara! ¡Ay Naiara! Con ese nombre, dulce como la miel, y esos ojos negros como una noche sin luna; con tu boca excitante, carnosa, que me brindó tantos suspiros de placer –y de rencor-, y ese cuerpo, moreno, sensual, irresistible para mi debilidad carnal... ¡Ay Naiara! Qué diferente hubiese sido todo si ninguno de los dos hubiera estado tan loco. Y a pesar de todo, me sigo preguntando si eras vos, o yo, el que estaba peor. Sea como fuera, una vez que se me pasó la bronca, la engeuecedora furia que me llevó a abrirte al medio –y esta vez no justamente las piernas, como tanto te gustaba que lo haga- advertí mi error, y una culpa inmensa y pesada como la muerte recayó sobre mí, sumiéndome en las cavilaciones más horrosas que un ser humano podría tolerar, sin quedar completa y eternamente sometido a las garras de la locura más extrema.

Culpa Naiara, mucha culpa, sobre todo por haber sacado del interior esas tripas vulgares, nefastas, que te quitaron toda la belleza que te caracterizaba cuando estabas entera. El olor, la sangre, tu rostro desfigurado por el pánico y el dolor, por la agonía recorrida durante los últimos instantes de tu vida. Te juro, si es que desde algún lado me escuchás, que nunca quise hacerlo. Fue una explosión, un estallido que libró todo lo peor de mí, algo que vos sabías sacar con tan solo una mirada o un gesto. ¡Nos conocíamos tanto! A veces me pregunto, si la vida no nos cruzó para que vivamos la experiencia del demonio. Ninguno de los dos creía en Dios ni en el demonio, pero si no eras vos, Naiara, el demonio cuando estabas conmigo, entonces no puedo imaginar nada peor, nada más nocivo para la salud y para la vida; no puedo imaginar que exista algo más dañino, y atractivo, y maldito y sugestivo que vos.

Y sin embargo, tengo que confesar que no fue tu idea de matar a nuestras parejas la que me llevó a ponerle fin a lo nuestro. Fue tu frase, esa frase tan insoportable, asfixiante y demencial, con la que me venías torturando a sabiendas de mi sufrimiento, y que me volviste a decir justamente en el sótano, la noche que la muerte te encontró, usándome como instrumento y mediador. Últimamente te estabas poniendo muy turbia, muy tétrica. Todo en vos era oscuro y nefasto, desde tus apariciones sorpresivas a horas descabelladas, hasta la cola de perro que me regalaste y que le habías cortado a la mascota de tu vecina, solamente porque te molestaba que repose al sol de tu vereda. No sé por qué no te dejé, no te eché a las patadas, cuando aparecías de la nada, diciendo que ibas a

ir a la casa de mi novia a contarle todo, a despellejarla, a asfixiarla... no sé por qué te escuchaba, en lugar de ponerle fin a lo nuestro. Y tampoco sé por qué vos me escuchabas y me seguías provocando cuando te decía que te iba a matar.

Estábamos locos, Naiara, pero qué bien la pasábamos cuando estábamos en la cama; o en la mesa, o en el baño, o en la mesada, o en el auto, o contra un árbol. Ahora me pregunto si acaso todo el placer que sentíamos al estar juntos, no correspondería a aspectos distintos que el mero goce. O quizá, precisamente, correspondía con exactitud al goce, a los peores goces y vicios que, por el bien de todos, en las personas normales debe permanecer oculto, cuando menos velado, disimulado, y solo ir manifestándose de a poco, muy poco, y generándole a la persona, la mayoría de las veces, cierta incomodidad y sufrimiento. En cambio nosotros, nosotros nos abríamos a nuestras anchas y como dos dictadores le dábamos libertad e impunidad total a nuestras ansias, a nuestros vicios, a nuestras pasiones más repugnantes, abrazándonos al placer como dos caníbales al cuerpito tierno de un bebé.

Naiara. Te amaba. Te lo dije mil veces, y también te odiaba, quizá todavía más. Pero cuando volviste a provocarme con eso, no pude soportarlo, y mi ser reaccionó con una contundencia y una ferocidad muy superior a lo que mi voluntad podía controlar. Reaccioné como pude, sin pensarlo, y cuando te vi tirada, despanzurrada, agonizando, mirándome con esos ojos negros de fiera salvaje, que en el fondo seguían disfrutando del dolor y de la locura de a dos, sentí que lo que había hecho había sido inevitable y necesario.

¿Te acordás lo que me dijiste, Naiara? Seguro que sí, porque no era la primera vez que lo hacías. Te odié tanto. Estábamos peleados, y seguíamos peleando. Los siete días anteriores veníamos enemistados como yankees y soviéticos, todo era motivo de pelea, y había peleas que tenían sobrados motivos para seguir hasta el infinito. Entonces, en un momento en que debiste haber guardado silencio, decidiste provocarme. Sé que te gustaba ponerme a prueba, ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar; ese era el principal de tus placeres, jugar con mis límites. Por eso me propusiste matar a nuestras parejas, y amenazabas con matar a mi novia, y le cortaste la cola a un perro inocente, para ver mi reacción de asco, tristeza y repulsión. Y siendo que sabías qué cosas me molestaban muchísimo, sin embargo decidiste desafiarme. Es que no podías dejar de hacerlo; tan inmenso era el placer que habías encontrado en eso, quizá mucho más poderoso que el que te procuraban nuestras demencias compartidas,

nuestros cuerpos sudados y fervorosos acoplados.

Estábamos enfermos, ya sé, y vos lo sabías. Y para cualquier otro puede resultar disparatado el motivo del asesinato, pero para vos y para mí... los dos sabemos que entre nosotros no había inocentes. Culpable sí, lo soy, pero responsable, vos también. ¿Te acordás lo que me dijiste, Naiara? ¿Cuáles fueron tus últimas palabras? ¿Las dos palabras que pronunció aquella boca sensual que tantas veces me rozó e hizo estremecer la piel? Me habías visto con la cuchilla en la mano, amenazante, con la mirada desorbitada, y sin embargo seguiste adelante, con un gesto de fascinación tan intenso como si estuvieras contemplando un magnífico espectáculo de la naturaleza del que tomaras parte. Yo sí Naiara, hermosa y estúpida Naiara, yo sí me acuerdo porque nunca dos palabras tan simples produjeron tanta enfermedad en mi vida –y dudo que lo hayan conseguido en otra persona-. “¡Te admiro!” me dijiste, con una soberbia y una arrogancia tan patentes, que no pude evitar describir un arco con la cuchilla. “¡Te admiro!”, y tu panza –ese abdomen perfecto, que solo de recordarlo me excita- se abrió como una hogaza de pan caliente, dejando al descubierto los blancuzcos e indefensos intestinos que separaban la vida de la muerte.

El hombre de las luces

La historia que voy a contar puede resultar inverosímil, pero es de las historias más apasionantes que me han tocado conocer. Lloré al escucharla, y también al transcribirla. Y todavía no puedo creer hoy, que el destino me haya acercado una historia tan apasionante. Haría una introducción mucho más larga, si quisiera estar a la altura de los hechos, pero prefiero no perder el tiempo ni su paciencia.

Conocí a Jaime por casualidad, una soleada tarde de primavera. Estando yo en un restaurante pequeño y económico, una niña de alrededor de diez años empezó a convulsionarse, como si se estuviera electrocutando. Y en efecto, la puerta de chapa que estaba intentando abrir, agarrando el picaporte de fierro, por un cortocircuito estaba descargando sobre ella una continua y poderosa carga eléctrica. Todos los presentes nos quedamos inmóviles, como suele suceder cuando el incidente resulta espontáneo y violento a la vez, menos un hombre, que antes que nadie pueda respirar se levantó de su silla, corrió hacia la niña y la arranco de

las fuerzas oscuras e invisibles que la mantenían sujeta a la puerta, y le hacían temblar y retorcerse como poseída. No fui consciente pero antes de que la toque le grité “No”- por temor a que también él quede pegado-. Pero el tipo parecía haber estado parado sobre suelas de madera, porque la corriente que a ella estaba a punto de calcinar, a él ni siquiera le crispó un pelo.

Cuando advertí mi condición me avergoncé un poco. Estaba de pie, señalando acusadoramente hacia la puerta. En tal posición había quedado luego de gritar “No”, y así mismo había quedado al ver que él no había sido presa de la descarga. Cuando me senté la madre corría hacia la niña, y ella comenzó a llorar. Según dijo le ardía mucho la mano, y le dolían todos los músculos, sobre todos los del cuello y los hombros. En ese momento se acercó a mí el hombre que había salvado a la niña.

-Caballero- me dijo- veo por su rostro de incredulidad que no comprende cómo conseguí liberarla sin quedar soldado yo también...

Asentí con la cabeza, sin poder responder nada. Era un hombre de unos cuarenta años, de no más de un metro ochenta de estatura, de cuerpo macizo y músculos que en alguna época debieron estar bien formados y firmes.

-Y bien... aunque hace mucho no tenía que poner a prueba mis dotes- continuó-, ahora que los utilicé debo reconocer que siguen intactos...- dijo mirando hacia la puerta, donde un grupito de personas que por fin había reaccionado, rodeaba con curiosidad a la niña.

-¿Dotes...? ¿Qué dotes...?

El hombre volvió a mirarme. Yo estaba solo, y al parecer él también, por lo que señalando la silla vacía que tenía en frente, preguntó si podía. Asentí y le pregunté si quería tomar algo.

-Una cerveza me vendría bien. Aunque no me electrocute, los nervios de aquel grito desesperado me pusieron los nervios de punta, y la garganta seca- dijo esbozando una pequeña sonrisa.

Mantuvimos silencio hasta que llegaron las cervezas. Una vez bebimos ambos dos, el hombre prosiguió:

-Me llamo Jaime- dijo tendiéndome la mano. “Francisco” le correspondí-. Desde pequeño descubrí una extraña relación con la corriente. La

primera vez que descubrí que pasaba algo dentro mío, fue cuando, habiendo llegado de la escuela y estando sumamente enojado porque yo quería volver a vivir al campo, de dónde nos habíamos venido porque mi papá había conseguido trabajo en la ciudad, hice estallar la lamparita del baño. Fue sorpresivo hasta para mí. Yo me estaba mirando al espejo, maldiciendo la vida de ciudad, extrañando a mis abuelos, cuando toda aquella energía pareció condensarse en el vidrio del foco, estallando en mil pedazos.

“En principio creí que tenía la capacidad de mover objetos y hacer estallar lámparas, pero con el tiempo me di cuenta que estaba equivocado. Tenía la facultad de encender foquitos, al tocarlos con cualquier parte del cuerpo, e incluso colocándomelos en la boca.

“La explosión que hizo nacer mis dotes, solo había sido una incontrolable y poderosa descarga. Pero el resto de los días, cuando andaba más tranquilo, aprendí a concentrarme y encender lamparitas, y no solo eso, sino también a controlar su intensidad, haciéndolas brillar tenuemente, o estallándolas con un poderoso fulgor.

Jaime tomó otro trago largo de cerveza, se secó la boca con el dorso de la mano, ante mi atenta y silenciosa mirada, y continuó.

-No tardé en aprovechar mis dotes para sacar una ventaja económica. Comencé haciendo espectáculos. Primero en zonas rurales, donde muchos campesinos creían que era cosa del demonio, o de espíritus malignos. En la ciudad no lo interpretaron del mismo modo, pero la curiosidad, sea en el China o en la Quiaca, tiene una raíz común. Así que hice espectáculos en pequeños bares, como este, luego en otros más grandes, hasta llegar a estar en boliches tan grandes como una ciudad, y tan lujosos como diez mansiones de diez ricos derrochadores juntos.

“La gente esperaba mi espectáculo. Me aclamaban. Cuando salía a escena todos gritaban, pero enmudecían apenas encendía dos lamparitas, una en cada mano. He llegado a tener diez lámparas encima, todas prendidas- bebió y siguió-. Dos en cada mano- dijo extendiendo los brazos-, dos en la boca, una debajo de cada axila, y dos más apretadas entre las piernas. En medio de la oscuridad formaba una especie de avión, y la gente se volvía loca con eso.

Hizo una pausa mirando hacia arriba, como si estuviese recordando. Yo no podía ni quería acotar nada. No quería interrumpirlo ni sacarlo del hilo y camino que él mismo estaba tejiendo para contarme su historia.

-Pero el éxito y la ruina- continuó, con aire reflexivo- están uno junto a la otra. Son hermanos mellizos, y quien no se anda con cuidado termina acostándose con los dos. ¿Pero sabés quién triunfa? La ruina, porque siempre el mal va a tener más poder que el bien, dado que el alma y el cuerpo son débiles.

“Terminé metido en las drogas. El ambiente de la noche está plagado de drogas, y de personas que quieren verte “enchufado”, “eléctrico”- enfatizó estas dos palabras-, sobre todo a un hombre que controla la energía, ¡quieren verlo todavía más enérgico! Y yo cedí, empecé con las blandas y terminé con las más duras, noches de placer y mañanas de sufrimiento. Los espectáculos me interesaban cada vez menos... solamente quería el circo de alrededor, el champagne y la coca, y las minas pagas y los amigos falsos.

“Hasta que hubo algo que me ayudó a salir, a rescatarme, por decirlo como hablan ustedes, los jóvenes... una chica...- sus ojos se encendieron; una chispa de amor, de un amor tan puro y dulce como la miel, pero atravesados por una humedad propia de la nostalgia- pero creo que no tiene sentido que te lo cuente...

-Sí, por favor, si podés contámelo- lo incentivé.

-Pero tengo que volver a la época escolar...

-Tengo todo el tiempo del mundo- dije bebiendo un trago de cerveza. Él ya había terminado su vaso, así que pedí otras dos.

-Bueno... voy a tratar de abreviar... cuando iba a cuarto grado conocí a la chica más dulce y hermosa que la tierra hubo conocido nunca. Era fresca y tierna, tenía el pelo rubio y dos trencitas de oro a ambos lados de la cabeza. Me enamoré desde el primer día, y tanta fue mi pasión que terminamos siendo mejores amigos. Claro que detrás de mi amistad había deseo, pero nunca me atreví a confiárselo. Terminé siendo amigo de su familia, y cenando con sus padres, que eran tan simpáticos como ella. Yo fantaseaba que me casaba con Laura, Laura se llamaba, y quizá ella también lo hacía... sea como fuere, pasábamos casi todo el día juntos-. Llegó la cerveza y dio las gracias al mozo-. Ya te dije que yo añoraba volver al campo, junto a mis abuelos, a los animales, al aire puro. Bueno, ese último año aquel deseo había perdido vigor. Lo había sustituido por Laura. Estar con ella era lo más hermoso que me podía pasar. No descaba ni el campo, ni mi casa, ni la escuela, aunque ir a estudiar significaba verla, y por tanto lo hacía gustoso.

“Un día, papá me anuncia con una radiante sonrisa que al terminar las clases –faltarían unas dos semanas- volveríamos al campo. Menuda sorpresa y desilusión que se llevó, pobre papá, cuando entre llantos le dije que no quería irme, que no quería volver. Él, que sabía que la ciudad no me gustaba, que había renunciado al trabajo en que lo explotaban pero que nos daba de comer –y nada más- quedó estupefacto ante mi reacción. De todos modos, tomada la decisión hubimos de marchar.

“El último día de clases, al terminar el acto y retirarnos del colegio, Laura se acercó con ambas manos detrás de la espalda. ¡Estaba tan linda! Nos quedamos parados, mirándonos, uno frente a otro, en medio de un río de personas que avanzaban atropelladamente hacia la salida. Laura se mecía hacia adelante y hacia atrás, con inocencia. “Elegí una mano” me dijo. Yo señalé la derecha, y sacó la mano vacía, con el dedo meñique extendido. Ese era nuestro saludo, nuestro gesto de promesa. Enlazábamos los meniques como los caballitos de mar enlazan sus colas. “Prometeme que nunca me vas a olvidar” dijo, y a mí el corazón me latió tan fuerte que casi se me escapa del pecho. Entrelacé mi dedo y prometí que nunca lo haría. “Elegí la otra” volvió a decir. Entonces me dio una carta, decorada con corazones y mariposas de colores, dibujadas por ella. Al dárme la se sonrojó, y un coraje inusitado me impulsó a besarla, pero justo antes que lo consiga una docente nos empujó hacia afuera, hacia la calle, al grito de “no tenemos todo el día para salir”.

“Una vez afuera la perdí de vista. No podía creer que aquella sea la última vez que la veía. Iba alelado, caminando como un muerto en medio de los vivos, un infeliz rodeado de alumnos felices, alborotados, pateando mochilas y guardapolvos porque durante tres meses no volverían a tocarlos. Yo caminaba ensimismado, sujetando la carta que Laura me había dado. No quería leerla. Tenerla en la mano prolongaba mis expectativas. Me permitían fantasear todas las cosas que podría decir. Pero entonces, sentí un tirón y la carta me fue arrebatada de la mano. Me giré y salí corriendo detrás del que me la había robado. En la otra esquina estaba todo el grupito con el que tiempo atrás había tenido problemas- agarró unos maníes y se los llevó a la boca. Luego los riogó con un trago de cerveza fría-.

“Eran los mismos tres o cuatro que se burlaban de mí por ser del campo, hasta que un día exploté y me pelee con tres de ellos. Suspensión para todos, y hospitalización para dos de ellos. Ahora, el que me había robado la carta se la había dado a otro, y entre los cuatro se la pasaban de mano en mano impidiéndome que la agarre. “¿Qué tenemos acá, una carta de amor?” dijo uno de ellos. Los otros tres me sujetaron con fuerza mientras

el cuarto abría la carta y la leía, en voz alta, burlándose de mí. “Jaime, te voy a extrañar. Sos mi mejor amigo y te quiero mucho...” Leía la carta y todos se morían de la risa. Yo me sentía desfallecer, pero la bronca revivía mis fuerzas y me sacudía sin poder soltarme. “Ojalá te vuelva a encontrar, entonces te voy a dar un abrazo tan grande como el sol...” Los muchachos se reían y los adultos que pasaban cerca nuestro nos miraban como si estuviésemos jugando. Nadie hacía nada. Entonces el que leía se cansó de hacerlo, y empezó a romper la carta en varios pedazos. Luego la soltó al viento, y los papeles se esparcieron tan rápidamente que se perdieron en las calles de la ciudad con la misma indiferencia con que la alcantarilla se bebe el agua de los cordones. En ese momento llegó mi papá y los otros salieron corriendo. Yo me subí al auto, con la nostalgia más grande que mi corazón pudo tolerar, y en el silencio de la congoja viajé hasta el campo, con papá y mamá delante cantando, intentando alegrarme el día. No sonreí, para mi posterior arrepentimiento, ni les conté nunca lo que había pasado.

Nos interrumpió en ese momento un niño vendiendo curitas. Le compre dos paquetes con tal que se vaya y nos deje seguir hablando.

-¿Y la volviste a ver?- pregunté, sin controlar mi ansiedad.

Él asintió con cortitos movimientos de cabeza, pensativo.

-Diez años después- dijo, y guardó un silencio que contenía mucho de respeto-. Yo venía haciendo shows en distintos lados y consumiendo cuanta droga se me cruce delante. Mis abuelos habían muerto los dos, y con ello yo me había vuelto un muchacho rebelde y con una sensibilidad extraña. Destrozada, en busca de firmezas que las drogas intentaban proveerme, con esa falsa máscara que tienen las drogas; son parecidas al diablo, si es que existe: te dan pero, a cambio, te quitan el triple de lo que te brindan. Iba de mal en peor. Varias veces terminaba a las piñas y llegué a pasar varias noches en la comisaría. Hasta que una noche, luego de un espectáculo, mientras consumía todo lo que mi nariz toleraba, y llevaba tomada más de media botella de Whisky, apareció una chica en lo que sería mi camarín. Yo estaba tan “puesto” que mi primera reacción, cuando ella se acercó a mí, fue defenderme. Las fanáticas me tenían los huevos llenos, y las drogas los nervios tensos, así que me abalancé sobre ella con brutalidad, y los otros dos que estaban conmigo -que eran los dueños del boliche- tuvieron que calmarme. Volví al sillón mientras los dueños intentaban echarla, y ella dijo que me conocía, que era Laura. Yo en aquel momento no recordaba a ninguna Laura. Me senté y bebí otro trago de Whisky, con la soberbia y la indiferencia de un astro. Entonces

ella se zafó de los hombres y corrió hacia mí. Se paró delante mío y me dio una cachetada tan determinante que me hizo abrir los ojos y prestar atención. Levantó una mano, y con un finito y conocido meñique extendido, me dijo: “Prometeme...- los nervios, la bronca y la agitación no la dejaban hablar- prométeme que nunca me vas a olvidar...” Ahí sí que mi mundo se desmoronó. Por más drogas e insensibilidad y crisis que tenía encima, ahí sí que el universo entero se tambaleó. Mi alma dio un vuelco, y las lágrimas inundaron mi vida con tal intensidad que durante diez minutos no pude dejar de abrazarla y llorar, sacudido por violentos espasmos de tristeza y emoción. Laura, mi amada Laura. ¿Cómo había podido olvidarla?- Me miraba serio y compenetrado. Tomó un trago de cerveza y siguió-. Por eso te decía que el mal siempre triunfa ante el bien, cuando uno se acuesta con los dos. Una vez que recuperé la calma, y la sobriedad, pasamos una semana juntos, en que yo no hice ni un solo espectáculo porque lo único que quería era estar con ella. Hicimos el amor tan apasionadamente que volvimos a sentirnos los dos niños enamorados que habíamos sido en la escuela. Sentí que el sol volvía a entibiar y el agua recuperaba su sabor fresco y puro. La vida volvía a sonreír. Nos juramos nunca volver a separarnos, no volveríamos a pasar por aquella prueba horrible, donde el cuerpo siente que le amputan un miembro. Pero justo en ese momento me fue propuesta una gira por todo el país. La rechacé inmediatamente, pero ella me incentivó a que la haga. Que me acompañaría. Tenía que viajar a su ciudad por el cumpleaños de su abuela, pero luego iría a mi encuentro y me acompañaría durante toda la gira. Acepté, cuando debería haberle hecho caso a mis presentimientos. Porque quiso el destino que no vuelva a verla nunca más.

Me quede helado. Una lágrima de tristeza casi asoma fuera del ojo. Conseguí mantenerla dentro, pero la boca abierta expresaba a las claras mi desconcierto.

-¿Cómo que no?

El negó con la cabeza, visiblemente afligido.

-¿Por qué?

-No sé... nunca lo supe... y temo... no sé...

Jaime parecía haber llegado a una encrucijada sin resolución, un callejón sin salida. Tenía la mirada clavada en el vaso, pero sin duda no estaba mirándolo. Su cabeza estaba en otro lado. Para sacarlo del ensimismamiento, le pregunté qué había pasado con la gira.

-Era una trampa- dijo llevando una mirada grave del vaso a mi rostro. Me querían secuestrar para enviar a Marruecos. Hay allá un circo con “fenómenos”, así le llaman a las personas con capacidades extraordinarias. Funciona por fuera de la ley, claramente, porque la mayoría de los artistas están secuestrados, presos, esclavizados. En Marruecos la política tiene una relación tan cercana con el tráfico que este circo no tiene ningún inconveniente con mantener secuestrados a sus artistas, con tal que al estado le den una parte de las ganancias.

“Hice dos o tres espectáculos. Me parecía raro que Laura no venga. En esa época no había celulares, si no todo hubiera sido más fácil. Había teléfonos fijos, pero yo nunca me había dado cuenta de pedírselo. A mí la promesa de estar por siempre juntos me bastaba. Y tampoco ella tenía ningún número mío porque yo no tenía teléfono fijo ni vivienda. Vivía alquilando, de un lugar a otro. Y como la gira no me permitía detenerme, cambiábamos de lugar cada dos o tres días.

“El último destino era un pueblito, bien al norte del país. Ahora me doy cuenta el por qué: bien cerca de la frontera. Pero en aquel momento lo consideré un halago, haber recorrido el país demostrando mis capacidades. Pero al llegar, era un lugar extraño: un barcito de pueblo, con pocos pueblerinos de rostros temerarios y miradas huidizas bebiendo dentro. Nadie se interesó por mí, ni siquiera el dueño del local. La función sería al día siguiente. Era una mentira. Esa noche me pusieron algún sedante en el vino, y al despertar, al día siguiente, estaba atado dentro de una casilla, tan pequeña y sofocante como el interior mismo de la tierra. El que me había llevado de gira, el que sería mi representante, era cómplice de ellos. ¡Hijo de puta!- lo maldijo con marcado odio en la voz-. Y pensar que antes de salir de gira lo llevé a comer a casa, con mamá...- hizo un movimiento de negación con la cabeza.

“Bueno- reanudando la conversación- la cosa es que no sé qué inconvenientes tuvieron con la frontera, que no pudieron sacarme del país, y como nadie se quería hacer cargo de mí, me dejaron tirado en un monte. Hubiera muerto de sed y calor -en el norte llega a hacer cincuenta grados- si no fuera porque un buen hombre, un paisanito de más de setenta años, me encontró tirado al costado del camino. Me desató y me llevó a su casa, donde recuperé las fuerzas y el sueño. Luego me pagó un pasaje -porque yo no tenía un peso- para que regrese al campo, donde mamá desde hacía muchos días no tenía noticias mías.

“Luego volví a la ciudad, pero no pude dar con Laura. La busque y pregunté por ella, y a mis ex compañeros de escuela, muchos de los cua-

les ni siquiera me recordaban, pero nadie supo decirme nada. Una sola persona me dio una vaga información, de que Laura había conseguido una beca en Francia. Nunca supe si era cierto. La cosa es que no volví a saber de ella, y no hay día en que no pase y la recuerde con nostalgia. Agradezco hasta el día de hoy, veinte años después, que me haya sacado de las drogas. Fue una semana, tan solo una semana, pero tan radiante y feliz que alcanzó para que no quiera caer nunca más en las garras de la fría oscuridad de la noche y sus vicios.

-¿Y no probaste con facebook?

Por entonces la red social no tenía más de un año desde su creación. No todos lo usaban, y menos todavía las personas de una cierta edad.

-¿Con qué?- preguntó extrañado.

-Con Facebook. Es una página donde podés buscar personas, si es que tienen creada una página de facebook.

Negó encogiéndose de hombros y moviendo la cabeza.

-¿Querés que la busquemos?

Su rostro se encendió nuevamente. Asintió y me preguntó cómo hacerlo. Aboné la cuenta y fuimos hasta un cyber. Ingresé en mi página y comenzamos a buscar todas las Laura Rodríguez que pudiera haber.

-Es esa, es esa...- me dijo al cabo de un rato en que empezábamos a perder las esperanzas, alterado, sacudiéndome del codo con fuerza.

Entramos en su muro y, efectivamente, vivía en Francia. El desconsuelo no tardó en invadir su rostro. Jaime volvía a parecer el niño al que le sacaron la carta de las manos.

-¿Le escribimos?- pregunté.

-¿Qué...?

-No sé... lo que vos quieras.

Le mandamos lo siguiente: "Hola Laura, soy Jaime. Hace veinte años te estoy buscando. Veo que estás en Francia. Yo sigo en Buenos Aires. Tengo tantas cosas por decirte y preguntarte que no sé por dónde empezar. Me basta con decirte que te sigo amando, y te prometo que nunca te voy a olvidar".

Jaime tenía los ojos empañados, y yo le pasé un brazo por sobre los hombros. En poco tiempo me había demostrado ser una excelente persona, pero además, su historia era realmente conmovedora. Nos sacó de aquella pausa emotiva que paralizaba el tiempo un mensaje: la respuesta de Laura. Decía: “Jaime. No lo puedo creer. Me hiciste llorar en medio del trabajo. Dame un teléfono que te llamo. Yo también te sigo amando”.

Jaime no sabía qué hacer ni qué decir. Tenía los ojos tan abiertos como un niño sorprendido, y su corazón, se le notaba a las claras, latía a un ritmo impresionante. Se puso tan nervioso que no le salían los números. Quería dictarme su número y lo olvidaba. Tuve que tranquilizarlo, para conseguir que me lo pase. Cuando se lo mandamos, pasaron veinte segundos y el celular comenzó a sonar. Lo miró y me dijo: “es un número raro”.

-Es de Francia- le dije, con una sonrisa y una alegría casi tan inmensa como la de él. Jaime se quedó estático, tanto que tuve que sacudirlo para que reaccione. “Atendé” le ordené.

-Hola- dijo, con una inocencia que me hicieron estremecer, y acto seguido comenzó a llorar, a decir cosas hermosas, y a caminar por la calle como si no existiese en el mundo nadie más a su alrededor.

Lo seguí un tiempo, hasta que me di cuenta que aquella conversación podía durar horas, sino días. Entonces, sin decir nada, me retiré, para no molestarlo, dejándolos solos, a los protagonistas de aquella increíble historia de amor, que después de veinte años tal vez volvería a empezar.

Happy Life

-Tengo algo para vos...- dijo Martina, sonriendo.

Hernán miraba la nube virtual que transmitía un partido de fútbol, que se esfumó al desviar la vista hacia ella.

Martina le mostró un ticket, en su celular pulsera, que decía: “2 (dos) packs de serotonina + 1 (uno) pack de adrenalina, dividido a partes iguales para los usuarios 43521346h y 32456342m. Duración aproximada doce meses. Monto total: \$7.582.00 (siete mil quinientos ochenta y dos pesos) Proveedor Happy Life.”

Hernán miró a Martina a los ojos, que fulguraban de emoción, interrogante.

-¿Qué es amor?

-Es serotonina y adrenalina. Es un método que se usa hace un tiempo para ser feliz, pero que todavía era muy cara. Ahora esta empresa,

Happy Life- dijo señalando el ticket- lo ofrece a un precio buenísimo. Así que, como hace mucho no te regalo nada, compré para los dos-. Martina irradiaba alegría.

Martín dudaba, no entendía eso de ser feliz.

-¿Cómo que un método para ser feliz?

-Sí, ¿Te acordás la propaganda de Alegría? Esa que había unas personas que se volvían pájaros y volaban... bueno, es lo mismo. Te liberan a través del chip integrado pequeñas dosis de esas sustancias que, dicen los expertos, son las hormonas de la felicidad- acotó Martina haciendo comillas con los dedos.

Hernán volvió a mirar el ticket. Miró la pantalla virtual que de inmediato apareció ante él, y volvió a esfumarse cuando le quitó la vista de encima.

-¡Es buenísimo!- gritó, sonriendo y dándole un abrazo a Martina que le hizo recordar al de los primeros días de la relación.

Llevaban cuatro años de novios, y dos conviviendo. Una dosis de intensidad a la pareja no le vendría nada mal.

-Mañana, cuando despertemos- dijo Martina- ya va a estar funcionando...

Al despertar Hernán se levantó de un salto de la cama.

-Amor, mirá, me siento como si recién llegara de correr. ¡Lujuuu!- gritó de emoción.

Martina se sentó en la cama, y empezó a saltar.

-Yo también, JaJaJa- reía casi fuera de sí-. ¡Es genial esto!

-Yo me ducho primero...

-No yo...

Ambos corrieron al baño como niños, forcejearon en broma, y terminaron bañándose juntos y haciendo el amor a primera hora de la mañana.

-¿Hace cuánto no teníamos un mañanero?- preguntó Hernán, todavía abrazado detrás de ella.

-Ni me acuerdo- respondió Martina, exhausta.

Mientras se cambiaban, él le agradeció por aquel increíble regalo.

El día transcurrió fantástico, sin agotamiento para ninguno de los dos, y al reencontrarse en su casa por la noche, ninguno quería ceder la palabra al otro para dejarlo hablar. Los embriagaba una emoción extraña, porque a decir verdad no tenía causas reales, pero ambos sabían que la causa estaba en su chip integrado (el chip integrado es el chip que le colocan in útero, a todos los bebés por nacer. Dicho chip regula las funciones corporales, y como está conectado a Internet, uno puede ver sus funciones palpitar en la pantalla. En caso de necesidad, ese mismo chip puede descargar diferentes sustancias, sea insulina, efedrina o corticoides, o como en este caso, dopamina y adrenalina, a través de señales de Internet que manejan las empresas farmacológicas –que fueron quienes implementaron este chip incorporado, y que Nietzsche quizá hubiese denominado Chaleco electrónico).

Pasaban los días y la sensación de bienestar no se extinguía. Pero en esos instantes eternos de excitación, Hernán no pudo contener los ardientes deseos que desde largo tiempo tenía por una compañera de trabajo, y su cuerpo, como una máquina automática comandada por fuerzas ajenas, fue cediendo a la tentación y terminó acostado con ella.

Al llegar a su casa sentía una lejana culpa, propia, sí, pero ajena. La serotonina no le permitía sentirse angustiado; contrario a eso, sentía como si la infidelidad la hubiese cometido otra persona, o en otra vida, o en un sueño, pero no en la realidad de ese mismo día.

No le dijo nada a Martina, y tampoco pudo detener sus encuentros con Jamila, su compañera.

Al cabo de dos meses, Martina advirtió –en un breve momento de lucidez- que ambos dos parecían máquinas alegres a fuerza de fármacos. Sintió, como una vez cuando había tomado cocaína, que esa alegría era más artificial que la de las marionetas. Una brisa de angustia pasó volando cerca de ella, pero no la alcanzó. Entonces, le preguntó a Hernán si él estaba feliz, y si no le parecía raro no sentir ninguna angustia. “Esto es

como estar borracho todo el día, pero sin mareo” dijo.

Entones Hernán, con muy poco tacto, le confesó que se había enamorado de una compañera de trabajo, y que no deseaba prolongar más la mentira. Esa misma noche se iría.

Martina quedó absorta pero no triste. Quedó desahuciada como cuando alguien corre al colectivo y, justo cuando está por llegar, este se marcha.

-¿Qué estás diciendo?

-Que me voy a vivir con Jamila- respondió Hernán, completamente insensible.

Entonces se armó una discusión sin tono, una especie de charla aburrida, en la que él intentaba explicarle y ella intentaba comprender, y luego ella explicaba algo que él no entendía, hasta que un auto estacionó afuera, y Hernán tomó sus cosas que tenía empacadas y se fue.

Martina quedó sola, pero no derramó una sola lágrima. Hacía ya dos meses que sus ojos estaban más secos que la lengua de un loro. Se fue a acostar e intentó dormir. Pero tampoco pudo. Una indomable ansiedad se apoderó de ella, y aunque cerrara con fuerza los puños, estirara las piernas, se diera vuelta mil quinientas veces en busca de una posición que la relaje, no conseguía dominar la tensión que inundaba todo su cuerpo. Pensó que iba a enloquecer, pero solo lo pensó. Los afectos no tenían lugar en ese escándalo; era ella contra su cuerpo, pero ella como un inquieto, ella como una máquina; ella como un jinete de su cuerpo embravecido, que tampoco era suyo, si no, un capricho de sus hormonas.

No pegó un ojo en toda la noche. En la “letra chica” decía que, en caso de crisis, el efecto de las sustancias podía ser adverso; pero ella nunca pensó que podría atravesar una crisis.

Al otro día, demacrada de aspecto pero intacta en su energía, trabajó más eficiente que nunca, y casi sin pensar en que Hernán la había dejado. Sentía algo extraño, sí, como cuando uno se levanta con resaca y encara sin deshabilitarse el sol de la mañana, pero no podía discernir qué era exactamente lo que sentía.

Esa noche tampoco pudo dormir. La ansiedad esta vez la llevó, lue-

go de una noche de insomnio, a tener pequeñas alucinaciones, como un sueño, pero despierta. Imaginaba que Hernán nunca se había ido, que todo había sido producto de las hormonas. Cuando despertaba del ensueño, recordaba que su pareja ya no estaba, y maldecía a Happy Life por la ruptura que había desatado en su vida. Al otro día, antes de ir a trabajar, fue directo a Happy Life.

-Buen día Martina, en qué puedo ayudarla- dijo la recepcionista, con un aro metálico en la cabeza que le dispensaba la información.

-Buen día. Quería dar de baja el servicio de...

-Martina Schmidt, servicio de serotonina y adrenalina, para los usuarios 43521346h y 32456342m ¿verdad?- dijo como una máquina la recepcionista, mirándola fijo a los ojos con una mirada vacía y desafectada.

-Sí, creo que sí.

-¿Quiere que la vea un doctor?

-No. Quiero darlo de baja...

-¿Por qué motivo usted quiere dar de baja nuestro servicio?
-Por que no me siento bien. No lo quiero más.

-Segura no quiere que la vea un doctor.

-¡No!- alzó la voz Martina-. Quiero que cancelen la dosis y ya.

-Bueno. Para darlo de baja a los dos meses y siete días, usted debe abonar ocho mil seiscientos noventa y siete pesos.

La cara de Martina se ensombreció. No tenía ni un octavo de todo aquel dineral.

-¿Qué? ¿Ocho mil pesos?

-Ocho mil seiscientos noventa y siete pesos. O puede aguardar quince días más, y el costo se reduce a siete mil ochocientos cuarenta y un pesos.

-Pero... ¿Por qué? ¿No podés cancelarlo y listo?

-Cuando usted firmó el contrato se comprometió a utilizarlo durante doce meses. Si desea cancelarlo antes, debe pagar una multa, que cada

mes que pasa es menor. El último mes puede cancelar con dos mil quinientos veinticuatro pesos.

Martina no podía creerlo. La recepcionista tenía los ojos muertos pero una sonrisa dibujada, y parecía no compartir absolutamente nada con los seres humanos.

Salió de Happy Life con una sensación horrible en el cuerpo. Debería aguantar durante nueve meses más aquella ansiedad, y el insomnio por las noches, y la insensibilidad durante todo el día, que ya le hacían descreer de su realidad, de la vida, de su cuerpo. Debería aguantar o duplicar la dosis, como le había propuesto la asistente de Happy Life, por un costo mucho menor al de dar de baja el servicio.

No. Por si acaso había pedido que a las diez de la noche, todos los días, le apliquen una descarga de tranquilizantes, para intentar dormir.

Caminó por la calle como un turista perdido, turista extranjero de su propio mundo. Caminó pensando, lentamente, porque la asociación de ideas también era mucho más lenta, que los nueve meses restantes serían bochornosos. Recordó entonces que Hernán la había dejado ¿Cómo estaría él? Si tan solo pudiera... advirtió que no había aclarado que los somníferos eran solo para ella, por lo que también él sentiría todas las noches un sopor caer rápidamente sobre su cuerpo, como un manto negro y pesado, como atravesar un oscuro túnel y despertar al otro lado.

Pero qué le importaba Hernán, y qué le importaba ella.

Medicado

Papá y mamá se escupían a la cara uno al otro sus defectos.

Ella le decía que él lo único que hacía era irse a pescar, y a comer asados con sus amigos, y él le contestaba que ella estaba obsesionada por su cuerpo y que se la pasaba en el gimnasio “con esas pelotudas”.

Ella contrataba arremetiendo contra su cuerpo, que parecía “de masa cruda”, y él lo hacía contra su intelecto, que era del tamaño de una nuez.

-No entiendo por qué no te vas- se preguntaba en voz alta papá.

-Andate vos querido- le respondía ella, tratando con desprecio los trapos y cubiertos que tenía en la mano. Estaba lavando los platos de la noche anterior.

Eran las siete y media de la mañana. Estábamos desayunando. El televisor destilaba noticias lúgubres. Yo tenía que ir a la escuela, papá a trabajar y mamá al gimnasio.

-Sos una inservible de mierda- le dijo papá como beso de despedida.

-Y vos un cornudo hijo de puta- se excedió mamá.

Salimos de casa y papá torneó la puerta de un golpazo. Camino a la escuela papá dijo una sola cosa: “nunca te cases.”

Me dejó en la puerta, con una cara tan seria y afligida como una estatua.

Pese a lo horrible que había sido el desayuno, en nada se diferenciaba del resto, ni de los almuerzos y cenas de todos los días. Lo mejor que podía pasar era que no se hablen.

Cada vez que se encontraban los dos en un mismo ambiente, a menos que haya gente de visita, se comportaban como perro y gato.

Yo no entendía por qué se habían casado. Un día que mamá llegó tarde, me desperté por los gritos de ella, porque papá la estaba zamarreando y gritándole a la cara que era una puta.

Otra vez, ella le arrojó un cenicero de bronce que estuvo a punto de darle en la cara, pero él lo esquivó de suerte, y estalló el vidrio que tenía detrás. Entonces él la salió corriendo, y ella huyó hacia la calle. Yo corrí tras ellos, gritando que se detengan, pero papá, al llegar a la vereda sin alcanzarla, evitó hacer el ridículo en la calle.

Sumido en estas contemplaciones y recuerdos, ingresé en el aula.

Una vez sentado, la maestra empezó a hablar de los griegos.

Yo volví a mis divagaciones. Casi todos los días, al entrar en la escuela recordaba el desayuno que habíamos tenido. Muy pero muy pocas veces, el recuerdo era grato. La mayoría de las veces, me empecinaba en fantasear que todo había ido bien, entre risas y planes de vacaciones. Pero la realidad era que los desayunos servían para calar cada día más hondo, la herida que aquella familia producía en nosotros tres.

-¡Martín!- bramó la maestra de repente- ¿qué estás pensando?

-No, nada- respondí.

-Entonces prestá atención. Que a la escuela se viene a pensar y aprender.

Prometí hacerlo, pero al poco tiempo, cuando los nombres de los dioses griegos no conseguían cautivarme, volví a sumergirme en mis fantasías.

A menudo, imaginar lo que no había pasado, matizarlo con detalles alegres, embellecer mi familia, era el mejor método que tenía contra la tristeza. Pero a pesar que hacía lo imposible por embellecerla, sea por tristeza o alegría, siempre acudían a mis ojos el brillo de las emociones, y si seguía pensando en eso, algunas lágrimas asomaban por los bordes, que con el puño del guardapolvos secaba antes que alguien las perciba.

-Martín, ¿qué estás haciendo ahora?- preguntó la maestra cuando me vio fregarme con el puño los ojos.

-Nada- respondí. Siempre que la maestra me pescaba sin prestar atención, no me daba tiempo a responder algo más sensato, y terminaba por darle motivo para retarme.

-Entonces ponete a hacer. Copiá lo que digo.

Y obviamente, me ponía a copiar, solícito, pero ¿cuánto creen que tardaba en empezar a dibujar rayas sin sentido, círculos oscuros, cadaveras y personitas de palo, con una cara triste, y la boca grande, oscura, con dientes puntiagudos?

Y otra vez la maestra venía, y esta vez, agotada por mi comportamiento, me mandaba a dirección, o al pasillo, en penitencia, o escribía en mi cuaderno una nota para mis papás.

“Señor y señora Lapace. Me dirijo a ustedes por la repetida y frustrante desatención con que Martín acude a las clases. Por más que le llamé la atención repetidas veces, se empeña en continuar con su actitud desafiante, renegada y desinteresada.

Sería de mucha utilidad si son ustedes quienes le corrigen esta conducta, que está empezando a volverse constitutiva de su personalidad. Por su futuro, y por nuestro trabajo en clase, que se ve interrumpido cada quince minutos cuando tengo que reubicar a Martín, que divaga sin miramientos. Sin más motivos, y a su disposición para lo que necesiten, me despido atentamente Maestra Florencia Bernal.”

Mamá leyó la carta con los ojos empañados, y un gesto de decepción.

-¿Por qué no prestás atención Martín?

“Porque estoy pensando en cómo se pelean ustedes, y en la mierda de familia que tenemos” le hubiese dicho, pero me quedé callado, levantando los hombros.

-Nosotros hacemos todo por vos. Lo único que te pedimos es que estudiés, ¿y así nos pagás...?- gritó apoyando violentamente el cuaderno contra la mesa.

Después de eso le arrojó a la pasada el cuaderno a papá, que estaba mirando televisión “en paz”. Él la puteó, y ella le gritó:

-Mirá lo que hace tu hijo- con ahínco en el “tu”, como si ella no fuera mi madre.

Papá leyó, me miró, y dijo:

-Más vale que te pongas las pilas.

Eso fue todo. Y eso era lo peor de todo. Qué no indague, verdadera, sensiblemente, en lo que me pasaba. Que me lleve hasta el llanto y ahí confiese.

Pero en clase no mejoraba, y prácticamente no tenía modo de complacer a la maestra.

Para conseguir mantenerme atento, solía moverme bastante: sacudir la lapicera, mover un pie enérgicamente, mirar hacia los costados, y de vez en cuando comentarle algo a algún compañero. Pero prestaba atención y entendía lo que la maestra hablaba. Pero ella se ofendía por mis movimientos.

“Quedate quieto.” “Sentate bien.” “No hablés.” “No dibujés...” me retaba, delante de todos, casi todos los días.

Después también me observaban en los recreos.

Y al parecer, todo lo que en mi casa desayunaba, lo devolvía en la escuela. Sin saber por qué, jugaba a pegarle a mis compañeros, a putear a las chicas; a correr como un loco por todo el patio “¡Martín! ¡Cuántas veces te tengo que decir que no se corre en el patio!”. Cuando en el aula reía, muchas veces por algo divertido que había pasado en el recreo, era cuan-

do más hacía enojar a la maestra.

“Te vas a dirección a reírte” me decía, y me abría la puerta con una cara cargada de tanto odio, que yo dudaba de si iba poder pasar por al lado de ella sin que me pegue. Y tras de mí, cerraba la puerta con violencia, como hacía papá cuando salíamos de casa.

Me era imposible prestar atención estando inmóvil como una estatua. Pero ella lo exigía así. Así que al tiempo volvieron a mandar otra carta a casa.

“Señor y señora Lapace. Vuelvo a comunicarme con ustedes porque el comportamiento de Martín en clase sigue siendo preocupante. Lo aconsejo e intento acompañar en su modo singular de realizar el aprendizaje, pero sobrepasa el límite de lo tolerable y se perjudica tanto él como a sus compañeros. Quisiera pedirles una entrevista para conversar personalmente, y definir las líneas a seguir.

Sin más, les deseo un muy buen día. Maestra Florencia Bernal.”

Mamá volvió a llorar, a culparme por mi conducta.

-¿Por qué Martín, por qué...?- clamaba al cielo mamá.

-No sé- tenía que confesarle.

Papá esta vez me amenazó con no llevarme más a fútbol.

<<Por favor que no me saquen el fútbol>>

Por las noches, al acostarme, me sentía un fracasado, y una decepción para mis papás. Sentía vergüenza de enfrentarlos, y miedo de hablar con ellos sobre la escuela.

Poco a poco, empecé a volverme introvertido, esquivo, acomplejado, miedoso.

En casa me sentía una piltrafa, una especie de muñeco de alambre, con la cabeza sobre los hombros solamente porque había nacido con ella ahí. En la escuela, por el contrario, sobre todo en los recreos, volvía a sentirme vigoroso, quizá excesivamente. Ahí era yo sin la mirada apremiante, insoportable de mis papás encima. Ahí nadie sabía que era un “niño

fracaso”, como escuché que mi maestra le comentaba a la otra cuando pasé corriendo cerca de ellas, luego de retarme, claro está. Pero todo mi vigor, que era mi libertad y plenitud, a la maestra le daba tantos dolores de cabeza que no estaba dispuesta a soportarla.

Lo único que me equilibraba, donde era yo pero medido y sin deslices (en la escuela también era yo sin deslices, pero la maestra no lo veía de ese modo) era en fútbol. Ahí podía correr, saltar, a veces pegar, y también recibir. Es increíble como en los grupos uno se va haciendo, va creciendo y madurando, aprendiendo a compartir, y también a valorarse uno mismo cuando es necesario.

Pero por andar mal en la escuela, y sobre todo por empeñarme en mi actitud y no querer cambiar -“lo hacés a propósito”- decía mamá, me sacaron el fútbol.

“Hasta que no mejores en la escuela, olvidate del fútbol” me gritó papá.

Sin rechistar ni poder opinar, sumiso como un pavo me tragué la impotencia.

¿Y dónde si no a la escuela iba a descargar toda aquella ansiedad, aquella angustia? ¿Dónde si no, en aquel lugar donde los vínculos sociales sacan todo de uno: tanto lo positivo como lo negativo?

En la entrevista, según pude saber después, la maestra les contó sobre mi actitud. “No presta atención. Si le pregunto que está haciendo me dice nada; en qué estás pensando me dice nada. Qué esperás de tu futuro, responde no sé. Y si no está desconcentrado, mirando por la ventana, se mueve, molesta, habla, se para, se arrodilla sobre el banco... es un chico muy inteligente pero no está pudiendo usar su potencial. Algo está interfiriendo su capacidad de atención y razonamiento...”

Mamá, desequilibrada afectivamente, con un pañuelo se cubría la boca y la nariz, y con la otra mano sostenía la cartera en su regazo. Estaba a punto de llorar, pero no lo hacía. Los ojos empañados, cargados de desesperación.

Papá, también desequilibrado, optaba por la actitud contraria. Seriedad e inexpresividad.

De suerte no hicieron una escena en la dirección, frente a la directora y

la maestra, echándose los cargos unos a otros. Aunque quizá ello hubiera servido para que ambas dos adviertan el origen de mis problemas.

Salieron de la reunión con la recomendación de visitar algún especialista.

A pesar que me mandarían al psicólogo, primero me llevarían al psiquiatra, para descartar causas orgánicas.

Cuando fuimos al psiquiatra, papá no nos acompañó. Yo sentía que era innecesario, pero no podía decirle eso a mamá, porque según la maestra y la escuela, necesitaba hacerme ver.

Entramos en el consultorio del psiquiatra. Él estaba sentado detrás de un escritorio casi tan grande como yo.

Nos saludó con desinterés, mientras terminaba de leer unos papeles. Luego, levantando la mirada, se dirigió a mamá prácticamente todo el tiempo, con un interés que sobrepasaba con creces mi estado de salud.

Mamá tenía un cuerpo trabajado y, para la edad que tenía, era atractiva. Pude notar en los ojos del psiquiatra, ese fulgor que produce la tentación. Pero no dije nada. Mamá le contó al psiquiatra cuál era el problema, y él asentía sumamente interesado –más por mamá que por lo que le contaba-. Finalmente, el psiquiatra me preguntó qué me pasaba a mí. Le respondí que no sabía, y me pidió que espere afuera.

Salí a la sala de espera, y mamá siguió hablando con él.

El psiquiatra le dijo que era un trastorno muy común en la actualidad, pero que por suerte, si bien no tenía cura, sí había un tratamiento muy sencillo.

-Mire acá- le dijo, señalándole un manual enorme, cuyo título abreviado es DSM IV-. Trastorno por déficit de atención y comportamiento perturbador- leyó en voz alta, pasando para este lado del escritorio, bien cerca de mamá.

Mamá miró una larga lista de síntomas.

El psiquiatra siguió diciendo:

-El diagnóstico se hace así. Si su hijo presenta más de seis de estos síntomas, durante los últimos seis meses, se puede dar por confirmado el trastorno- dijo, y se sentó en el escritorio, con el libro apoyado sobre las

piernas.

“(a) a menudo no presta atención suficiente a los detalles o incurre en errores por descuido en las tareas escolares, en el trabajo o en otras actividades

(b) a menudo tiene dificultades para mantener la atención en tareas o en actividades lúdicas

(c) a menudo parece no escuchar cuando se le habla directamente

(d) a menudo no sigue instrucciones y no finaliza tareas escolares, encargos, u obligaciones en el centro de trabajo (no se debe a comportamiento negativista o a incapacidad para comprender instrucciones)

(e) a menudo tiene dificultades para organizar tareas y actividades

(f) a menudo evita, le disgusta o es renuente en cuanto a dedicarse a tareas que requieren un esfuerzo mental sostenido (como trabajos escolares o domésticos)

(g) a menudo extravía objetos necesarios para tareas o actividades (p. ej. juguetes, ejercicios escolares, lápices, libros o herramientas)

(h) a menudo se distrae fácilmente por estímulos irrelevantes

(i) a menudo es descuidado en las actividades diarias”

Mamá escuchó atenta cada síntoma, y no pudo menos que afirmar que yo tenía más de seis de esos.

El psiquiatra agregó que para la hiperactividad había otra lista, que pasó a leerle:

“(a) a menudo mueve en exceso manos o pies, o se remueve en su asiento

(b) a menudo abandona su asiento en la clase o en otras situaciones en que se espera que permanezca sentado

(c) a menudo corre o salta excesivamente en situaciones en que es inapropiado hacerlo

(d) a menudo tiene dificultades para jugar o dedicarse tranquilamente a actividades de ocio

(e) a menudo “está en marcha” o suele actuar como si tuviera un motor

(f) a menudo habla en exceso”

-Sí, la maestra me dijo que se mueve mucho, que se para, se arrodilla en el asiento, habla cuando tiene que prestar atención...

El psiquiatra la miraba. Finalmente le dijo que lo que yo tenía era un “trastorno con déficit de atención combinado con hiperactividad.”

Mamá respiró profundo, sin saber si aquello era tan grave como el sida, pero entonces el psiquiatra sonrió y le dijo:

-No te asustes, es lo que denominan hiperactividad, o ADD, y tiene tratamiento.

En verdad le había dicho el nombre completo solo para sorprenderla.

-Le vas a dar cada ocho horas- dijo, dando la vuelta al escritorio y abriendo un cajón- una de estas- sosteniendo una caja de pastillas en la mano-. Es un estimulante a base de Metalfenidato, o comúnmente conocido como Ritalin. Vamos a probar y ver cómo reacciona. Los efectos secundarios suelen ser leves. En caso de que empeore la cosa, volvés y cambiamos la medicación. Pero creo que va a andar porque suele dar buenos resultados.

Mamá agarró la caja y se la quedó mirando, pensando en todo lo que estaba por venir.

-Cualquier duda o inconveniente que tenga, me llama- añadió el psiquiatra en un tono que admitía otras interpretaciones-. O para cualquier otra cosa que desee, me llama, no lo dude.

Mamá salió del consultorio con la boca contraída, la mirada caída, y llorosa, y con un paso tan enérgico que me costaba seguirle. Lo que más la afligía era la culpa de haberme acusado, cuando lo que en realidad tenía era un trastorno.

Cuando llegamos a casa me dio una pastilla, y me dijo que me iba ayudar a concentrarme. Era de noche cuando llegó papá y le contó lo que le había dicho el psiquiatra. Papá no hizo más que mirarme, sin decir nada.

Yo estaba cansado, quizá por los nervios del día, así que me fui temprano a la cama.

Al otro día, con el desayuno tomé otra pastilla.

Fui a la escuela. Cuando bajé del auto, ya me sentía distinto. Más relajado, o más bien sedado. Sentía las piernas cansadas, los ojos pesados, los brazos inertes, y los afectos... ¡Ay dios! ¿Qué le pasaba a mis afectos? Me sentía plano y duro como una piedra. Y no solo eso. También los colores, los ruidos, los olores... todo era menos perceptible, menos intenso.

Entré al aula, me senté y pasé la primer hora como un alumno ejemplar. No me moví ni miré para la ventana. No quité la vista de la maestra, aunque no entendía bien lo que estaba diciendo. Ella se quedó muy contenta de mi comportamiento, y al tocar el timbre de recreo, comentó en voz alta:

-Muy bien Martín por cómo te estás portando.

Intenté atisbar una sonrisa, pero apenas si conseguí que la boca se doble un poco. Los ojos permanecieron inertes, como la sonrisa de la Monalisa.

Salí al patio. Jugué un poco, pero no corrí ni la mitad que antes, bromee menos y sonreí menos todavía. Volví al aula y continué con mi actitud pasiva (apática, sedada, vegetativa).

Al terminar la clase la maestra me pidió el cuaderno.

-¿Por qué?- pregunté tranquilamente, con voz queda y monótona, "si hoy me porté bien" pensé.

-Para contarles a tus papás lo bien que te portaste.

Volví a casa. Mamá se emocionó, esta vez de alegría, y me dio un abrazo fuerte y un beso. Que bien me sentó aquello. Hacía cuanto no me besaba con orgullo. Pena que era un orgullo de nostalgia, un abrazo desesperado. Fue tan grato que hasta me movilizó algunos afectos, pero no lo suficiente como para perder el efecto del medicamento.

Estaba sentado mirando tele cuando llegó la hora de la otra pastilla.

Me negué a tomarla, pero mamá dijo que era bueno porque me hacía andar bien en la escuela. La tomé, y así un día tras otro.

Al terminar el año pasé de grado, no tanto por lo que aprendí, porque a decir verdad mi pensamiento era tan lerdo como mi cuerpo, sino más bien por haberme portado bien, no molestar, ni moverme ni, en

apariencia, distraerme.

Pero la herida que mis papás con sus peleas iban causando, no alcanzaba con taparla. Contrario a eso, en mi interior la pena era cada día más grande, más dolorosa, y también, lo que era desesperante, más difícil de expresar, e incluso de comprender, porque como si la viese a través de un líquido viscoso, la realidad iba perdiendo rápidamente nitidez.

Río

La música de los pájaros lo inundaba todo.

Los diversos sonidos de las distintas especies brotaban de todos lados, de los miles de millones de árboles que formaban una tupida selva a todo lo largo del río, rebotaban contra el agua y la orilla, y se multiplicaba hasta el infinito; y como el día era tan calmo, los ecos que producían eran tan nítidos que no se diferenciaban en nada del canto de las aves.

El río era tan ancho que para mirar ambas costas debía girar la cabeza. Como el suelo era muy arcilloso el agua tenía un color marrón clarito, que con el sol sacaba destellos ocres y amarillentos. Pero a pesar del color, la superficie tranquila y acompasada del agua formaba un espejo simétrico que duplicaba la costa con sus árboles y ligustros. Lo único que surcaba aquella planicie mojada, haciendo pequeñas olitas que repercutían varios metros a la redonda, era la canoa de caña en la que me transportaba.

La punta era una aguda <<V>> que cortaba el agua como un cuchillo tibio

la manteca, abriéndose hacia ambos lados sin resistirse. Y la pequeña <<V>> que nacía en la punta, se ensanchaba al atravesarla con la canoa, y se seguía ampliando al dejarla atrás hasta formar una <<V>> gigantesca, que a medida se alejaba en armónicas ondulaciones iba perdiendo intensidad y desaparecía fundiéndose en la superficie lisa del agua.

Las cañas secas y amarillas atadas con hilo de palmeras no eran completamente rectas ni estaban atadas con hermetismo, por lo que el agua filtraba formando una base de unos cinco centímetros dentro de la canoa. Pero solamente me mojaba los pies, porque atravesado en el medio tenía un asiento de madera, que se incrustaba a ambos lados del bote.

El día era caluroso pero no sofocante. El cielo estaba tan azul que parecía pintado, y desde la mañana no había aparecido ninguna nube que desafié al áureo sol interponiéndose en el medio. Y si bien no había viento, una ínfima brisa fresca proveniente del norte acicalaba la atmósfera como una luna llena una noche romántica.

Lo único que destrozaba la calma eran los insectos. Cientos, miles de mosquitos, mosquitas y moscas invadían el espacio con su zumbido y sus picaduras, casi tan intensos como el canto de las aves. En principio me volví loco sacudiéndome, matando a tantos como podía, pero cuando advertí que estaba desaprovechando aquella calma y aquel paisaje –que no duraría para siempre, y sobre todo, luego de todo lo que había pasado– permití que me zumben en los oídos, y frente a los ojos, y hasta me amigué con las picaduras, que dejaron de arderme y empezaron a parecerme pequeñísimas estrellas que se me depositaban en la piel, y quemaban solo durante el tiempo que tardaban en extinguirse.

En la aldea me habían dicho que tardaría una noche y un día en llegar. Ya había pasado aterrado la noche en el agua, sin saber qué había a los costados, divisando de tanto en cuanto pares de ojos que me miraban ávidamente, algunos más amarillos, otros blancos, y los hubo también rojos. <<No pueden llegar a la canoa- me consolaba a mí mismo- a menos que la canoa quede varada en la costa>>. Entonces, todos aquellos faroles brillantes que me veían pasar, podrían acercarse hasta mi y... ¿Qué querían? ¿Comerme? ¿O acaso solo me miraban listos a huir, en caso que los ataque?

Los ruidos eran irreconocibles, y hasta llegué a sentir gritos humanos -o tal vez los aluciné- y cuando una rama se agitaba cerca mío, un escalofrío me invadía y contenía la respiración, como si aquello me volviese invisible.

No tenía remos, así que la corriente del río era mi único timón. Afortunadamente, luego de varias horas en vela, avanzando en la oscuridad como en un tren fantasma, el cielo empezó a clarear, y el mundo fue absorbiendo los colores del día, y junto a él recuperé mi cordura, que había llegado a imaginar cosas inconfesables.

El sol nació justo al final del río, y yo nunca había visto un disco tan grande y anaranjado. Parecía abarcar todo el ancho del agua, y fue elevándose con rapidez, casi perceptiblemente, y sus cálidas caricias me hicieron dar cuenta que tenía frío, que había tenido frío toda la noche, pero por el miedo lo había dejado de lado.

Los sonidos de la vida empezaron a recorrer los pasillos verdes e irregulares de la selva.

Con sus cantos e incontables batir de alas, los pájaros colmaron el espacio, en detrimento del ruido del agua que empezó a perder intensidad, y con él también se fue diluyendo mi percepción del movimiento de la canoa.

Desde entonces, junto al sol que se elevaba con una constancia admirable, volviéndose más pequeño a medida que ascendía y se posaba sobre mí, había subido la temperatura, y empezado la visita de los insectos, que por momentos eran tantos que me cubrían como un sudario negro que me hubiera puesto encima.

Cuando finalmente divisé la señal que me habían dado –un árbol inmenso cuyas ramas se adentraban en el agua tanto que resultaba imposible no ver- el sol ya empezaba a hundirse detrás de mí, perdiendo la intensidad y el color del día como si se estuviese mojando al entrar en el agua, o estuviese agotado de tanto brillar. Rápidamente, las cosas devolvieron sus vivos colores, y un manto gris se posó tanto sobre los árboles como en el agua, que empezaron a fusionarse.

Qué alivio inmenso. Durante las últimas dos horas de luz, solamente de pensar que me sumergiría en la noche sin haber visto el árbol señal, se me crisparon los nervios. Si pasaba eso, lo más seguro era que en la oscuridad no lo vea, y al otro día ya no pudiese ir al lugar donde esperaba me puedan ayudar.

Me habían dicho que lo iba a ver entre las seis y las nueve, pero a medida pasaba el tiempo y el árbol no aparecía, empecé a pensar que lo habría pasado por alto. Me voltee varias veces para mirar, pero solamente me perseguía una enorme <<V>> que nacía en la canoa y se ampliaba lenta,

desinteresadamente.

Al verlo respiré profundo. Tal vez dí un grito de alegría, no recuerdo, pero hice lo que me habían dicho. Me levanté y salté de la canoa al agua, que empezaba a oscurecerse y volverse atemorizante, sin nada más que el tapa rabo que tenía puesto.

No estaba fría, pero de todos modos chapucé con desesperación hasta pisar la fangosa orilla en la que se me enterraban los pies hasta los tobillos con cada paso que daba. Tampoco era agradable, pero peor que las algas y plantas acuáticas, y el piso arcilloso que parecía disolverse para tragarme, eran las desconocidas profundidades del río oscuro en que había pateado hasta poder orillar.

Siempre sentí impresión de flotar sin saber qué hay debajo. Y peor aun cuando está oscuro, como si los monstruos que reposan durante el día se despertaran con la caída del sol para salir de cacería. Sumarle a eso estar solo en un río salvaje en tierra extraña, fueron los minutos -¿o solo segundos?- más aterradores de mi vida. Mis brazos cacheteaban el agua casi tan rápido como mi corazón el pecho, que a fuerza de golpes quería abrirse paso hacia la costa. Recién cuando estuve fuera del agua me di cuenta que podría haberme ahogado fácilmente, dado que me había agitado tanto que si hubiese tardado un minuto más en llegar, quizá hubiese perdido fuerza y sido un bocado fácil para la corriente.

Como la noche era cálida -prácticamente idéntica al día- me sequé casi de inmediato, y tanteando las ramas a ciegas me fui abriendo paso a través de la selva. "Caminá... caminá para adentro..." me habían dicho. Pero ahora que lo pensaba mejor -¡Qué idiota!- solamente me habían engañado.

Ante mi desesperación, me cobraron por la canoa de caña todo lo que tenía, incluso la ropa que llevaba puesta. Y me habían dicho que camine hacia adentro... cuando de noche una mínima desviación en la selva supone un destino completamente diferente. Ahora me daba cuenta. <<Me dieron una canoa para deshacerse del problema, y ahora yo estoy en cualquier lado, sin nada más que un taparrabos>>.

Bajo mis pies descalzos las hojas secas crujían, y los palitos finos se quebraban. Pero las raíces duras, las puntiagudas espinas y las piedras inertes, que venían a mi encuentro sin previo aviso, me laceraban los dedos y la planta, y al poco rato de caminar supe que no podría hacerlo durante mucho tiempo más. Y con las manos me pasaba algo parecido. A veces

apartaba una rama inofensiva, pero otras se trataba de una hiedra venenosa y el ardor era tan repentino e intenso como si hubiese agarrado un fierro incandescente.

En determinado momento iba con ambos brazos delante, cegado, intentando no golpearme la cara, pero a pesar de los cuidados, era flagelado a diestra y a siniestra, y cuando menos lo esperaba, cuando creía que tendría un trecho de respiro, era cuando más me hostigaban. Las ramas parecían estar vivas, y ser su voluntad lastimarme.

La luna nueva deparaba un mundo de tinieblas, pero pude sentir en el ambiente una bruma espesa y dulzona, tibia y vaporosa, que imaginé que de haber luz se habría visto blanquecina, y por el ruido del agua supe que por algún lado debía haber un surgente natural.

El ruido quedo del agua brotando de la tierra fue interrumpido por unos golpeteos lejanos. Agucé el oído para ver si no era idea mía, pero lo seguí escuchando. Eran golpes regulares, como los que expele un tambor de cuero, o un bombo. Por momentos eran más breves y continuos, por otros, pausados y prolongados. Pero no tenían ritmo, o al menos no se organizaba ninguno en mi cabeza.

El ruido del agua y los golpes lejanos estaban rodeados por el croar de algunas ranas, el campaneo de los grillos y el chillido de los murciélagos. Pero además de eso, el silencio que reinaba era tan ensordecedor como el tráfico de una gran ciudad.

Calma y silencio. Cuando de repente escuché un movimiento de ramas al lado de mi cabeza, y algo que me rozó la pierna se alejó en la oscuridad perseguido por el ajeteo de los árboles. El miedo inundó el mundo, y por un momento no tuve fuerzas para otra cosa que para mantenerme en pie.

Me temblaban las piernas y las manos con frenesí, y el corazón volvía a hacer un concierto de pogo violento para sí mismo.

Cuando recuperé la calma, en medio de aquella pobreza de sentidos, pensé en ir hacia donde creía que nacía el golpeteo. <<Quizá encuentre a alguien>> La sola idea de encontrar personas, eran tan tentadora como un oasis en el desierto, así que sin tener mucho cuidado de los pasos que daba y las ramas que chocaba -tampoco servía de mucho ser cauteloso- avancé con la avidez del náufrago que ha visto tierra firme.

Y qué era yo, sino un náufrago.

tras la que los dos que sostenían a la mujer la arrojaron al fuego como si ella no estuviera atada al tronco.

Mi asombro y espanto se vio agravado por los bramidos de la mujer que se calcinaba. La voz aguda le cambió y por momentos era grave y monstruosa, como la del diablo. Gritaba y reía alternadamente, y también lanzó algunas maldiciones. <<Todos se van a quemar...>> gritó con voz de roble, rústica, penetrante, y luego río a carcajadas cada vez más finas y estridentes, hasta ahogar su voz en una explosión muy fuerte que arrancó del fuego jirones blancos y grises de humo, y revolvió las brasas haciéndolas saltar a varios metros de distancia.

Entonces la voz grave que había maldecido volvió a sentirse, esta vez más fuerte, y pude ver que sobre el fuego el humo se condensaba y formaba una especie de gota gigante, tan grande como las llamas, y en la gota se podían divisar los finos gestos de un rostro.

La boca era un agujero oscuro del cual salían las carcajadas pesarasas que me perforaban los huesos, y los ojos se rasgaban con la risa casi con la misma versatilidad que los de una persona. Todos los hombres que había alrededor se alejaron del fuego, y cesaron de tocar los bombos y también de bailar. Parecían tan aterrados como yo. Estaban a distancia, la llama apenas si los iluminaba, prestos a correr. Tragué saliva sin poder creer lo que veía. Estaba agitado, y seguramente tenía en el rostro la misma aflicción que puso Atahualpa, el Cacique de los incas, cuando vio a los primeros colonos que atacaban montando a caballo.

La risa era tan fuerte que parecía llegar en oleadas y golpearme con violencia.

Entonces la cara de humo enmudeció de repente, como si hubiese terminado su demostración de poder, y asumiendo una expresión de grave seriedad, mirando exactamente hacia donde estaba yo con los ojos más terribles que alguna vez reposaron sobre mí, gritó:

-¡Hunni! ¡Muntorio!

Fue tan determinante que sentí que encendían un poderoso reflector que apuntaba directo hacia mí. Todos los hombres giraron la cabeza y me miraron, y a pesar de no tener la certeza de si sumido en la oscuridad lograban verme, yo sentía que me atravesaban de lado a lado.

-¡Zapúa!- ordenó el espectro, y la gota de humo se dispersó como un fantasma, pero no desapareció. Se afinó y elevó, con la fluidez de un pez

en el agua, y antes que la llama deje de iluminarla pude ver que venía volando hacia donde estaba yo.

Los demás hombres gritaron algo y empezaron a correr colina arriba. No analicé demasiado las condiciones. Todo aquello carecía de lógica, y empecé a correr hacia donde había venido. No reparé en ruidos, ni ramas, ni troncos. Las piedras, si las había, ante mi apuro se corrían a un costado. No me golpee ni una sola vez, ni me pinché ni clavé espinas. Estaba tan desesperado que corrí como si tuviera delante una meseta recta y limpia como un infinito campo de fútbol.

Corrí y corrí sin pensar ni detenerme, sin mirar atrás ni dudar entre elegir un camino u otro.

Corrí tanto y tan rápido, que en determinado momento comencé a despegarme del suelo, avanzando unos cuantos metros como si volara, y al volver a tocar el suelo nuevamente me elevaba, cada vez más alto, cada vez más liviano. En un cuarto del tiempo que había tardado a la ida, estaba de nuevo en el río, y a pesar de la oscuridad pude ver delante, flotando como a la espera de mi regreso, la canoa que había abandonado en el agua. Me pareció raro que no se haya ido con la corriente, pero no tenía tiempo de ponerme a repasar posibilidades, y hasta agradecí que la vida me haya hecho, después de tantas en contra, una a favor.

Entré al agua con tanta velocidad que los primeros dos pasos caminé sobre ella como Jesús. Nadé un poquito más y ya estaba por alcanzarla cuando una corriente de agua empezó a alejarla, despacito, pero más rápida que yo.

<<No por favor, no te vayas...>> pero mis deseos le eran al río igual de significativos que la vida al sol.

Ya no podía alcanzarla. Escuché voces en la costa, y cuando voltee vi que los hombres estaban ahí, mirando hacia todos lados. Rogué que la oscuridad me cubra, pero uno de ellos señalándome y diciendo algo me anunció que eso ya no sería posible.

Empezaron a correr por la costa hacia donde estaba yo, y se adentraron en el río. Dos, tres, cuatro. No podría contra ellos. Además la carrera me había dejado exhausto. Quería descansar, y librarme de aquel terror. Lo más sensato sería dejarme tragar por el agua. Volver al universo del que salí.

Siempre creí que el agua entrando en los pulmones debe doler. Quizá

sean cinco segundos. Uno traga, tose, y vuelve a atragantarse con más agua. Durante esos instantes, el agua en los pulmones se me ocurre igual de dolorosa que una naranja recorriéndonos el cuerpo por dentro de las venas. Pero en ese momento el dolor no me atemorizaba más que los salvajes que me perseguían, y sin duda dolería mucho menos que las llamas donde habían arrojado a la mujer atada.

Recordé mi familia. Mi vida anterior a aquella semana desgraciada. Recordé muchas cosas y sentí que había tenido una linda vida. Así que menos todavía dejaría que me la arrebaten, o hagan con ella rituales expiatorios.

Respiré profundo por última vez, llenándome los pulmones tanto como fue posible (nunca había valorado tanto el aire como aquella vez. Pensar que uno está por dejar esta vida, y no tiene mejor ocurrencia que valorar algo que desde siempre pasó desapercibido). Miré el cielo estrellado, tan brillante como una ciudad observada desde el espacio, pero más grande, mucho más grande y atractivo, y con la sensación de que el universo era magnífico, dejé que el peso me hundiera y el agua me abrazara.

Me hundía con los ojos abiertos <<Es la última vez que voy a ver. Qué importa si me hace mal>> pero no veía nada. Los cerré y abrí, y pronto no supe si los tenía abiertos o cerrados. No perdería tiempo tocándome con los dedos los ojos. Valoré el tacto, la habilidad de las manos para manipular, y tuve el reflejo de mirármelas, pero no pude atravesar la oscuridad. Fui tan tonto que me reí de mí mismo, y las burbujas que me brotaron de la boca se elevaron zigzagueando juguetonas hacia la superficie.

Contenía la respiración. Mi voluntad era aprovecharla hasta el último momento. Sentía que me iba hacia abajo, pero nunca llegaba al fondo. La presión en el pecho y los oídos iba aumentando, y tuve miedo que el agua me perforara un tímpano. <<¿Qué importa?>>

Paradójicamente, después de varios días de incertidumbre y desesperación, recién ahora que elegía morir volvía a sentirme calmo y en paz. Me hundía con una sonrisa en la cara, como lo encontró la parca a Luca Prodan en su lecho de muerte.

A medida llegaba el final, las tinieblas se fueron iluminando con los colores de los recuerdos, y las imágenes que acudían a mi mente, rápidas pero cargadas de afecto (como en los sueños), me hicieron repasar y revivir la vida con tanta frescura, que pareció durar meses o años.

Volví a empezar el jardín, a bailar un lento por primera vez, a besar; volví a la casa de mis abuelos, a caminar de la mano con mi mamá, a hacer asados en familia; volví al circo una noche de tormenta, y a la playa un radiante día de verano; volví a la cama, y a llorar, cuando me dejó la chica que amaba. Volví a la universidad, y me recibí, y en medio viajé y conocí gente, y tuve peleas y encuentros, y jugué al fútbol y volé por el aire. Es cierto que la mente tiende a recordar más las cosas lindas que las feas, y hasta de las feas, saca cosas gratas. Me emocioné, y ya que iba a ser la última vez que podía, me largué a llorar.

Las burbujas salían tras cada sollozo, y dado que no tenía para recargar aire, las gestionaba como agua en época de sequía.

Finalmente el aire se agotó, y la mente sin oxígeno hizo ciertas conexiones que no nos son dadas hacer cuando funcionamos con normalidad. Se me ocurrieron obras para escribir, para poner en escena; hice asociaciones entre distintos autores con tanta lógica que serían irrefutables. Volví en el tiempo y comprendí como los humanos habían cruzado desde Asia hasta América, y cómo el cristianismo había logrado tanta expansión; también vi con claridad el vaciamiento afectivo al que la sociedad de consumo estaba llevando al ser humano... pero en los pulmones sentía una incontrolable desesperación por inspirar, profunda y poderosamente, que me hacía volver de las reflexiones y ponía en primer lugar el cuerpo. Una necesidad que era inevitable, y dadas las condiciones, imposible de revertir. Y la presión del agua no me ayudaba a aguantar. Al contrario. Quería meterse en mi cuerpo, y hundirme hasta el fondo. Tendía a abrirme la boca, y todo el bienestar que había sentido empezaba a dispersarse detrás de la exasperación.

Me estaba desesperando. Muchísimo. Empecé a sacudirme como si aquello pudiese aliviarme, pero entonces la boca perdió el control y se abrió tan grande como la cima de un volcán, y los pulmones inspiraron tan fuerte que durante una milésima de segundo quedó un espacio de aire vacío, sin agua, en medio del río, frente a mi rostro.

El agua me llenó los pulmones, pero no me dolió. Cuando la conciencia se estaba terminando de apagar, y a la oscuridad real se le iba sumando la mía, cuando no sentía las piernas ni las manos, ni tenía ideas ni recuerdos, justo cuando la muerte era un hecho (pero curiosamente, un hecho vivido por alguien) me desperté dando una bocanada de aire que me inundó el cuerpo, y devolvió a la vida.

No comprendía demasiado, pero pude ver sobre mi varios rostros que

-Auuuuuaaa maruuuuuaaa nikomaaa...

-¡Halú! ¡Halú!- gritaban los otros.

A pesar del miedo yo no comprendía absolutamente nada, así que miraba todo aquello con la misma ignorancia con que contemplaba al oficial y al explorador, el prisionero de En la Colonia Penitenciaria. Y quizá lo que me deparaba era aún peor que lo que le habría pasado a él de no ser porque el oficial ocupó su lugar en la maquinaria.

Ahora que estaba cerca, podía ver el tamaño del fuego. Era inmenso, de cinco metros o más de altura, y la base era tan ancha como si lo hubiesen alimentado con quince canoas. El ruido que salía de la combustión, era como el de un arroyo que desbordó, y al volver a su cauce se lleva casas destruidas, y las apila contra un puente donde todas las maderas se destrozan. En la punta, los latigazos anaranjados y rojos destellaban sensualmente y luego desaparecían. Se fusionaban entre ellos, y largaban lluvia de estrellas hacia el cielo oscuro, que a medida se apagaban salían de la columna de humo y descendían como ceniza tibia. Por un momento, el fuego con sus curvas siempre distintas aunque parecidas, estuvo al par del universo, y me hizo evadir de todo lo que me pasaba.

Cuando el anciano terminó de balbucear en su dialecto extraño, dos hombres me levantaron bruscamente, y colocando un tronco detrás de mí, me forzaron las manos y empezaron a atarme.

<<No. No puede ser... al fuego no>>

El sonido de los tambores volvía a sonar, acompasado e inofensivo. También había algunos que empezaron a bailar, saltando para un lado y para el otro, mirando el suelo sonrientes, como si en él divisaran dibujos graciosos.

El anciano hizo lo mismo que yo había visto desde la colina. Dijo:

-Morten holú hu jamufi somo, Morten holú hu jamufi somo, mMrten holú hu jumifi somo- y se puso a un costado. Los hombres que me sujetaban me alzaron y tomaron impulso para arrojarme al fuego, entre los gritos alocados que salían de mi garganta desarticulados, a medio camino entre mi idioma y el de ellos.

A medida me acercaban el calor incrementaba hasta achicharrarme los pelos y hacerme arder los ojos. Certero instinto el de los cristianos, que

arrojaban a sus enemigos a las llamas: no hay mejor representación del infierno que esa.

Estaba a punto de ser arrojado al fuego cuando un gato pasó corriendo cerca de la llama maullando hilarante, y tal como apareció se volvió a perder en la oscuridad.

Entonces los hombres que me sujetaban se detuvieron, mirándose unos a otros con intriga y temor, y el anciano que guiaba el ritual les indicó algo que resultó ser que me liberen.

<<Bendito gato. Bendito gato.>>

Me desmaniataron, y del susto que tenía se me doblaron las piernas y caí de culo en la arena. El anciano dijo algo a alguien, que salió corriendo como si le hubiesen avisado que su casa ardía en llamas. Luego le dijo algo a otro, que agarró madera de una pila gigantesca de ramas y alimentó el fuego.

El anciano estaba tan cerca, que podía verle la piel curtida por la intemperie, y los rasgos bien marcados por la sabiduría de los años y la selva. Quizá no tendría más de cincuenta años, pero parecía tener la piel más gruesa y resistente que un cocodrilo.

Entonces el que había salido corriendo llegó con un trozo de madera redondo y ahuecado. Se lo dio al anciano y este me lo pasó a mí.

-Him- dijo con un movimiento de cabeza. Miré la madera y me di cuenta que era un vaso. Dentro tenía un líquido que en las sombras parecía petróleo. Entendí que me decía que beba, así que empecé a tragarlo con repugnancia, porque era viscoso y amargo. Parecía huevo; cuando pasaba por la garganta dejaba una película aceitosa, que me impedía respirar. Estuve a punto de vomitar, pero me contuve y bajé el vaso. El anciano me miraba, y repitiendo la palabra “him” y el movimiento de cabeza, me indicó que lo beba todo.

No tenía alternativas, así que hice de tripas corazón y lo terminé de dos tragos.

Y fue como si un yunque me hubiese caído en la cabeza. Caí inconscientemente de espaldas al suelo, derramando las pocas gotas que quedaban en el vaso en la arena, y mi mente empezó a evadirse de mi cuerpo, y a viajar por senderos nunca recorridos, inhóspitos para el cerebro sobrio.

Volví a estar en la canoa, pero era de fuego, y el agua no la apagaba ni yo me quemaba. Nadé en agua de muertos, y recorrí una selva de arbustos vivos, con cabezas, ojos y esqueletos. Cuando llegué a la fogata, entré como uno más de ellos, y oré al par del anciano que realizaba el ritual, comprendiendo su idioma.

Comprendí que el gato que había cruzado corriendo y me había salvado, era el mismo que me había asustado entre los arbustos. Estaba destinado a ser mi aliado. Entonces un sopor oscuro me cubrió los ojos, pero pude seguir viendo, y lo que es mejor, viendo cosas que con los ojos no son posibles de ver, como el tercer ojo de Brandon Stark de Invernalía.

El fuego empezó a dibujar mensajes; números y letras sueltas que formaban sentidos cuando uno se los daba. Había tantos sentidos que en él podía encontrar la respuesta a todos los enigmas de la naturaleza. Los hombres que bailaban al lado mío se transformaban en cabras, y resultaba gracioso ver cabras bailando y tocando el tambor. Volvían a ser humanos, pero uno tenía cabeza de águila, otro de tucán; el anciano me miraba con cabeza de ciervo, y las astas eran tan grandes como su experiencia.

Miré el cielo, y las estrellas lejanas estaban más cerca, mucho más cerca. Tan cerca como millones de soles, e iluminaban tanto la noche que parecía de día, un día distinto, donde las cosas no proyectaban sombra. Pero como bajaron volvieron a subir, lejos, tan lejos que desaparecieron, dejando un cielo desnudo y oscuro, demostrando que el universo no es infinito, solo imposible de medir para el ser humano.

Mientras el gato que me había salvado del fuego bailaba parado sobre las patas traseras, y cada tanto haciendo un salto mortal, el fuego se agitó como mecido por los siete círculos del infierno, y todo el humo provocado por el bamboleo se condensó en la cima, y lo que empezó siendo una pelota imperfecta terminó por convertirse en una enorme gota de humo.

Ahí sí que sentí miedo. Todas las cabras desaparecieron, y quedé solo yo, en medio de la arena que se me pegaba a la piel brillante y transpirada. El gato miró con temor, y sobre las patas traseras se fue a tranco lento con las orejas gachas, como si lo que me tendría que pasar fuera inevitable.

Retrocedí un poco, y a la nube se le formaron dos ojos, y una boca, una gran boca, esa que reía y me hacía estremecer, pero esta vez estaba tan cerrada como una cripta.

¡Los ojos eran tan reales! Se movían hacia todos lados, y los parpados inexistentes parecían parpadear. Estaba solo, completamente solo, yo y ella.

Vista desde abajo resultaba todavía más aterradora. El fuego que la formaba la iluminaba por dentro, por lo que parecía albergar en su interior una gran farola. Y cada vez que movía los ojos, allí donde miraba depositaba una luz fina pero potente. Entonces comprendí por qué había sentido que me iluminaban con un reflector, y también el motivo por el que los hombres me habían visto tan fácilmente en la oscuridad de la selva. Lo cierto es que la luz, además de iluminar, quemaba, como una lupa condensando el sol.

-¿Quieres vivir o morir?- preguntó, con la voz cavernosa y grave, en mi idioma.

-Vivir, vivir...- dije desesperado.

Pero la cara se desvaneció dentro de la gota de humo, y empezaron a aparecer muchas sombras que, una vez terminaron de formarse, pude ver que eran caras, muchas caras, cientos de caras mirándome, todas diferentes entre sí. Muchas no las conocía, y así como aparecían mutaban en otra, y en otra, todas igual de nítidas y desconocidas. Pero otras eran conocidas. Demasiado conocidas. El corazón dio un brinco y me humectó los ojos.

Una de ellas era mi padre. Tal cual lo recordaba: tenía los rasgos bien marcados y la frente con rayas, y las grandes entradas en la cabeza que eran nuestra impronta italiana. Me miraba sin decir nada, pero me veía, y sentí ganas de arrojarme al fuego para darle un abrazo, pero me gritó “¡No!” con determinación, y caí en la cuenta de que solamente moriría calcinado, que no podría tocarlo. Más allá apareció mi abuelo, y su madre. Una tía, y un compañero de la escuela que había muerto electrocutado. Juani, un primo desaparecido durante la dictadura, estaba lastimado, pero sonreía y me miraba. También estaba Jesús, o alguien parecido a él ¿sería el Che Guevara? y por un instante me pareció reconocer la cara de Mateo, mi perrito muerto.

Me di cuenta que eran las caras de los muertos, de aquellos que ya no estaban en esta, sino en otra dimensión. Y cuando en el centro de la gota de humo se hizo un agujero de aire, supe, como una premonición nefasta de mi destino, que aquel lugar estaba destinado a mi rostro.

Las caras en la gota empezaron a girar, como en un remolino, a estirarse y desaparecer en jirones de humo revuelto, y las frases que lanzaban todos

a la vez se superponían unas a otras, volviéndolas incomprensibles. Pero entonces, de aquella algarabía, salió una voz tan clara e identificable, como un elefante en una pajarera de canarios.

Era suave y delicada, masculina, y a pesar del bajo volumen, tenía personalidad.

-La vida transcurre sobre una cuerda al ras del suelo, más para hacernos tropezar que para que andemos sobre ella...- me dijo, y lo reconocí al instante. El Corazón volvió a dar un brinco de emoción. Era la primera vez que lo escuchaba, pero ahí estaba, hablándome a mí-. Nadie dijo que sería fácil. Levantate, levántate y saltá la cuerda...

Tuve miedo de que se vaya sin haberle dicho nada, y pensé rápido que decir pero solamente se me ocurrió una cosa:

-El destino: una jaula ha ido en busca de un pájaro.

Estaba anonadado manteniendo aquella conversación. Entonces él me contestó:

-Pero esta no es tu jaula, así que saltá la cuerda...- y su voz fue menguando hasta desaparecer, junto a su rostro fino y alargado, de ojos grandes y mirada incisiva, orejas puntiagudas y mandíbula pequeña.

<<Adiós, querido Franz>>.

Las voces entremezcladas volvieron a brotar del remolino de humo, y por un momento tuve la sensación de que iba a enloquecer, pero otra volvió a sobresalir sobre todas ellas con un tono tan potente que no admitía competencia, y acompañándola se fue formando un rostro.

Era tan nítido, que pude verle el lunar en el lado izquierdo de la frente. Tenía un bigote prominente, florecido en las puntas, y las cejas casi tan gruesas como los bigotes. Estaba peinado hacia un costado, con el pelo aireado y abultado en curva. Los ojos negros, penetrantes, tenían tanto carácter que me sentí intimidado.

-Si las palabras remitieran directamente a las cosas que nombran, no existirían tantos idiomas en el mundo. Bastaría con uno solo. Cada pueblo tiene sus valores, y le parecen horrorosos los de sus vecinos. Por eso no tenés que tratar de comprender qué está pasando ni qué están diciendo. Solamente tenés que decir las palabras justas...- dijo, sin pausas ni silencios, y añadió- ¿Qué tienen en común las personas y el capullo de

una rosa, que tiembla cuando se posa sobre ella una gota de rocío? Nada, así que no tiembles. Quizá sea yo, la boca para esos oídos - y su rostro se desvaneció en la multitud, y la gota de humo siguió remolineando.

<<Gracias, Gracias...>> Lamentaba no haberle podido responder otra cosa, o reconocerle mi admiración, pero no estaba el clima para distenderse en adulaciones.

No entendía bien qué me estaban insinuando, pero me sentía agradecido de que ellos me hayan hablado. La muerte ya podría venir tranquila a mi encuentro, la invitaría a tomar algo, mientras le contaba con quiénes había charlado.

La gota de humo fue recobrando la calma, desapareciendo los rostros, y en el centro gris y blanco volvió a aparecer la cara gigante, la que primero había visto, la que me había mandado a perseguir y preguntado si quería vivir.

Esta vez cuando me habló, no lo hizo en mi idioma. Pareció hacerlo en el de los nativos, del anciano que recitaba del cielo, y de los que bailaban alrededor del fuego tocando los tambores.

-Auuuuuengui maruuuuuaaa nikomaaa, nani jamufi como nianco, ¡jamufi como nianco! ¡JAMUFI SOMO NIANCO!...- decía, elevando cada vez más la voz, como si intentase que lo entienda por la fuerza. Parecía estarse enojando. Finalmente dijo más calmo- ¡Jamufi como nianco!- y desapareció, evaporándose como por arte de magia tras una explosión.

Sentí que cerraba unos ojos al par que abría los otros. Abrí los de todos los días y vi la realidad. La fogata inmensa, los hombres mirándome atentamente -ya no tenían cabezas de cabra, ni el gato bailaba alrededor del fuego-. Me observaban tan expectantes como si hubiese ido en nombre de ellos a visitar a los dioses.

El anciano tenía los ojos tan abiertos, que nunca hubiese sospechado que con su experiencia y sabiduría pudiese sentir tanta curiosidad. Ninguno decía nada. Ni tocaban los tambores ni saltaban en una y otra pata. Las estrellas titilaban en lo alto, y las chispas que salían expelidas del fulgor anaranjado, caían grises y tibias, cubriendo todo como una diminuta nieve cálida.

El anciano, ante mi silencio se acercó unos pasos, y dijo en un tono que parecía ser una pregunta:

-Pi hemorten holú hu jamufi somo nianco?

El silencio tensaba los nervios de los hombres, y los míos. Debía decir algo.

Recordé los consejos de mis ídolos, recordé e intenté darles un sentido.

<<Levántate. Saltá la cuerda. No es tu jaula.>> y <<Decí lo que tengas que decir, sin preguntar por qué...>>

El anciano aguardaba mi respuesta. Los demás aguardaban las indicaciones del anciano. El fuego seguía ardiendo con su sonido destructivo, y el calor que expulsaba era un indicio más que suficiente de que en el centro la temperatura derretía hasta la roca.

Hice memoria de lo que me había dicho el gran rostro, que era lo mismo que había preguntado el anciano. Me costaba recordarlo, y las letras se me mezclaban en la cabeza como las frutas en una ensalada; y más todavía que eso me costaría pronunciarlo.

Ante mi vacilación, el anciano empezaba a perder la expresión esperanzada, a bajar los ojos, y a anunciar mi destino inevitable. Pero yo estaba repitiendo la frase en mi cabeza, una y otra vez, y cuando creí que estaba listo, la dije con mi acento citadino.

-Jamufi somo nianco... Jamufi somo nianco.

Los ojos del anciano se abrieron como dos huevos, y su mirada no podía desprenderse de mí rostro. Olvidó la boca y esta se abrió por su propio peso, expresando absoluta perplejidad y asombro. Miré a los demás, y también estaban estupefactos. Nadie movía un solo dedo. Lo único que vacilaba alargando y achicando las sombras, era el fuego.

No sabía qué había dicho, ni tampoco si era lo correcto, pero el anciano gritó, rompiendo aquel silencio sepulcral:

-¡It erno prolimi fero!- y todos los demás respondieron:

-¡Yuka! ¡Yuka!- y sin darme tiempo a nada me agarraron de la espalda sin delicadeza, de los brazos y las piernas, y me levantaron entre todos.

No podía ser. Me había equivocado. ¿Qué había hecho? Desatado la furia de los nativos.

-¡It erno prolimi fero!- gruñía el anciano.

-¡Yuka! ¡Yuka!

Me hicieron dar dos vueltas alrededor del fuego, repitiendo aquellas palabras, y cuando pensé que me iban a arrojar al infierno, empezaron a tirarme hacia arriba, como si fuera un héroe. Me arrojaban una y otra vez, y pude ver en sus rostros, expresiones de gratitud y alegría.

¿Había acertado? ¿Qué venía a continuación?

Los tambores empezaron a sonar de nuevo, y cuando me bajaron -con mucho más cuidado que la primera vez- volvieron a bailar en derredor del fuego, y el anciano se arrodilló afectado y ceremonioso, y empezó a decir cosas al cielo. Cada tanto agarraba arena y se la tiraba en la cara, y al parecer todo aquel ritual era una celebración, y no un rito de expiación.

Trajeron vasos de madera, de esos que me habían hecho beber, y empezaron a tomar ellos. Yo estaba absorto, y pude ver como uno a uno, los que bebían iban cayendo de espaldas, y derramando lo que quedaba en los vasos, y empezar a moverse como si soñaran, o a musitar en voz baja, dar espasmos violentos, o simplemente respirar con suavidad, dormidos.

Incluso el anciano, todos bebieron y quedaron tendidos en el suelo.

Yo estaba agotado. Aunque hubiese querido escapar, no habría llegado más allá de donde iluminaban las llamas, y pensar en alejarme de la luz amena, aquella noche de sucesos extraños, no me resultaba tentador. Además, si había podido sobrevivir a todo aquello de pura suerte, no podía seguir creyendo que estaba en mis manos el destino que me deparaba. Antes de darme cuenta, estaba dormido sobre la arena tibia.

A diferencia de Gregor Samsa, no soñé nada. Cuando desperté, el sol todavía no había asomado pero su luz ya esclarecía la selva. El cielo estaba más brillante de un lado que del otro, y la superficie de la tierra y las plantas, del mismo gris que al atardecer del día anterior. Pronto aparecería el sol, radiante y caluroso, y junto a él los sonidos y los colores de la vida.

Miré a mí alrededor y estaba solo. No quedaba nadie, ni tampoco los tambores de los nativos. El fuego se había consumido, y en medio de las cenizas apenas brillaban algunas brazas todavía encendidas.

La arena estaba pisoteada, como si hubiese habido una fiesta la noche anterior. Los recuerdos acudieron a golpear la puerta, pero pensé que lo

mejor sería postergarlos para después.

Me puse de pie, más descansado, y miré en dirección a donde había venido. Ahora era más notoria la elevación que había subido, y la tupida vegetación que me había hostigado. Al otro lado, a unos cientos de metros, estaría el río. Y no sé por qué, solo en medio de aquella selva, sentí que ir hacia lo conocido sería menos desolador que enfilarse hacia los lugares inexplorados.

Caminé colina arriba. Usando los ojos era mucho más fácil avanzar entre los arbustos, y diferenciar una rama inofensiva de una hiedra venenosa. Pude ver serpientes colgadas de las ramas, telarañas del tamaño de una casa sujetas entre dos árboles, roedores escurridizos y pájaros de tantos colores como sonidos hacían.

El piso era arcilloso, al igual que el del río, y tan húmedo que la vida brotaba hasta de las piedras grises y compactas.

Al cabo de un rato llegué a la orilla. El sol ya había asomado, e iluminaba con rayos de miel el agua color caoba. Era tan parecido al del día anterior. El mismo río, pero a su vez, tan diferente. <<Como las llamas del fuego>> pensé. Vi un pez saltando del agua para agarrar un insecto, y volverse a hundir produciendo un ruido ahogado, como hace una piedra al caer al agua profunda.

Con el sonido de las aves, y las bandadas que cruzaban hacia todos lados, llegaron los insectos, pero advertí que por el barro no se acercaban tanto. Así que agarré arcilla de la costa, y me embadurné por completo. Además estaba fresca, desinflamaba y me aliviaba los dolores.

Me acuclille y contemplé el agua. Pequeñísimas ondulaciones demostraban que no era hielo, pero por su homogeneidad parecía. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo salir de ahí?

En ese momento sentí un ruido detrás, de hojas que se sacudían, y vi que se acercaba sensualmente el gato, el que primero me había asustado, luego salvado, y que durante el trance había visto bailando y haciendo piruetas.

Era gris con manchas negras, pero tenía el hocico y los ojos dorados. Tenía los bigotes finos y duros, y sin dejar marcas en el piso se me acercó ronroneando como una serpiente de cascabel.

Mauzó con dulzura, y encorvó el lomo hacia arriba, invitándome a que lo acaricie.

Le toqué la cabeza y el lomo, que lo amoldaba a mi mano, y terminé por estirarle la cola. Giró rápidamente, y volvió a pasar por delante para que lo toque de nuevo, frotándose contra mi rodilla con la cabeza y el cuerpo.

Acuclillado a la vera de un río sin nombre, sin más pertenencias que un taparrabos, y con un solo amigo a mi lado, supe que más importante en la vida que el destino al que vamos, es el camino recorrido. Que nunca hay respuestas. Las incertidumbres las tapamos con certezas, pero estas son tan inestables e irreales, como espejismos o burbujas de jabón. <<Levántate. Saltá la cuerda. ¿Qué tengo yo en común con el capullo de una rosa?>>

-Gracias amiguito, muchas gracias- le dije, y el gato ronroneo, y a mí se me humedecieron los ojos. Lo alcé y lo apreté con fuerza contra mi pecho.

En Defensa Propia

El otro día estaba trabajando, cuando escuché ruidos en el patio.

Salí de la choricería y me encontré con un pibe, de unos veintitantos años, agarrando mi bicicleta.

-¡Ey!- le grité para intimidarlo, pero no le importó. Entonces amenacé con un gesto brusco como para encararlo, pero sin hacerlo, pero tampoco le importó. Tranquilo, como si fuese su bici, su casa, volvió a agarrarla -la había soltado apenas me vio- y se disponía a llevársela, entonces no me quedó otra que enfrentarlo.

Fui por la espalda y pensaba empujarlo con todo, para hacerlo caer y que advierta mi ferocidad, pero apenas comencé a acercarme sacó una cuchilla de considerable tamaño y la agitó varias veces mientras me encaraba él a mí.

Tengo que reconocer que toda mi ferocidad se esfumó como la espuma de las olas al romper en la costa, e intenté calmarlo con las manos, la

cara y palabras... pero ahora que él tenía las riendas, mi temor le daba más poder, y someterme solamente lo volvía más necio y osado. Me corrió hasta la choricería, me metí adentro pero no alcancé a cerrar la puerta; entró con la mirada desorbitada, buscándome encarnizado; ahí estaba yo sin escapatoria en aquel recinto de tres por cinco, con aquel demente armado. Pero yo también tenía armas: la choricería está llena de cuchillos. Así que cuando salí del estupor que me paralizaba, sabiendo que era cuestión de vida o muerte (en ese momento, uno se vuelve primitivamente animal, salvaje, la vida está tan en riesgo que lo más tranquilizante es, al menos, luchar por ella) agarré una cuchilla blanca, la que tiene más filo y uso para cortar la carne, y me planté como quien está dispuesto a dar pelea.

Mi actitud lo confundió: no esperaba entrar en una choricería. Las máquinas carniceras, todas con filo, con fierro, aparatosos elementos de corte y picado, ganchos, garfios y sangre en derredor, lo sorprendieron; no pudo evitar detenerse y mirar hacia los costados, antes de volver la vista hacia mí.

Ahora estábamos los dos armados, a tres metros de distancia, y mi pregunta era si encararlo o esperar por la defensa. Como nunca aprendí a pelear (menos con cuchillas) encararlo era tan arriesgado como esperar en defensa; no tenía la menor idea de apuñalar o esquivar puntazos; quizá en ese sentido, aunque yo estaba de local, él tenía más experiencia.

Pero no me deje apoderar por la desconfianza: por dentro me hervía la sangre y quería degollarlo. Nada de dejarlo ir: si se había atrevido a eso (¿qué hubiese pasado si yo no tenía arma?), tenía que, al menos, asustarse; pero en el mejor de los casos, pagarla cara.

A veces están mis sobrinos, o mis abuelos, en donde trabajo. ¿Qué hubiese pasado si estaban ellos en ese momento? Ni pensarlo; solamente imaginar que podrían haber presenciado aquello, me daban ganas de descuartizarlo. Es verdad que mi trabajo estimula gran parte de mis fantasías asesinas; pero estas solo aparecen cuando la muerte ronda, y si esto pasa es porque alguien lo genera.

Le veía el cuello, cubierto por la campera polar gris que le llegaba hasta la boca, e imaginaba como tras cortarla saldría a borbotones la sangre acaudalada de la yugular.

De contextura pequeña, de no mediar armas bastaría que me le tire encima para derribarlo, y una piña para que se desmaye; pero no eran esas las

circunstancias, y cuando decidía encararlo cuchillo en punta advertía la peligrosidad de mis movimientos, y me quedaba estático, sin quitarle la mirada de encima (recordaba en ese momento, el consejo del creador del kung Fu: cuando a uno lo provocan, la mayoría de las veces basta para intimidar y apaciguar al contrincante con mirarlo tranquilamente a los ojos). Así que con este consejo como único escudo, esperaba surtir efecto.

Entonces él hizo el gesto de encararme, pero se quedó quieto; y yo respondí con idéntico movimiento.

En ese momento divisé un cuchillo al lado mío; lo agarré velozmente y se lo arrojé con destreza, intentando que de unas vueltas y lo lastime, clavándose de punta como en un tablero. Pero el cuchillo resbaló de mis manos, y luego de una débil voltereta golpeó contra la mesa y cayó a sus pies.

Me miró apenado y lo agarró. Ahora tenía dos armas él, y yo solo una.

Pero como dije, yo estaba de local, así que conocía mejor que él los elementos. Con pocas precauciones, confiado de mi impotencia, empezó a avanzar lentamente hacia mí; perverso, me miraba confiado, con una mueca en la cara de quien no puede fallar. Parecía un tiburón a punto de comerse un pingüinito. Venía hacia mí y yo, que estaba acorralado entre la mesa y la pared, busqué desesperado algo para defenderme (llegar a pelear mano a mano con cuchillas, no me daba mucha confianza). Vi entonces la rosca de la picadora (para los que no la conocen; es una rosca grande, del tamaño de un plato, toda de acero, que pesa unos dos kilos y medio) tirada sobre la mesa. Pensé en agarrarla pero advertí que de hacerlo, él presentiría mi movimiento. Así que lo esperé mientras me acercaba hasta ella, cuchilla al frente para que no piense que me rendiría fácilmente, y cuando estuvo lo suficientemente cerca para reventarle la cabeza de un derechazo, la tomé con fuerza y le di un certero y sordo golpe en el costado izquierdo de la cara.

La cara cedió ante el acero como cede la humedad ante el calor del fuego, y todo su cuerpo desplomado quedó tendido en el piso, del que nacían dos hilos de sangre; uno salía por la boca, otro por el oído.

Lo primero que hice al reaccionar fue agarrar los cuchillos que habían quedado tirados en el suelo.

Pensé en llamar a la policía, pero me dio miedo haberlo matado.

En ese momento entró a la choricería Juan, que había escuchado desde

su casa los gritos (es vecino y amigo mío desde la infancia). Patidifuso, miraba el cuerpo y a mí, una y otra vez, intentando comprender. Yo no podía hablar, y las lágrimas me inundaron el rostro y la respiración se tornó caótica.

-¿Qué pasó?- preguntó Juan en cuanto salió del estupor.

Pero yo no podía explicarlo. La contusión era superior a cualquier gesto. Una crisis de nervios se apoderó de mi cuerpo, y durante varios minutos fue víctima de violentos espasmos involuntarios.

Recién me calmé cuando Juan estuvo por avisar a mis abuelos, que dormían la siesta, y le impedí hacerlo. El flaco seguía tirado; la sangre tibia llegaba a la rejilla y por ella se iba hacia el pozo. No había signos de vida y sí de muerte: cada vez más blanco, el cuerpo menos tensionado... no había movido un solo músculo desde que cayó como una bolsa de trapos, y cuando acerqué el oído a su boca, no respiraba. Estaba muerto. ¡Muerto! Yo, un asesino. Asesino en defensa propia. Pero ¿a quién le importaba? Toda mi vida arrojada a la basura. Hasta en el caso que la ley no me condene, mi conciencia lo haría eternamente. Crimen y Castigo, como olvidarlo en ese momento.

De todos modos, nadie debía saberlo. Mi papa no estaba trabajando; el taller estaba vacío, y la fosa que nunca usan y permanece tapada por maderas engrasadas, era la única solución que encontraba a este traumático accidente. Sí: había sido un accidente, en todo caso causado por él.

Le pedí a Juan que me ayude, pero me dijo que no podía. Entonces retrocedió y se retiró, y en voz baja me dijo que no diría nada. Que haga de cuenta que nunca había llegado.

Entonces yo, mirando hacia todos lados, abrí la fosa del taller de mi papa, busqué el cadáver del flaco y, arrastrándolo, lo arrojé dentro de ella. Luego, sospechando que al descomponerse echaría olor, junté dos carretilladas de tierra húmeda y la arrojé sobre él. La cuchilla que él traía también la arrojé a la fosa.

Acto seguido limpié los rastros de sangre, y me vine a casa para intentar olvidar todo aquello. Pero la cabeza no cesaba, y por la noche soñé repetidas veces que despertaba, salía de la fosa, y con olor a grasa y a tierra me venía a buscar a la pieza, y con la rosca que lo había matado me ahorcaba, y me sacaba las tripas por la espalda, mientras yo luchaba en vano por zafarme.

El dolor era tan real que despertaba gritando y completamente sudado.

Nunca dije nada a nadie, y desde entonces con Juan no volvimos a hablar del tema. Pasaron ya siete meses, y el olor de la fosa es apenas perceptible para alguien que sabe que dentro de ella hay un cuerpo.

Misterios y Asesinatos

Un sendero angosto y escurridizo entre los árboles. Una alcantarilla oxidada. Un cuchillo ensangrentado. Una pala clavada junto a un pozo, al lado de un muerto.

Tal es lo que me encontré cuando por curiosidad me adentré en la espesura de la vegetación.

El tipo estaba tan hinchado como si lo hubiesen inflado. No se le veían los ojos, y la boca era color carmesí, pero mucho más tétrica. La piel blanca, el cuerpo desalmado, y los miembros tiesos.

Tenía varias perforaciones en el torso desnudo, y por cada uno de los agujeros, el olor nauseabundo que expelía era tan insoportable como las moscas que lo rodeaban.

Pero el tajo más grande lo tenía en la garganta. Seguramente ese le había causado la muerte.

Lo miré más detenidamente, e imaginé que lo habían ahorcado de atrás, y pasado el cuchillo de lado a lado.

Estaba acucillado, pero me puse de pié de un salto cuando pensé que el asesino podía estar por ahí.

Miré en derredor. Nada. Debajo de los árboles gruesos, variopintos pastizales se extendían a lo largo de todo el terreno. Diversos eran los cantos de las aves, así como las especies de plantas y árboles. Algunos eran altos, muy altos, de varios años de edad. Otros eran finos retoños de los más viejos. Crecían a la sombra de las grandes copas, consiguiendo apenas luz suficiente para subsistir débilmente.

El pozo que habían cavado para enterrarlo estaba a medio hacer. La pala estaba clavada de punta a un costado, por lo que concluí que quien la estaba utilizado, no salió huyendo al oírme llegar, de lo contrario habría estado tirada.

El cuchillo tenía sangre seca y tierra pegada. El color carmín de la sangre decoraba el filo y la punta del acerco, con su tinte mortuario.

Volví la vista al cuerpo.

Era un hombre de unos cuarenta años, musculoso, de –aproximadamente, medir a un muerto no es lo mismo que a alguien de pie– un metro noventa de estatura. De porte ancho, para mi no hubiera resultado fácil matarlo con un cuchillo. Tenía el pelo rubio y la mandíbula angulosa. Me hizo acordar al ruso que pelea contra Rocky Balboa, en la IV.

Lo único que tenía de ropa era un jean embarrado y ensangrentado, y unos borceguíes viejos y gastados, también manchados con lo que había sido su vida.

Ahora que concebía sus dimensiones, comprendía por qué el pozo parecía pequeño para su cuerpo. Seguramente quien pensaba enterrarlo quedó exhausto antes de poder terminarlo, y fue a descansar del sol recalcitrante de la tarde. ¿A dónde se iba a ir el muerto? Además, nunca hubiese imaginado que alguien iba a andar por ahí, descubriendo su fechoría.

Yo llegué hasta el cuerpo por pura casualidad. Iba paseando en bicicleta –en verdad, a nadie se le ocurre pasar a las dos de la tarde de un verano

sofocante; pero me había angustiado después de recibir un mail de mi hija, donde acusaba todos mis defectos, y me decía que “ni sueñes con que vaya a pasar las fiestas con vos.” Una opresión en el pecho, el famoso nudo en la garganta, y unas lágrimas que intentaron invadir mi rostro, me impulsaron a salir a despejarme-. Así que iba solo, recorriendo la ciudad desolada, cuando un camino de tierra, de una sola huella, atrajo mi atención. Me detuve y contemplé más atrás. Árboles, muchos árboles.

Nunca había andado por ahí. Por qué no meterme a conocer. Además, podía llegar a ser divertido.

Encaré con la bicicleta a toda velocidad, siguiendo con agilidad el angosto camino de tierra, pero tuve que aminorar la marcha cuando la vegetación empezó a ser más tupida, hasta volverse intransitable sobre dos ruedas. Las raíces cruzaban grotescamente el camino, y las ramas no tenían reparos por cruzar de un lado a otro, como largos y duros brazos flexibles. Pensé que ahí se terminaba el camino, pero el ruido de un pequeño curso de agua llegó a mis oídos. Permanecí en silencio, escuchando el canto de los pájaros y el sonido de la naturaleza; las ramas que se mecían con el leve murmullo del viento, y el agua... sí, efectivamente por algún lugar había agua.

Por el sonido que hacía, sonaba como si cayera a un pozo. Dejé la bici contra un matorral, y, agachado unas veces, saltando troncos caídos otras, seguí el ruido.

Era cada vez más fuerte, así que estaba bien encaminado.

De repente, en medio de la vegetación, vi un claro de unos cinco metros cuadrados.

Me acerqué y vi, en el centro, una especie de alcantarilla metálica, oxidada, en la cual un ínfimo caudal de agua que llegaba a través de una canaleta de cemento, caía dentro.

Me asusté un poco, porque aquella canaleta podía significar que me encuentre en propiedad privada, por lo que decidí regresar a la bici y pegar la vuelta.

Pero cuando volvía, una ráfaga de viento más fuerte que las anteriores hizo llegar hasta mí un hedor nauseabundo. Era asqueroso, caliente como la tarde y fétido como una ballena podrida. En situaciones como esas -cuando entro en un baño público y hay mucho olor a meo igual- me

falta el aire. Es una reacción somática. Lo mismo me pasó apenas leí que nunca había sido buen padre, ni ejemplo de nada, en el mail que me había mandado mi hija deseando felices fiestas.

No soy muy sensible, pero me vinieron arcadas. De todos modos, como no había comido nada, no vomité.

El olor había venido del norte, así que hacia el norte fui. No tuve que caminar muchos pasos, pero lo que en un campo limpio hubiese demorado medio minuto, ahí dentro, entre las ramas de los árboles silvestres, y las raíces, y las enredaderas, y los pastos altos, y las telas de araña, debo haber tardado unos cinco minutos.

A cada paso el olor se volvía más insoportable. Finalmente llegué al cuerpo. Casi tropiezo con él, porque estaba tirado detrás de un tronco caído. Pude evitar pisarlo dando un salto, cayendo entre el cuerpo y el pozo.

Entonces vi todo tal como lo describí.

El pozo a medio cavar, con tierra amontonada a un costado, la pala clavada de punta en la pila de tierra, y el cuchillo, sin orden aparente, tirado en el piso.

Qué situación horrorosa. Y a pesar que sentí miedo, no me invadió el pánico.

Por el contrario, una fascinación siniestra me llevó hasta el cuerpo, junto al que me acuclillé para verlo mejor.

Las heridas del cuerpo eran al menos quince. La mayoría estaban en el abdomen, pero las tenía también en el pecho, y una en la rodilla derecha, de la que la sangre que había brotado le había manchado el jean.

Sin embargo la de la garganta era... cómo describirla... era amplia como una tétrica sonrisa roja, y tan profunda que la cabeza permanecía apenas agarrada al cuerpo por la columna vertebral.

Sin duda quien la había hecho tenía un cuchillo muy afilado, y todavía mucha más fuerza.

Era obvio que esta herida era la que le había dado muerte. No solo por el color de la sangre, que parecía más fresca que las del resto del cuerpo, si no porque el charco de sangre sobre el que estaba apoyado el cuerpo, nacía, principalmente, de la zona de su garganta.

Imaginé que lo dejaron caer en el mismo lugar donde lo degollaron.

Por un impulso incoherente –aunque luego fue completamente determinante- metí la mano en los bolsillos ensangrentados del jean, y lo único que encontré fue una tarjeta de cartón que decía: CARLOS ÁLVAREZ. PERFORACIONES Y CERCOS.

En ese momento sentí un ruido en algún lugar. Tal vez una voz, o el movimiento de algún pájaro.

Fuera lo que fuese, un vértigo repentino me puso en movimiento, y corrí sin importarme los golpes, las espinas, los latigazos de las ramas, hacia donde creía que estaba la bicicleta.

Me costó encontrarla, pero finalmente la vi, en el mismo lugar en que la había dejado. Desesperado, con la adrenalina disolviéndome los músculos, salí a la calle de la que me había desviado por simple curiosidad.

Al llegar a casa –mucho más rápido de lo que creía posible- las náuseas y el mareo se apoderaron de mí. Caí de rodillas junto al inodoro, y vomité un poco de bilis. Sentía el estómago revuelto. No sabía si por lo que había visto, o por el cacazo que me había pegado al escuchar ruidos.

Cuando me recuperé, fui a la comisaría a hacer la denuncia.

Naturalmente me interrogaron de inmediato, sopesando la posibilidad de que el asesino sea yo. Luego <<¡No por favor! ¡No!>> me llevaron con ellos al lugar del hecho.

Durante el viaje en el patrullero me vinieron arcadas. Dos veces tuvieron que frenar para que me retuerza el estómago en la banquina, sin vomitar nada.

Finalmente llegamos al sendero.

-Ese es- dije, señalando el angosto camino de tierra. Yo estaba tan pálido como un fantasma, y en mis ojos se reflejaba el horror mortis de lo que había visto.

Los policías miraron el camino, y se volvieron hacia mí:

-¿Y qué hacías vos ahí?

-Ya les dije... salí a andar en bici- dije, ahogando una arcada.

Me bajaron del auto y me llevaron con ellos.

Eran cinco policías y yo.

Caminamos hasta que el sendero se hacía intransitable, donde deje la bicicleta, y luego, primero tuve que seguir el ruido del agua en la alcantarilla, fuimos hacia donde recordaba que estaba el cuerpo.

Vaya sorpresa que me llevé cuando llegamos al lugar del hecho. No había nada. Ni tierra ni pozo ni pala ni cuchillo ni cuerpo.

-¿Y?- preguntó uno de ellos irritado, como si fuera un delirante.

-Estaba acá dije.

No podía creerlo. Había algo que era diferente, pero no podía saber qué.

-Les juro que estaba acá. Ahí estaba el pozo, y acá el cuerpo- dije, señalando al lado del tronco caído.

Entonces me di cuenta que el tronco no estaba donde había estado antes, si no que lo habían corrido y puesto arriba del pozo que yo había visto a medio hacer. También habían cortado otro árbol, y con sus verdes ramas este tapaba la tierra removida del pozo tapado.

-Es ahí, es ahí- dije- fíjense que la tierra está movida.

Los policías miraron con atención. Algunos se arrodillaron para tantear la humedad de la tierra.

-Es cierto- dijo uno de ellos mirando al resto.

Entonces otro de los policías pidió que vengan peritos con perros.

Nuevamente, in situ, me hicieron relatar lo sucedido.

Cuando finalmente llegaron los peritos con las palas, nosotros ya habíamos corrido los troncos de arriba del pozo.

Comenzaron a cavar, y comprobaron que aquel pozo no tenía más de un día. La tierra estaba removida, todavía no se había apelmazado, y la humedad denostaba que había sido tapado hacía poco.

Pero a medida que profundizaban, e incluso cuando llegaron a la tierra firme, aproximadamente a la altura donde yo había visto el pozo a medio hacer, del cuerpo no había novedades.

No estaba ahí, ni en los alrededores. Con los perros intentaron seguir las pistas, pero estas se perdían en matorrales, o en caminos vecinales.

Finalmente, al llegar la noche, me dejaron ir a casa. Me ordenaron que no salga de la ciudad, por si me necesitaban para la investigación.

La noticia del asesinato de Carlos Álvarez estremeció a la ciudad durante una semana. Los periodistas, en su afán de cautivar la atención de la gente, llevaban adelante investigaciones bizarras y sacaban conclusiones aún más disparatadas.

A pesar que intentaron entrevistarme varias veces, me negué a todas.

Lo que no pude evitar fue que los móviles de los distintos canales acampen fuera de casa, a la espera de que salga, para robarme algunas palabras.

Para peor, tuve que soportar la impotencia de ver que algunos canales barajen la posibilidad de que el asesino sea yo.

Se preguntaban por qué no daba la cara si era inocente. Cómo había llegado, a esas horas, hasta ese lugar recóndito. Qué hacía ahí. Empezaron a investigar si yo era un aficionado a las bicicletas; si frecuentaba el ciclismo. Se acercaron a las bicicleterías de mi barrio a preguntar si yo iba seguido, si había comprado la bicicleta ahí. Uno de ellos no tuvo mejor idea que decir que me conocía de vista, para que le pregunten sobre mi temperamento, y relaciones amorosas.

Lo peor que me pasó fue que se filtre el mail que me había mandado mi hija antes de navidad. Al publicarlo en todos los sitios web, la gente no tardó en concluir que la tristeza de ser rechazado por mi hija me había conducido al asesinato. Y también a ella la buscaron para que diga cómo había sido yo como padre. Agradezco que en aquellas instancias, ella se haya abstenido de opinar.

Yo estaba tranquilo, porque la policía prácticamente había descartado aquella posibilidad, pero mis conocidos me llamaban preocupados; algunos me preguntaban qué hacía a esa hora ahí, otros querían que les describa con exactitud lo que había visto.

Para ser sinceros, aquella aventura me había resultado demasiada cara y agotadora.

Me estaba volviendo loco. Para peor, encerrado, con un mundo que depositaba sus ojos en mí, mientras el cuerpo del muerto y sus asesinos, seguían desaparecidos.

Pero a los diez días del incidente, otra noticia sacudió la ciudad, despejando todas las dudas que tenían sobre mí, y desviando completamente la atención hacia otro lado.

Me desperté un martes, a eso de las nueve de la mañana, y leí en un diario: Otro asesinato en la ciudad.

Se trataba de un tal Juan Pablo Felini.

En cuestión, la policía había hallado otro cadáver en la periferia de la ciudad. Esta vez le habían pegado un tiro, pero tenía, sin embargo, algunas puñaladas en el cuerpo.

La noticia era tan desinformante como todas las que habían dado sobre el caso Álvarez, pero hubo un detalle que me llamó poderosamente la atención. Entonces saqué una aguda conclusión y corrí al teléfono para contársela a la policía. Pero a ellos no les pareció tan elocuente, y me respondieron como se le responde a un niño: “Tavaglione, no se haga más mala sangre por esto y descanse...”

Me quedé boquiabierto con el teléfono en la mano. Empezaba a entender por qué los detectives y la policía nunca tuvieron buenas relaciones.

Contrario a quedarme tranquilo, aquello me impulsó a involucrarme un poco más.

Yo había leído hacía poco Crímenes de la calle Morgue, así que, por qué no intentar con la estrategia que utilizó Dupin.

Puse en los avisos “Cercos Gutiérrez. Bueno y barato.” Y dejé para que me llamen el número de mi celular. Puse un nombre falso para resguardar mi identidad. Lo que iba a hacer no era un juego de niños.

El mismo día que salió el anuncio recibí tres llamados.

A todos les dije que por el momento estaba sumamente ocupado, y que

no quería comprometerme para no fallarles.

Al otro día, agarré el celular y llamé a los tres números que me habían llamado el día anterior.

-Hola, ¿con el que pone cercos?- les dije a todos.

El primero me dijo:

-Equivocado. ¿Con quién querés hablar?

-Ah perdón- y colgué.

La segunda era una mujer.

-Hola, ¿con el que pone cercos?

-No, ja ja ja...- río-. Ojalá supiera. No consigo. Si sabés de alguien avisame-
dijo, y colgó entre risas.

El tercero era un anciano.

-Hola- la voz temblorosa.

-Hola- dije- ¿usted pone cercos?

-No querido, yo no pongo ni la firma ya...

-Ah disculpe- y colgué, antes que me cuente por qué ya no podía poner la firma, y quién lo hacía por él.

Los tres primeros intentos fallidos. Pero ese mismo día volvieron a llamar; esta vez fueron cinco personas.

Al otro día procedí del mismo modo que la primera vez, llamando para preguntar si ponían cercos, pero tampoco nadie ponía cercos.

Entre tanto, la noticia de que Juan Pablo Felini había sido asesinado invadía como una fiebre la ciudad. Todos hablaban de la inseguridad, del peligro que acecha en las calles; las escuelas se aseguraban la seguridad de sus alumnos poniendo policías en las puertas. En algunos canales hacían estadísticas de asesinatos de distintos países, y no faltó un especial de Crímenes Atroces que nunca fueron develados.

El petizo orejudo recorrió las pantallas con su mirada incisiva y sus orejas afiladas; también estuvo el carnicero de Grenowill, el rompehuesos del bosque, el comeojos, Jack el destripador, el estrangulador de Massachusetts, y varios asesinos seriales más. Hubo psicólogos y psiquiatras hablando de perversiones y psicopatías, y de posibles traumas infantiles que, en la adolescencia, conducían al crimen.

Hasta el Papa fue interpelado por un periodista argentino que conoció la basílica de San Pedro.

-¡Francisco! ¡Francisco!- le gritó, cuando este asomaba al escenario, entre los alaridos de los fanáticos- ¿qué tiene para decir a la gente de Bahía Blanca, que está asustada por los asesinatos?

-Bendiciones para todos- dijo el Papa-. Paz y bendiciones.

El cadáver de Carlos Álvarez todavía no había aparecido, pero su familia había denunciado que desde hacía once días no lo veían. Que había desaparecido en horario de trabajo. Aunque como nunca les decía dónde iba a ir, les resultaba imposible dar la menor pista.

Al cuarto día de aparecido el anuncio, recibí solamente dos llamadas.

Al día siguiente volví a llamar a esos dos números.

-Hola, ¿usted coloca cercos?

-No no, polarizados pongo...

-Ah disculpe, me equivoqué.

Llameé al otro número.

-Hola, ¿usted coloca cercos?- pregunté.

La verdad es que ya estaba desganado. Las cosas en la realidad no me salían lo bien que le salían a Dupin ni a Sherlock Holmes en sus relatos.

-Sí, ¿quién habla?

-Ah qué tal- dije, anonadado-. Yo también coloco cercos, pero acabo de llegar a la ciudad y no entiendo bien cómo hacen para perforar el suelo... empecé hace poco, para ser sincero...

Al otro lado del teléfono, el silencio era absoluto.

-Yo quería saber si vos no me podrías dar algunos consejos. Te pagaría, obvio...

-¿Quién sos?- preguntó con brusquedad.

-Eh... Tito. Me dicen Tito.

-Bueno- dijo después de un largo silencio-. Vení mañana a la mañana, a...- me dio la dirección.

Esa noche dormí intranquilo, pensando en cómo iba a proceder.

¿Me convenía avisarle a la policía? ¿Y si mi pista era, esta vez, todavía menos elocuente que la primera, cuando los llevé hasta el lugar donde supuestamente estaba el cadáver?

Al otro día, a eso de las diez de la mañana, estaba en la dirección indicada.

Era en un segundo piso. Debajo parecía haber un garaje, y por una escalera lateral se ascendía hasta el departamento en cuestión, fuera del cual un cartel decía "Cercos. Perforaciones. Alambrados y tejidos. Control de plagas. Parquizados".

Toqué timbre y a través de un portero eléctrico me preguntaron quién era.

-Tito- dije, y la puerta se abrió.

Subí y entré en el departamento. Era una sala pequeña, y detrás de un gran escritorio estaba sentado un tipo de unos cuarenta y cinco años, cargado de hombros y una barriga prominente. Era tan ancho que la silla en la que se sentaba resultaba invisible, y también las dimensiones del lugar parecían achicarse ante su tamaño. Vestía una camisa blanca arremangada, las mangas a punto de reventar sobre sus brazos inmensos; tenía barba negra y un arito en el lóbulo izquierdo. El ancho de su pecho superaba dos veces el mío.

-Buen día- saludé, tendiéndole la mano.

-Buen día- me correspondió el saludo, apretándome con fuerza, y con un gesto me invitó a sentarme-. Vos debés ser...

-Tito- completé yo-. Me llamo Francisco <<¿por qué dije mi verdadero

nombre?>>, pero desde chiquito me dicen Tito.

-Tito... yo soy Mario. ¿Qué andás necesitando...?

-Mirá, yo acabo de llegar a la ciudad y no tengo trabajo. Así que me puse a colocar cercos. Me sale más o menos, por eso cobro muy -hice énfasis en el muy- barato, pero no me quedan bien... yo quería que alguien que sepa me explique un poco...

El otro me miraba con altanería. Apoyado contra el respaldo, con sus anchos brazos cruzados, me hizo acordar, por su gesto, a Diego Maradona.

-Mirá- dijo, apoyando los brazos en el escritorio-, el que sabe de cercos es Nahuel, ahí lo llamo- tocó un timbre que no sonó donde estábamos nosotros-. Yo me dedico más a las perforaciones- volvió a apoyarse en el respaldo.

En ese momento retumbaron unos pasos en la escalera, y por la puerta entró otro hombre, de unos treinta años, mucho más pequeño que el que estaba detrás del escritorio.

Entonces ahí comprendí cómo habían asesinado a Carlos Álvarez.

<<El grandote lo agarró de atrás, mientras el chiquito lo apuñalaba de frente. El tajo de la rodilla debe haber sido un intento de defensa. Después de darle varias puñaladas en vano -porque el tamaño de Álvarez era tremendo- el grandote le pasó el cuchillo por la garganta y le dio fin a la resistencia de Carlos. El segundo asesinato fue igual, pero seguramente ya fueron armados porque el primer caso les había dado más trabajo del esperado>> pensé.

Nahuel era flaco y de espalda fina; no medía más de un metro sesenta, pero su mirada, sus manos cerradas, así como sus movimientos rápidos y espasmódicos, denotaban que era una bola de nervios.

Tenía la mirada huidiza, igual de acelerada que el resto del cuerpo, y los ojos juntitos de un loco.

De pelo lacio, se peinaba hacia un costado, dejando que un largo flequillo rubio le cubra la frente.

-Nahuel- dijo el grandote. Nahuel nos miraba a uno y otro, alternativamente- el señor quiere aprender un poco sobre colocación de cercos. Dice que no tiene trabajo, y se va a dedicar a esto- dijo esbozando una

sonrisa confiada.

Ahí descifré el motivo de los dos asesinatos anteriores.

Nahuel asintió enérgicamente con la cabeza, sin emitir palabra, pero también dibujó una sonrisa en sus finos labios, y su mirada perdida en el escritorio me advirtieron los planes que tenían para mí.

-Porque yo estaba aprendiendo con Carlos Álvarez- dije con desafiante inocencia. El rostro de ambos se torno tenso. Nahuel miró a Mario como si acabase de develar su secreto. Pero Mario no se dejó sorprender-. Pero lo mataron- completé, y permanecí en silencio.

-Ah, el tipo que apareció muerto...- comentó Mario, incómodo.

-Claro. Y después hable con Juan Pablo Felini, me iba a enseñar, pero también lo mataron.

Ahora sí Mario se puso tan serio como Nahuel, y no pudo evitar mirarlo de reojo. Por más que fue solo un instante, en aquel gesto delató que no había más nada que hablar.

-Pareciera que los maldigo- agregué- espero que a ustedes no les pase lo mismo.

La situación era tan tensa que si una mosca hubiera surcado el aire con su zumbido, hubiese estallado. De todos modos lo hizo, pero fue por iniciativa de ellos.

El chiquito se arrojó encima mío, pero me pude zafar de él dándole una piña certera, justo debajo del mentón. Cayó sentado al piso, pero del grandote no fue tan fácil liberarme. Se paró mientras me entretenía con Nahuel, y antes que pueda hacer nada me agarró por los hombros, con esas dos manazas que parecían pinzas.

Ahora que lo veía en toda su estatura, supe por qué Carlos Álvarez no se había podido soltar de aquellos dos. La cintura sobrepasaba con creces el escritorio, y la cabeza casi le tocaba la lámpara que colgaba del techo.

Debería medir, fácil, dos metros, y otro metro de ancho.

Me levantó con la misma facilidad con que se levanta a un bebe y me pasó para el otro lado del escritorio. Pero yo tenía las manos libres, y no había ido a la boca del lobo, a provocarlos, sin preparación ni precau-

ciones. Así que mientras volaba dentro de aquella pequeña habitación, como un osito atrapado por las garras de las máquinas de peluches, tomé el gas pimienta que tenía colgando del cinto del lado izquierdo, y antes de que me pueda moler a golpes -ya me tenía en el piso, y de haber recibido una sola de esas manazas me hubiera matado- le unté la ancha y regordeta cara con el aerosol picante.

Todas sus fuerzas flaquearon, y toda su voluntad quedó obnubilada en un instante. Como si fuerzas invisibles lo empujaran, retrocedió tropezando con la silla, y cayó al suelo haciendo retumbar toda la cuadra.

Al caer golpeó contra un armario de madera, que ante su peso no dudó en partirse en varios pedazos. Del interior cayeron varios papeles, así como el cargador de una pistola.

El otro, entre tanto, se había levantado, y con la agilidad de un gato había rodeado el escritorio y se me tiraba encima.

Pero tampoco esta vez pudo conmigo, porque yo había sacado el 38 y le apuntaba directamente a la frente.

-¡Quieto!- le grité, y le disparé justo al lado de la cabeza. El estruendo fue ensordecedor, y Nahuel no dudó en que una sola de esas balas bastaría para borrarle medio cuerpo.

Lentamente, retrocedió, hasta quedar apoyado contra la pared.

El ambiente estaba viciado de gas pimienta, así que el ardor nos afectaba a todos. Pero a diferencia del gigante, nosotros dos podíamos ver.

Mario se retorció en el suelo como una víbora aplastada, agarrándose la cara como si una máscara invisible de ácido lo estuviera disolviendo.

Mientras me ponía de pie, sentí un pinchazo en el costado derecho del cuerpo. Seguramente me había golpeado con la silla, o la pata de la mesa.

No tardé ni tres segundos en incorporarme, pero fueron suficientes para que el chiquitito, sigilosa y repentinamente, salga corriendo por la puerta que había entrado.

<<Corré. Corré. Ya los tengo>> pensé, pero me equivocaba.

Mientras me entretenía intentando atar con el cinto las piernas del grandote -tarea difícil por cómo se agitaba, y por las poderosas patadas que

me tiraba-, Nahuel apareció sorpresivamente portando una escopeta doble caño.

Los anchos agujeros de la escopeta me hicieron replantearme la vida.

-¡Alejate!- gritó el chiquito, con una voz mucho más aguda de lo que hubiese imaginado-. ¡Alejate!- gritaba, fuera de sí. Estaba desesperado, y eso era lo que más me atemorizaba.

Hice caso, pero no solté el arma. Tampoco me lo pidió. Entonces me apuntó a la cabeza y, por un instinto certero, me agaché justo cuando apretó el gatillo.

Las municiones reventaron la ventana, y también las del departamento que estaba al frente, cruzando la calle. El estruendo de aquella escopeta fue mucho más furioso que el de mi pistola. Un “piiiiii” agudo y penetrante me invadió el cerebro.

Pero no le di tiempo a ponerse sobre mí y ejecutarme. Por debajo de la mesa le disparé a la pierna, y le di justo en la rodilla. Cayó, inevitablemente, entre horribles alaridos de dolor, y junto con él cayó la escopeta, que con el golpe se disparó sola y le dio en el pecho, como si le hubiesen apuntado, al grandote, que todavía luchaba por sacarse de la cara la máscara envenenada.

Entonces el grandote lanzó un suspiro ahogado, como un globo que se desinfla de golpe, y cesó en sus intentos por liberarse de aquello que tanto le molestaba.

Las manos quedaron inertes al lado del cuerpo, se le aflojaron las piernas, y la cabeza cayó apoyada sobre su pecho agujereado, como una máquina que se apaga por falta de energía.

El chiquitito gritaba de dolor. Quizá no había visto lo que acababa de hacer.

Gritaba y maldecía, aunque tan agudo y desarticulado que resultaba imposible comprenderlo. Estaba completamente sudado, e intentaba arrastrarse hacia la puerta, aunque cada movimiento le resultaba infernalmente doloroso.

Me levanté y salí de la oficina antes de que el chiquitito me vuelva a sorprender. Además el ardor en los ojos iba en aumento. Las lágrimas ya casi no me dejaban ver, y había empezado a congestionarme, pero el aire del exterior me revitalizó.

Llamé a la policía y aguardé apostado con el arma, apuntando exactamente a la puerta, por si intentaba escaparse.

Cuando la policía llegó, entraron en lo que era la oficina, y encontraron al grandote muerto de un escopetazo en el pecho, pero al chiquito no lo vieron.

Lo que encontraron fue sangre en la vereda. Había saltado por la ventana. Pero herido como estaba, no hizo más de diez metros antes de caer tirado al piso.

Alguien llamó a la ambulancia, y la policía lo apresó en el hospital.

Yo tuve que volver a someterme a interrogación policial, y ya empezaba a resultarles llamativo que siempre esté en la escena del crimen. Pero les relaté exactamente el hilo de mi pensamiento, y concluyeron que era inocente.

-Cuando encontré el cuerpo de Alvarez, lo único que tenía era una tarjeta de su trabajo. Después leí sobre Felini, y encontré una coincidencia que ustedes descartaron, a pesar que se las comenté. Ambos dos trabajaban colocando cercos y haciendo perforaciones. Concluí que no podía ser casualidad, y que quien los mataba tenía un propósito muy claro: eliminar la competencia. Entonces puse un anzuelo, y picó. Coloqué el aviso en los clasificados, y los asesinos en cuestión no tardaron en llamar. Cuando al otro día pregunté si colocaban cercos y me dijeron que sí, supe que quien quería mis servicios en verdad quería acercarme para que yo sea su tercera víctima. También supe que era más de uno, por la manera en que habían asesinado a Álvarez. También sospechaba que se trataba, de al menos, uno grandote. Entonces planeé mi propia intervención. No medí los riesgos, pero estaba seguro de haber encontrado a los asesinos. Si les hubiese pedido ayuda, seguramente me habrían dicho lo mismo que cuando les dije que no podía ser casualidad que los dos homicidios tengan por víctima a cerquistas: "Tavaglione, no se haga más mala sangre por esto y descanse..." Y bueno, fui y...- les relaté a la policía, por tercera o cuarta vez, los hechos en aquella oficina tal cual sucedieron.

No encontraron contradicciones en mi declaración, y les pareció admirable mi labor, así que me dejaron en libertad. Al otro, al chiquitito, lo interrogaron y se encontraron con que todas mis suposiciones eran acertadas. Le dieron quince años de prisión por homicidio premeditado.

Cuando la noticia de que los dos asesinatos habían sido resueltos por la misma persona que había descubierto el primer cadáver, la prensa no tardó en volver a buscarme. Ya nadie se atrevía a formular hipótesis sobre mi posible culpabilidad. Ahora todos me trataban como a un rey que se debe respetar. Ahora nadie había dicho nunca, ni esbozado siquiera, que yo podía estar implicado en el asesinato.

También me llamó mi hija, y me dijo, que a pesar de ser un padre desastroso, era muy inteligente.

-Si vos supieras cuán responsable sos de todo lo que pasó- le dije, y seguramente no comprendió el alcance de mis palabras.

Entonces, como la prensa insistía con que aparezca en los medios y diga algo, les di el gusto. Informé que al día siguiente, a determinada hora, saldría a hablar con las cámaras.

Al otro día la vereda estaba atestada de cámaras, periodistas, combis con antenas en el techo, y todo el circo "informativo".

Encendí la tele y vi en la pantalla el frente de mi casa. "En instantes va a declarar Francisco Tavaglione, quién descifró el misterio de los asesinatos múltiples..."

"...Francisco Tavaglione, el Sherlock Holmes Bahiense..." decía otra reportera.

Varios canales enfocaban mi cuadra, mi casa. Miré por la ventana, y vi que estaba todo listo.

Entonces salí con naturalidad, pero me fue imposible hacer más de un paso antes de tenerlos a todos encima, como moscas malolientes.

Las preguntas llegaban a raudales, y me resultaba imposible responder ninguna por la ensordecedora algarabía.

-¿Cómo hizo...

-¿Quién le dijo...

-¿Por qué fue...

-¿Dónde descubrió...

-¿Para qué...

-¿Cómo se siente....

Etc., etc., etc... las preguntas eran muchas, pero no importaba. Yo ya había pensado la respuesta, así que solo aguardaba que todos se callen y me escuchen.

Tuvieron que pasar unos tres minutos, hasta que algunos reporteros menos obtusos que otros empezaron a chistar para que hagan silencio.

Cuando finalmente el silencio reinó, y todas las cámaras y micrófonos apuntaban hacia mí; cuando en todas las casas de la ciudad, y del país, esperaban boquiabiertos mi respuesta, sin tragar saliva para no perderse nada; cuando todo el rating -por única vez en mi vida- giró en torno mío, contesté:

-¡JÓDANSE!

Y sin más -ni menos- volví a meterme dentro de casa, para decepción de la prensa, que se había esmerado en tantas habladurías. El modus operandi que me había llevado a echar luz sobre los asesinatos, no se los iba a confesar.

Piropo

El otro día iba por el centro, y vi una mujer muy linda. Venía caminando confiada, esbelta, con una sonrisa dibujada en el rostro y una mirada que recorría decidida su entorno; parecía conquistar hasta el aire, parecía tener un día estupendo. Alrededor de ella un fulgor rojizo le envolvía, y no pude menos que inventarme una fragancia para acompañar aquella presencia deslumbrante. No era física la belleza que me embelezaba, a pesar de que era linda. Lo que me volvía un cautivo de mis hormonas, y lo que las había alborotado, era su aspecto general. Vestía alegre, caminaba feliz, sonreía despreocupada. Me transmitió su buena onda, y me puso de excelente humor. Y fue tan real y profundo lo que me produjo, que al pasar por al lado mío le dije, con todo respeto:

-¡Qué linda que estás!

Ni siquiera le dije “que sos”, lo cual hubiese ido más dirigido a su cuerpo. Le dije “que estás”, es decir, a su presencia.

La chica esta se inmovilizó como abducida por una pausa en el tiempo,

se dio media vuelta, y con una cara maquiavélica se acercó lentamente hasta donde estaba yo, sorprendido y algo desconcertado.

-¿Qué me dijiste?- preguntó.

-Que... estás linda- dije titubeando.

-Repetímelo- dijo acercándose el oído a mi boca.

Yo no entendía si estaba enojada o verdaderamente no entendía.

-Que estás hermosa- añadí, pero no me dejó alejarme para mirar su reacción, que me surtió un bollo con la palma abierta que me hizo volar todos los pajaritos del árbol. El “Paf” seco retumbó tanto, que todos los de esa cuadra miraban qué había pasado, y hasta de los locales comerciales salían los vendedores a ver al cacheteado.

-Decímelo de vuelta, a ver, no escuché-. Su postura era tan amenazante que yo sabía que iba a recibir otro-. Ah, ahora se queda callado el hombrecito... ¿y el “macho piropoeador”?- preguntó con exagerada ironía-. ¿Eh?

-Eh... perdoname- fue lo único que me salió decir.

-¿“Perdoname”? Hay sí, cómo no... toda una vida de sometimiento, siglos de machismo, y ahora que te ponen banca no se te ocurre nada mejor que decir “perdoname”... no pendejo, no es así...- dijo revoleando los brazos.

-Yo solamente...

-Vos solamente sos un pelotudo, un desubicado machista retrógrado egoísta y anticuado. Eso es lo que sos... vean- gritó, desplegando la voz hacia todos lados; ya todos estaban mirando, pero ahora los incluía oficialmente en la función:- frente a nosotros se encuentra un dinosaurio, un agresor de la feminidad, seguro nieto de un militar... este sujeto- dijo señalándome con una filosa uña color fluo- me increpó en la vía pública. Claro, siempre fue normal, ¿no? La mujer sumisa, que se bancaba los piropos y calladita la boca a hacer sus labores... pero eso cambió que-ri-di-to- esgrimió moviendo la cabeza hacia ambos costados.

Todos los transeúntes de calle Alsina miraban ávidos de interés. Algunos cuchicheaban entre ellos. Del tumulto sobresalió la voz de una vieja, que dijo “Degenerado”, con esa autoridad de quién hace justicia en nombre

de la patria.

La vergüenza me colmaba y hacía enrojecer. No sabía si reírme o llorar. Sobre todo quería explicarle que soy de la misma idea que ella, pero me había parecido un halago formal y educado. A lo lejos vi un oficial de la guardia urbana que, atraído por el gentío, avanzaba hacia nosotros. ¿Y ahora? De estas contemplaciones me sacó otro seco y resonante “Paf”, esta vez en la mejilla izquierda, seguido por el “ohhh...” al unísono de los transeúntes.

-Eso es para que lo pienses dos veces la próxima.

Yo la miraba mudo; cualquier cosa que intentaba, solo la ponía más brava.

-¡Me das asco! – sentenció finalmente. La expresión de felicidad y armonía que antes transmitía, ahora era un cactus repleto de puntiagudas y duras espinas amarillas, todas ensartándose contra mí al mismo tiempo. Y traslucía en sus ojos arrugados de bronca, el odio de todas las mujeres sometidas al machismo durante tantos siglos de impotencia. Agradecí que no llevara un arma.

-¿Qué sucede?- preguntó el de la guardia urbana.

-Este infame- dijo señalándome; justo se estaba yendo pero al verlo volvió fieramente- me acosó en la vía pública.

-Yo no...

-Silencio- escrutó el guardia levantando ante mí una palma ancha y carnosa-. ¿Qué fue lo que sucedió, exactamente?

La gente se venía acercando poco a poco, para no perderse la conversación.

“Es un degenerado” gritó la vieja, intentando sobrepasar a la masa que avanzaba de a poco, “es un degenerado” reiteró, y se apostó bien cerca del guardia como para repetirlo las veces que sea necesario.

El oficial me miró indignado, como un padre mira a su hijo cuando este dice algo inadecuado en una reunión familiar.

-No es cierto- alcancé a acotar.

-Señorita...- dijeron dándole lugar a expresarse.

-Yo venía caminando, pensando pavadas, cuando escucho un insulto. Me di vuelta y lo cacheteé... no me voy a dejar acosar por nadie.

-No te insulté...

-Sí me insultaste- gritó ella-. Hoy día eso es un insulto.

“Es un degenerado” reiteró la vieja.

-Yo...

-Sos...

-Calma- intervino el guardia-. Por favor, decime exactamente qué te dijo.

Ella atinó a responder pero se detuvo. Dudó un instante y yo contesté.

-Que estaba linda.

El guardia me miró, y luego la miró a ella.

-¿Eso le dijo?

-Eh... yo ya no recuerdo. Me alteré tanto que perdí la memoria- respondió evasiva.

-Porque si solo le dijo eso...- el guardia se encogió de hombros sin terminar la frase.

Pero ella, ante esto, volvió a su postura ofensiva, a su mirada guerrera.

-¿Así que eso no es nada grave? ¿Eh?

-Bueno...- minimizó el guardia.

-Así que él puede decirme lo que quiera, total...

-No, bueno... tampoco lo que quiera...

-Así que él puede decirme lo que se le cante, y también puede tocarme, porque: “oh la rocé sin querer”, y ya es inocente.

-Lo que quiero decir...

-Y puede toquetearme y yo no tengo derecho a defenderme- clavándole la mirada al guardia.

-No me mal interprete...

-Y puede agarrarme por la fuerza, y llevarme a un lugar apartado, y violarme, y tampoco pasa nada...

“Es un degenerado” aportó la viejita. La gente apelotonada alrededor formaba un gran círculo que cruzaba la calle, y llegaba de vereda a vereda.

-No me malinterprete- dijo el guardia-. Está usted exagerando...

-¡Exagerando!- gritó ella, elevando su voz al cielo y golpeándose las piernas con las manos-. ¿Ustedes escuchan lo que dice?- dijo mirando a la gente. Sabía muy bien hacer participar a los demás. La vieja, con la mandíbula contraída de odio, asentía con la cabeza-. Un tipo viene, me agrede, y resulta que yo estoy exagerando.

-Nop...- intentó decir el guardia, pero a pesar que nadie lo calló, enmudeció por voluntad propia.

-¿Qué? ¿Qué querés decir?- preguntó ella.

-No, yo quería aclarar que... o sea... reconozco que está mal decirle cosas a las damas en la calle...

-En cualquier lado está mal...

-...O en cualquier lado... está mal. Pero hay diferentes niveles de gravedad-. Ella lo miraba con los ojos escalofriantemente abiertos; parecía no respirar; atinaba a hablar pero no lo hacía-. Una cosa es que le diga...

-Así que niveles de gravedad. ¿De qué estamos hablando? ¿De un jueguito? Niveles... explíqueme, licenciado en mujeres- picó con mucha ironía- y explíqueme a todos los presentes, que deben tener mujeres, hijas, sobrinas... explique, por favor... ¿En qué nivel está el piropo, y en qué nivel el abuso sexual con acceso carnal? Cuéntenos, y díganos hasta dónde es legal y “no tan grave”, y donde comienza la zona roja, li-cen-ciado...

El guardia me miró desanimado. En sus ojos se leía lo mismo que en los míos. No había nada que hacer frente a aquella máquina expendedora de teorías antimachistas. Yo estaba en todo de acuerdo con ella; pero ella no era consciente, de que estaba aplicando sus opiniones en el lugar

inadecuado. Veía en mi toda la institución machista, si es que podría agruparse en una sola, y luchaba en nombre de todas las mujeres contra ella.

-Señorita- dijo el guardia- ¿Desea realizar una denuncia?

-¿Denuncia...? ¿Denuncia...? más vale que no quiero realizar una denuncia. ¿Ir a la comisaría para que un par de gordos uniformados se baboseen conmigo, para que se rían de mí, ir justamente a una de las instituciones más machistas y rígidas del mundo? No señor, claro que no quiero hacer la denuncia. A mi me alcanza con que todos los presentes sean testigos de mi declaración- la viejita asentía enérgicamente. Se dio media vuelta, y usando las manos como embudo, gritó al público:

-No se dejen acosar por degenerados. El machismo está abolido. Pero quedan todavía resabios que a fuerza de golpes tenemos que extirpar. ¡No más machismo! ¡No más machismo!

Nos miró a nosotros con el suficiente desprecio para erradicar las ratas de todo el planeta, y sin decir más nada se fue, a través del pasillo humano que se iba formando para que pase.

Con el oficial nos miramos un instante, pero estábamos más de acuerdo que si hubiésemos hablado. Sin decir nada, él dio la vuelta y se fue, dejándome solo en aquel escenario. Al pasar por al lado de la vieja, me espetó: “Degenerado”, con rabia, y también tuve que atravesar yo un túnel que iba formando la gente al dejarme pasar. Las expresiones del público eran diversas. Desde los que no habían entendido nada, hasta los que creían, a pesar que quizá no era el caso, que yo era un machista y verde ofensor de mujeres. Estos me miraban indignados, y hasta tuve miedo de que alguien grite “linchémoslo”, y tener que empezar a correr, cosa que de todos modos, agravaría aún más la situación.

Llegué a la esquina y pude volver a respirar aire fresco, sin el vicio de la multitud, pero por si acaso, no le dirigí ni siquiera los ojos a ninguna dama hasta llegar a casa. ¿Y pueden creerlo? Me miraron más que nunca.

Crímenes Casuales

Hoy fui a comprarme el primer libro de la saga Game of Thrones (juego de tronos).

Como andaba en auto y llovía, pero tenía paragua, lo dejé estacionado a cinco cuadras, y caminé disfrutando el aire fresco y liviano de la tarde. Sonriendo, chiflando una canción de pibes chorros, fui a la librería, a paso cansino, y lo elegí (después de recorrer, agarrar y dejar varios libros, como siempre).

Cuando volvía, después de hablar con el dueño de la Agencia de que una película o serie adaptada al libro nunca le llega ni a las suelas, me pasó algo horrible.

En el edificio de la marina que está en calle Estomba a mitad de cuadra, escuché por el panel de los timbres, el sonido lejano de un departamento donde habían dejado el portero descolgado. Se escuchaba “bufffuufu” y la voz de una mujer, que suplicaba por su vida.

Me paré en seco apoyando la cabeza contra el parlante, y aguce el oído. Entonces escuché:

-Por favor no lo hagas...- lloraba-. No lo hagas por favor no lo hagas...

En su tono de voz pude reconocer el estado de impotencia y debilidad en que se encontraba.

Las súplicas se vieron interrumpidas por un fuerte chasquido, como si hubiese recibido un latigazo, seguidos de un alarido de dolor, y más llantos.

Sin contenerme, grité al portero metálico con cincuenta timbres:

-Basta, basta...-

Pero al parecer no me escuchaban, porque ella seguía gimiendo, y volví a sentir ese chasquido seco y ardoroso, incluso al oído.

Pensé que si el portero había quedado descolgado sería imposible que me escucharan en el departamento. La desesperación me hizo agitar y manoteé a la primer persona que pasaba; una mujer robusta y entrada en edad, que caminaba con un paraguas negro sobre su cabeza. Sin decirle nada, le señalé el portero metálico, y se quedó escuchando conmigo.

-No por favor, no lo hagas...- y otra vez el chasquido, y el alarido, y los llantos que subían en intensidad. La mujer robusta hizo lo mismo que yo. Gritó que se detengan pero fue en vano. Entonces reaccioné sin pensar. Salté la pequeña reja amarilla de acero, pasé bajo la cámara de vigilancia sin taparme, y me metí en la primera torre (no solo no sabía de qué departamento venían los gritos; si no que tampoco tenía idea si era de la primera o segunda torre, ambas dos con cincuenta departamentos).

Entré en el hall de la primer torre; las escaleras estaban frente a los ascensores. Supuse, por la estructura del edificio, que la planta baja no estaba habitada. Corrí escaleras arriba al primer piso. Eran cinco departamentos. Apoyé la cabeza rápidamente en todas las puertas, pero en una sola escuché ruido adentro: era un padre jugando con la hija al veo veo.

Corrí hacia el segundo piso. Alterado y sin tiempo, me dejaba llevar por la intuición: había departamentos que no me atraían, en cambio en otros me detenía e intentaba imaginar la situación, en base a los ruidos o voces que escuchaba.

Tampoco en el segundo nada extraño: una viejita hablaba por teléfono con su nieta; en otro dos adolescentes jugaban a la play station; del 2E, al final del pasillo, salía el sonido de un programa de chimentos.

Subí al tercer piso, tropezando en la escalera. Me golpeé muy fuerte la rodilla, pero me levanté y cojeando recorrí el pasillo. La adrenalina colaboraba como calmante y desinflamatorio. Nada en el tercero, ni en el cuarto, ni en el quinto. Caí en la cuenta que me faltaban siete pisos más, y toda la torre dos.

Me sentí exhausto, desahuciado. Me maldije por haber escuchado eso, y por haberme involucrado. Ahora la voz de la mujer me pesaba en la conciencia. Fui al sexto piso, al séptimo y al octavo. Entonces me crucé con una chica de mi edad, que salía del departamento 8C.

-Necesito que me ayudes- le dije, jadeando, apoyando las manos sobre las rodillas.

-¿Qué pasó?

-Escuché por el portero a una mujer que lloraba, y alguien que le pegaba...

La chica me miraba absorta. No entendía. No era necesario. Le pedí solamente que vaya a los dos pisos de arriba, y escuche si en algún departamento lloraba una mujer.

Para esto, la mujer robusta que estaba afuera, había llamado a la policía, y junto a ella se habían quedado una señora mayor, con un canasto con rueditas lleno de verduras, y un repartidor que iba a dejar insumos al edificio, y se sintió atraído por los gritos de la mujer que salían hilarantes del portero.

Yo bajé en ascensor a toda velocidad –entiéndase: toqué mil veces el botón “planta baja”- y corrí hacia la segunda torre. Entré e hice lo mismo que en la primera. Recorrí el primer piso, el segundo y el tercero, sin encontrar los llantos y las súplicas de aquella mujer, que en alguno de aquellos departamentos sufría algo aterrador.

Estaba por subir al cuarto piso, de hecho estaba con un pie en el primer escalón, cuando un disparo –fuerte, muy fuerte- invadió los pasillos del edificio, retumbó en los esquineros y los huecos del ascensor, en cada uno de los escalones de la escaleras, e hizo infinitos ecos que se distribuyeron por toda la torre, como si hubiesen disparado miles de armas a la vez.

Me fue imposible determinar de dónde venía. Me agarró un mareo instantáneo y casi caigo de espaldas; quizá fue la multiplicidad de ruidos, un disparo convertido en un millón, lo que me desestabilizó. Me descontrolé, porque sabía que había sucedido lo peor.

Pero tomé una decisión: bajaría a la planta baja; todos los que quisieran salir del edificio deberían pasar por allí.

Además, si había alguien armado, mejor que intervenga la policía.

Corrí al ascensor y toqué el botón para que baje. La luz amarilla que había arriba se encendió. En el cartel digital que marcaba en rojo el piso en que se encontraba el ascensor, marcaba sucesivamente 12, 11, 10... Esperé. 5, 4... <<tin>> Llegó el ascensor. Se abrió la puerta automáticamente.

Me quedé perplejo. Mudo, frío, rígido como una estatua. Sin respirar. Una pausa inundó mi universo: solo el corazón siguió latiendo. Entonces sentí que desde lo más hondo de mi ser, desde el centro del cuerpo, una erupción de horror buscaba una salida, hacia arriba y hacia abajo; las dobles ganas de cagar y vomitar a la vez. Retrocedí un poco y lancé el poco líquido que tenía en la panza, y unos polvorones que había comido, en una dolorosa arcada. Caí de rodillas, apoyé las manos en el piso y volví a vomitar. Me faltaba el aire; el corazón iba a mil por hora. La actividad volvió a mi cuerpo, quizá gracias a esa erupción de horror. La baba me colgaba de la boca, viscosa, llegando hasta el suelo, hundiéndose en mi propio vómito. Alelado como estaba, miré nuevamente hacia el ascensor, que seguía con la puerta abierta, blanco y funestamente iluminado, y vi, despatarrada, con los brazos atados detrás del cuerpo, la espalda apoyada contra el fondo y la cabeza ladeada y reventada de un tiro, el cuerpo inerte de una mujer.

La sangre brotaba con fuerza de un agujero del tamaño de una moneda que tenía en el entrecejo, cubriéndole el rostro y el cuerpo. La pared trasera estaba salpicada en sangre, y una huella roja había quedado impresa en medio, donde su cabeza había deslizado mientras caía. La bala le había traspasado el cráneo. El piso del ascensor se estaba inundando de sangre. Su rostro estaba hinchado, como el de alguien que se ha ahogado hace varios días, y los ojos saltones parecían a punto de explotar. Entonces vi, hundido en su cuello, escondido por la hinchazón, un cinturón de cuero marrón que la ahorcaba.

Acudió a mi mente como un relámpago, el recuerdo del chasquido que había escuchado a través del portero.

En ese momento la puerta del ascensor se cerró automáticamente. Me levanté y bajé por las escaleras, en el peor descenso de escaleras que viví hasta ahora en toda mi vida. Mareado, descompuesto, aterrorizado; con la presión baja, sudando, con náuseas y contracciones abdominales. Al llegar a la planta baja, la gente empezaba a salir de los departamentos, preguntándose qué había sido aquel estruendo. Yo estaba pálido como un fantasma, así que seguí caminando, sin explicar nada, y al salir de la torre volví a caer de bruces y tuve más arcadas dolorosas y agrias, aunque no tenía nada para vomitar. Entonces escuché que alguien gritaba dentro de la torre. Un grito horrendo, agudo, terrorífico. Seguramente alguien más había visto el cuerpo.

Los vecinos se iban aglomerando, y bajando de la torre al hall -lugar de encuentros y chimentos-, y por la puerta de la calle pude ver que entraban al trote los uniformados. Corrieron directamente hacia mí; algunos policías entraron y guiados por los vecinos de la torre, subieron por las escaleras a los pisos de arriba, de dónde había provenido el grito. Otros se quedaron afuera, algunos mirándome fijamente, barajando la posibilidad de que yo esté implicado, otros sacando a los vecinos del hall hacia el patio. Entonces entró la mujer morruda, que había llamado a la policía, y les dijo que yo había entrado cuando escuché los gritos. Yo los contemplaba casi desmayado. No podía explicar nada. El <<horror mortis>> me desencajaba el rostro. La mujer morruda se acuclilló al lado mío, y me preguntó qué había pasado. La miré, agitado; todavía no lograba calmarme. -La mujer...- dije, y fue como haber gastado todas las energías que me quedaban; sentí que desvanecía y caí de costado; la mujer morruda me sostuvo y acostó con cuidado. Cuando volví en sí ella me había sentado, y hecho poner la cabeza entre las rodillas. Debilidad; ensueño; sensaciones extrañas, irreales. -La mujer...- reanudé- la mataron. Ella abrió los ojos como dos huevos, y contrajo la boca, haciendo de sus labios una finita línea pálida. Un oficial que estaba a mi lado escuchó lo que dije, y sin despegar la vista de mí, anunció por su walky talky que podía haber alguien muerto.

Creí haber estado más tiempo desmayado, pero al parecer habían sido solos unos segundos.

-¿Dónde?- me preguntó, sin la suavidad con que me interrogaba la mujer morruda.

-En el ascensor...

-En el ascensor- anunció a través del walky talky.

Pasaron unos segundos. La gente evaluaba posibilidades. Me miraban como si fuera un fenómeno, mezcla de intriga y desprecio. -Afirmativo- se escuchó de repente en el walky talky del policía que estaba a mi lado-. Hay una mujer muerta en el ascensor. La gente que estaba cerca escuchó que había un muerto, y el barullo aumentó hasta volverse ensordecedor, como pájaros alborotados por una inminente amenaza. La policía tuvo que pedir que se alejen un poco, e incluso a mí me pidieron que me corra. La mujer morruda me ayudó a pararme y caminar. Con el aire fresco me fue volviendo el color y la temperatura. Las manos dejaron de sudar y pude ver a todos los vecinos que gritaban de ansiedad. "Tiene que estar acá, o por venir" pensé. "No puede haber bajado antes que yo". Los vecinos eran alrededor de treinta. De la torre vecina también comenzaron a aparecer vecinos, y no tardaron en mezclarse unos con otros, devotos todos como estaban por contar lo ocurrido. En un abrir y cerrar de ojos, la cantidad de vecinos se había duplicado. También seguía saliendo gente de la torre dos. Miré atento a todos, intentando descubrir al asesino. Era en vano. Todos eran tan distintos y, a la vez, tan parecidos, que se tornaba imposible, en aquella algarabía, tratar de descubrirlo. Mientras evaluaba las actitudes de los vecinos, alguien se me acercó y me preguntó qué es lo que había visto. Entonces, como si yo fuera la única flor con polen del mundo, todos hicieron una ronda alrededor mío como abejas y, sorprendentemente, guardaron silencio. -Vii...- dudé; qué decir...-. Ví a una mujer en el ascensor, lastimada. Ante esta última palabra, los murmullos estallaron por doquier, y volví a tener aquella sensación extraña, de vértigo, que me causó el ruido del disparo rebotando contra todos lados. La gente, sin ponerse de acuerdo, unos sobre otros, preguntaban si viva, muerta, herida, violada, lastimada, etc., etc., etc. Dije que no sabía, y el barullo siguió sobre mi cabeza, aunque lentamente se fueron dispersando. Mientras contemplaba a la muchedumbre, vino la chica que yo había encontrado en el 8C, a quien le había pedido ayuda. -No era en nuestra torre, era en aquella...- dijo, sabiendo que sus palabras estaban de más-. ¿Qué pasó?- me preguntó. -La mataron- le dije en voz baja. Ella me miró absorta, y su mandíbula se fue desencajando hasta quedar con la boca completamente abierta. Por detrás de ella pasó un hombre, de unos cuarenta años, vestido de traje (<<seguramente un banquero>>) que me miró esquivamente, intentando disimular una ansiedad que lo desbordaba.

Mediría un metro ochenta, y pesaría ciento diez kilos. La camisa blanca estaba abultada por una barriga prominente, y la papada oculta bajo una

barbanegra, prolijamente afeitada. Vestía saco y corbata, y pantalón de vestir. Volví la vista a la del 8C, que seguía con la boca abierta. Me miró, y con los ojos preguntó todo lo que había visto. Pero el hombre de traje me llamó la atención, porque caminaba nerviosamente en círculo, con una mano en el bolsillo del pantalón, y con la otra tocándose la boca y la barba. Pensé que podría estar alterado por los insólitos acontecimientos que tuvieron lugar en su edificio. Mi aspecto seguramente era mucho peor que el de él. Le estaba contando en voz muy baja a la del 8C la escena del ascensor, cuando el hombre de traje me dió la pista clave que lo metería entre rejas. Al tener una mano en la barba, del lado izquierdo el traje se le levantaba hacia arriba, con lo que la cintura le quedaba al descubierto. Pude ver entonces que no llevaba puesto el cinturón. <<¿Un hombre tan bien vestido, sin cinturón?>> Extraño. <<Con la panza que tiene, si no usa cinto se le ve el culo cada vez que se sienta o agacha>> pensé. El hombre me vio contemplándolo sumamente interesado. No disimulé ni desvié la mirada. Quería ver si podía soportarla. Y no pudo. Sutílmemente pude ver que le temblaba el labio superior, y sin poder contenerse desvió con alevosía su mirada de mí. -Andá a buscar a algún policía- le dije a la del 8C-, que venga ya para acá. Cuando ella se levantó, el hombre la siguió con la vista entre la gente, visiblemente preocupado. Al ver que hablaba con un oficial, y que ambos venían hacia nosotros, no pudo disimular su exaltación, y me miró una vez más de reojo, sabiendo que posiblemente yo estaba enterado de todo. El policía se agachó para que le hable, y yo le dije que el tipo de traje me parecía muy sospechoso; entonces lo miramos, y vimos que, inesperadamente, el de traje agarraba con violencia por detrás a una anciana, y le apoyaba en la cabeza una pistola que sacó de la cintura.

-¡Quietos o la mato!- gritó. La viejita dio un grito estrangulado, y se aferró con ambas manos, débiles, manchadas y arrugadas, al brazo del captor. La gente retrocedió formando una media ronda, y mágicamente, un silencio colosal inundó el patio. El policía que estaba al lado mío se puso de pie y empuñó su pistola. Rápidamente, de la otra torre, vinieron corriendo tres policías más.

-¡Arroje el arma!- Le gritaron, apuntándole a la cabeza.

-¡No!- respondió el hombre, apuntando alternativamente a los policías y a la rehén.

-¡Suelte el arma, y tírese al suelo!

-¡No!- gritaba el de traje-. Ustedes no entienden- decía, y empezó a lagrimear. Era la desesperación de quien está arrinconado, del loco que está arrinconado, a un paso de pedir suplicante que lo perdonen, o de descargar

todas las balas contra la multitud, antes de ser acribillado, en un último acto de heroísmo.

-Último aviso o disparamos: ¡Arroje el arma!

El de traje empezó a llorar, a sacudirse dominado por la angustia.

Con la pistola apoyada en la desesperada cabeza de la viejita, dijo:

-Ella me quería dejar, por otro me quería dejar.

-¡Suelte el arma!- le gritaron los policías.

-Y a mí nadie me deja. ¡Nadie!- gritó, y toda las lágrimas y la pena que tenía, se convirtieron en furia. Arrojó a la viejita hacia adelante y se llevó el caño de la pistola a la boca.

“Oh” y “no” exclamó la multitud, entre murmullos y gritos; algunos se daban vuelta para no ver, otros se abrazaban al que tenían más cerca.

-¡A mí nadie me deja!- bramó, con la voz del demonio, y largó una incomprensible carcajada, y apretó el gatillo, y el mágnum respondió a su deseo, y a través de la boca le voló la cabeza. El disparo fue seguido de gritos, y el cuerpo del hombre de traje se desplomó al instante como si ya no soportara por un segundo más la fuerza de la gravedad. Quedó tirado, despatarrado -el recuerdo de la mujer muerta en el ascensor- y la sangre comenzó a rodear su cabeza, y a recorrerle los brazos.

-¡Atrás! ¡Atrás!- gritaron los policías. Pero la gente estaba demasiado shockeada para reaccionar. Algunos empezaron a llorar; otros vomitaron como yo en el cuarto piso. Más allá una señora se desmayó, y una niña estaba invadida por el pánico. Un ataque de nervios la sacudía como electrocutada, la hacía gritar descontrolada y una mancha oscura en la entrepierna me indicó que se hizo pis encima.

La policía nos fue sacando de aquel lugar funesto. A mí no me llevaron a la comisaría, pero me preguntaron si quería ir al hospital. Me negué, esperé un rato, la gente seguía hablando del tema. En eso llegó la hija de la mujer asesinada, envuelta en un halo de locura, forcejeando contra los policías para que la dejen pasar, llorando desconsolada y cayendo rendida, al final, entre los brazos de los oficiales. No me hacía bien estar ahí, así que me fui. Había recobrado el equilibrio y la estabilidad, aunque todavía temblaba un poco. Entonces me di cuenta que tenía en la mano la bolsa de Agencia, con el libro *Game of Thrones* dentro, apenas manchada con vómito. En ningún momento la había soltado, a pesar que desde que escuché los primeros lamentos en el portero, me olvidé de ella. El paraguas, en cambio, no lo tenía. Pero por suerte no llovía más. Caminé hasta el auto, me subí y respiré profundo. “¡Qué día!” me dije, y a mínima velocidad me vine hasta casa, sin poder evitar que invadiera mi mente la lúgubre imagen de la mujer en el ascensor.

Albergue

Hacía tiempo no escribía nada.

La rutina, las mismas paredes de siempre, me impedían –o así lo consideré– crear algo que al menos yo considere valioso.

Así que, movido por uno de esos impulsos que llevan a las cosas más grandes, y también a los errores más graves, me subí al auto y me fui de viaje.

¿A dónde? Esto lo decidí en el camino. Agarré para el lado de sierra de la ventana.

La noche era oscura, porque las nubes eran gruesas e intraspasables, y la luna creciente, tan pequeña aún, que aunque hubiese estado despejado no habría podido iluminar mucho más que un pábilo gastado.

Durante todo el día no había caído una sola gota, y por eso consideré oportuno desafiar las grandes masas grisáceas que achataban el horizonte, las que, en parte, consideraba obstáculos a mi creación. Pero fue

suficiente con que me aleje diez kilómetros de la ciudad para que el primer chaparrón -violento; grueso y agresivo, acompañado de poderosas ráfagas de viento- caiga embravecido como si, después de todo un día de retención, lo hubiesen liberado.

La ruta era apenas perceptible, y las banquetas no tardaron en volverse intransitables. Tuve que avanzar a sesenta kilómetros, dados los grandes charcos que se formaron rápidamente sobre el asfalto y amenazaban, cada vez que pisaba uno, con desestabilizarme y sacarme del camino, como un caballo indomeñable.

Naturalmente el miedo me invitó a volverme. Pero algo dentro mío pujaba por enfrentar aquella adversidad. No podía ser casualidad. Aquello era una prueba a mi valentía, y si cedía ante el temor, consideré que igualmente de fracasado sería mi viaje de inspiración.

Así que seguí adelante.

La ruta estaba prácticamente desierta. En una ocasión me crucé con un camión, que me envolvió en una nube de spray, y al rato con otro auto, que iba igual de rápido que yo.

Pero a pesar de mi empeño, el distribuidor del auto se mojó cuando agarré un pozo repleto de agua, y el motor se paró. Ahí sí que me asusté. Solo, en el medio de la nada, una noche en que ni las liebres cruzaban la ruta, y todavía faltaban varios kilómetros para llegar a Sierra.

Sabía que se me había mojado el distribuidor, y por eso mi única opción era esperar a que se seque. Pero dadas las condiciones, aquello podía tardar horas, incluso hasta que el amanecer me despierte, quizá con el auto inundado, y calado de agua y frío hasta los huesos.

De todos modos, qué iba a hacer. Me quedé sentado, pensando que al menos lo que me pasaba servía para escribir algo... entonces miré por la ventanilla del acompañante y vi, a unos doscientos metros, una luz encendida.

El que lo vivió no necesita que me explique sobre lo que hablo. Inmediatamente el alma me volvió al cuerpo, y como un bicho, fui directo hacia la luz.

Me empapé, claro está, y en algunas partes los pies se me hundieron hasta los tobillos. Pero aquella luz... era la esperanza cosificada en una

lámpara. Sea lo que sea que haya, quizá encontraba alguien para decirle “mirá, se me paró el auto, y estoy solo...” Con eso era suficiente. Atravesé los inundados pastizales casi corriendo, porque la ominosa oscuridad de aquel terreno deshabitado no me resultaba tranquilizante, hasta llegar a un limpio que era el jardín de aquella casa.

Al verlo de cerca comprobé –para mi felicidad- que se trataba de un albergue. El azar no podía estar más de mi lado. Pintado en letras amarillentas encima de la puerta decía “Albergue Los personajes”.

La lluvia seguía siendo apremiante, hasta el punto de recordarme el cuento *La larga lluvia*, de Ray Bradbury.

El albergue era una especie de cabaña de madera pintada de azul, con techo a dos aguas. Tenía dos pequeñas ventanas a ambos lados de la puerta, también de madera pero estropeadas y despintadas. Unas oscuras cortinas impedían ver si dentro había luz o estaba todo a oscuras.

Subí los tres escalones que elevaban por sobre el terreno un terraplén de madera, y recorrí los dos metros de alero que me separaban de la puerta de entrada. Por fin la lluvia no me azotaba. Recién entonces advertí lo ensordecedor y enloquecedor que había resultado la caminata bajo aquel aguacero.

Recuperando la compostura golpee la puerta, dado que timbre no había, y aguardé impaciente que haya alguien dentro. Un ligero pánico cruzo ante mi tan solo pensar que quizá debería desandar el camino recorrido, bajo la sofocante lluvia y dentro de aquella envolvente oscuridad que parecía albergar monstruos y amenazas de todo tipo.

Para mi alivio escuché dentro unos pasos, débiles y livianos, que venían hacia mí. Entonces el picaporte giró y se abrió la puerta.

-Buenas no...- dije, y me quedé anonadado, sin poder terminar la frase.

Tal vez en otra situación aquello hubiese sido de lo más normal. Pero dadas las circunstancias, quizá por la sugestión que la tormenta y la oscuridad me habían producido, me causó una profunda impresión ver que quien abría la puerta era un nene de no más de siete años, que aunque no pude ver su cuerpo, por la estructura del rostro parecía muy menudo y frágil.

El chico me miraba desde atrás de la puerta, sin abrirla más que el ancho

de su cara. Pero fue suficiente para ver que el interior no estaba mucho más iluminado que la ruta por la que venía. Cuando salí del estupor le pregunté si estaba alguno de los padres para hablar con ellos.

El nene negó con la cabeza, sin emitir palabra.

Perplejo, pregunté si había alguien mayor con él. Entonces se oyó detrás la voz de una mujer, una voz aguda y chirriante, que lo reprendía por haber abierto la puerta cuando una y mil veces le habían prohibido hacerlo.

El nene, atosigado, cerró la puerta bruscamente, antes que pueda pedirle que por favor no lo haga. Estaba -desesperado- a punto de volver a golpear -frenéticamente- cuando, igual de abrupta, la puerta se abrió, pero esta vez al otro lado apareció la mujer que, supuse, era la que había retado al chico.

Era una anciana de no menos de setenta años. Tenía el rostro sumamente arrugado, y los ojos marrones ávidos y brillantes, dentro de aquellos profundos huecos oscuros que se formaba entre sus pómulos y sus cejas.

Apenas abrió no tenía una expresión amigable. Todo lo contrario. Y sumado al modo en que había regañado al chico, sin duda yo constituía para ella un infortunio. Pero hubo algo, que hasta el día siguiente no supe qué había sido, que le hizo cambiar inmediatamente el semblante, y antes de que pueda decirle nada me estaba abriendo la puerta, e invitando servilmente a que entré.

Ingresé y vi que, contrario a lo que pensaba, había luz en el interior, pero eran lámparas de distintos colores apagados (azules, violetas, verdes...) e iluminaban débilmente sobre unas pocas mesas que estaban esparcidas sin regularidad alguna por la sala.

Más allá había un mostrador, detrás del cual un hombre enorme y encorvado miraba concentrado algo que tenía sobre sus piernas pero que escapaba a mi campo de visión.

-Pasá, pasá....- dijo la anciana que me había abierto, sin mirarme a la cara. Le quise explicar cómo había llegado hasta ahí, pero demostró sobradamente que aquello no le interesaba en lo más mínimo.

<<Así son los viejos>> pensé.

Invitado por la anciana caminé hasta el mostrador. Pude ver en la mesa más alejada, la que estaba contra un rincón, a dos hombres, uno corpulento y el otro, en contraste, chiquitito. Ambos dos me miraban seriamente. El chiquitito, a pesar de la poca luz, pude ver que era rubio. No me miraba tan vorazmente como el otro, que no me quitaba los ojos de encima, ni hacía nada por manifestar en su rostro algún mínimo gesto de amistad.

Me seguía por el salón, y cuando terminé de hablar -por decirlo de algún modo, porque en verdad él no pronunció ni una sola palabra- con el que estaba detrás del mostrador, y furtivamente espí si me seguían mirando, me atemorice un poco al ver que persistían en su actitud desafiante y provocativa.

<<Buscarroñas>>.

Al que estaba detrás del mostrador le pedí una habitación. Tenía, prendido con un alfiler, un señalador con su nombre del lado izquierdo del pecho. Se llamaba José, y a pesar de mis esfuerzos por entablar una conversación, este se limitó a buscar en unos papales cuál era la habitación desocupada, asintiendo cada tanto a mis palabras con un gemido, un “hmm” desinteresado y que me hacía sentir como un verdadero estúpido. <<Quiero contarles cómo llegué un viernes a las doce de la noche a un albergue en medio de... ¿Dónde...?>>

A pesar de su gran tamaño era fofa, y al estar tan encorvado parecía más chiquito de lo que en realidad era. Pero cuando se paró para darme las llaves de mi pieza, con paso pesado y lerdo, pude verlo en toda su dimensión. Mediría, aproximadamente, dos metros de altura, y el ancho de su espalda era como el dintel de una puerta.

La anciana, desentendida, se esfumó por una puerta lateral al mostrador, y el nene que me había abierto primero apareció al lado mío justo cuando el grandote estaba por darme la llave. Entonces se la dio al chico, y este, sin decir nada, me guió hasta mi habitación.

La sala principal ya la describí. Y si aquello me había resultado sutilmente tenebroso, el pasillo y las piezas eran, sencillamente, terroríficas.

La madera del pasillo crujió con un sonido paranormal. No quisiera exagerar, pero no sería suficiente decir que no me sirven las palabras, por más esmero que le ponga, para describir aquellos sonidos; sin querer sonar descabellado, el único modo que encuentro para transmitir cómo

sentí dichos ruidos, es decir que los crujidos que manifestaban las tablas cuando las pisaba eran todavía peores que los gritos de desesperación de un torturado.

Lejos estaba mi imaginación de ser la artífice de toda aquella locura, porque durante toda la noche y el día siguiente, los alaridos continuaron acompañando mi andar, a pesar de lo cual me fui acostumbrando. Pero la primera vez que atravesé aquel pasillo, más oscuro todavía que la sala principal, los crujidos llegaban a mis oídos y excitaban frenéticamente las pulsaciones de mi desbocado corazón, que no podía evitar leer en aquellos gritos súplicas de compasión.

“Basta” fue la primera palabra que creí escuchar, justo cuando di el primer paso en el pasillo. Entiendan que no fue un “Basta” como el que le dice una madre a su hijo cuando este la harta con sus berrinches. Era un grito espeluznante y doloroso, sin duda pronunciado por alguien –tal vez ni siquiera humano – que, en ese mismo momento, estaba padeciendo un horror. Un estremecimiento helado me recorrió la espalda, pero por un instante me aferre a la esperanza de que se trate de un error de audición.

“Nooo” fue el segundo grito, tan hilarante que las cortinas que tapaban las ventanas se movieron, como estremecidas por presencias imperceptibles, y no pude evitar visualizar ante mí la figura de una persona sádicamente martirizada, a la que atada de pies y manos a grilletes de acero le cortaban un pezón.

Los pasos que le siguieron fueron igual de horribles. El chico parecía no escuchar nada, pero yo sentía que, tras sus cortitos pasos, unas voces igual de desesperadas, clamaban que terminen con todo aquello. No podría definir si eran palabras los gemidos que escuchaba, o mi percepción las convertía en tal para comprenderlas. De lo que no tenía duda era del tono lamentable y padeciente con que sonaban.

Aterrado, tragando saliva con dificultad y respirando torpemente, para intentar distraerme le pregunté su nombre.

-Franco- respondió, sin mayor atención que la que me había prestado el grandote que atendía detrás del mostrador.

Y los crujidos, esos gritos terribles, me seguían por el pasillo.

Cuando llegamos a mi habitación –sin número- Franco abrió la puerta, que se entornó lanzando frenéticos y superpuestos alaridos de terror, y

por un momento –eterno, en que me cuestioné si quedarme o salir corriendo y meterme en el auto hasta que escampe y arranque- me quedé parado ante ella sin animarme a entrar. Entonces él ingresó a la pieza y prendió la luz.

Era un cuadrado de dos por dos con una cama de una plaza contra una ventana cubierta por una cortina gruesa, al lado de la cual una mesita de luz desvencijada tenía un vaso de agua a medio llenar. Era todo lo que tenía, pero al menos ahí los crujidos eran crujidos convencionales, a juzgar por los pasos que hizo el chico dentro de la habitación.

Apresurado, como si quisiera librarme de aquellos gritos clamorosos, ingresé en la pieza, y afortunadamente desaparecieron. El corazón, lentamente, fue recuperando la calma, hasta que el chico que me había conducido hasta ahí dio media vuelta para cerrar la puerta e irse.

Recién entonces lo vi de frente y con la luz encendida.

Tenía puesta una malla roja y ojotas blancas. En el torso llevaba una camiseta blanca, atravesada desde el cuello hasta el abdomen por una tétrica línea roja, y la panza encastrada como si aquella herida nunca parara de sangrarle.

-¡Tenés sangre!- exclamé atolondrado, pero Franco se limitó a encogerse de hombros, y sin mayores preocupaciones cerró la puerta, que volvió a crujir con cientos de bramidos desgarradores, y se fueron desvaneciendo lentamente, como si se resistieran a volver a sus aposentos infernales.

Como era de esperar, no me dormí de inmediato, y las ideas que revoloteaban una y otra vez ante mí eran tan aciagas como el albergue en que me encontraba.

¿Qué tenía el nene en el pecho? ¿Por qué la vieja que había abierto con tanta furia, al verme –y pareció reconocerme- había mudado tanto su expresión? ¿Por qué los dos hombres sentados en la mesa del rincón, me miraban con tanta aversión? ¿Por qué nadie me había hablado ni dado lugar a hablar? Y sobre todo... ¿Qué eran esos alaridos demoníacos que estremecían el aire y me estrujaban el corazón cada vez que la madera o las bisagras crujían?

Pero si las cavilaciones previas al dormir fueron lúgubres, el sueño en sí

resultó insoportable.

A las tres de la madrugada, sentí en la habitación de al lado que alguien gritaba. Yo apenas me había entre dormido, así que desperté completamente aturdido y confuso. Primero no pude distinguir si era un hombre o una mujer. Luego me di cuenta que gritaban ambos dos, uno sobre el otro. La discusión siguió, aumentando de tono. Alguien arrojó algo contra la pared, luego unos pasos corrieron tras otros –y por la intensidad, no estaban jugando-, entonces una mesa arrastró por el suelo de madera, y una silla pareció caer de espaldas. Y de repente oí un grito agudo, que pude identificar de mujer, e hizo estremecer la oscuridad, seguido de un sonido sordo y chato, un chasquido, seguramente una cachetada, que puso fin a la discusión, las correteadas y los gritos.

Permanecí inmóvil escuchando pero el silencio al otro lado parecía tratarme de loco. No se oía nada. Y no se escuchó nada hasta que alrededor de las cuatro volví a conciliar el sueño. Entonces soñé con un sótano debajo del albergue, donde había varias personas atadas y monstruosamente torturadas. El piso estaba lleno de agua, y las paredes tenían una viscosidad que expelía un olor insoportable. Cuando alguien pasaba por arriba, todos gritaban para que los escuchen, pero ninguno parecía detenerse antes sus lamentos, y a paso regular desaparecían por el otro extremo del pasillo.

En ese momento bajaba el hombretón que había detrás del mostrador, y al verme en el sótano no tardaba en echarme mano y apresarme con dos grilletes, uno a las muñecas y otro a los tobillos.

Las manos quedaron colgando hacia arriba, y el torso completamente desprotegido. Entonces el hombretón agarraba un cuchillo –mientras todos los demás suplicados gritaban que no lo haga- y me lo clavaba, lenta, punzantemente, entre las costillas, y de a poquito, con marcado sadismo en su sonrisa de satisfacción, lo iba metiendo cada vez más adentro.

Me desperté jadeando y con un pinchazo en la parte izquierda del cuerpo. Instintivamente me toqué pero no tenía cuchillo ni agujero alguno. Tardé en recobrar la calma, y cuando mi cabeza volvió a estar dentro de los límites de la cordura, escuché un sonido, lejano y rítmico, de tambores, acompañado de voces humanas que no entendía lo que decían.

Agucé el oído, y a pesar que ahora escuchaba más nítidamente los ruidos, no pude descifrar ninguna palabra. Quizá se trataba de un idioma desconocido.

No podía ser, así que me levanté y acerqué hasta la puerta. De ahí escuchaba mejor, pero no me atreví a abrir por miedo a que los bramidos de los torurados avisen a todo el albergue que estaba saliendo de la pieza. Me quedé escuchando y, efectivamente, se trataba de algún idioma desconocido.

Los tambores que sonaban eran de dos clases. Había unos más graves y espaciados, y otros más agudos y continuos. De estos últimos, algunos seguían un ritmo, mientras otros hacían otro compás, y junto a ellos se escuchaba la voz de alguien que parecía orar, y era seguido por la aclamación de varias personas que gritaban algo que podría transcribir como: “¡Halú!;Halú!”

La voz del que oraba era una especie de murmullo, y por momentos parecían sonidos guturales y nasales.

Pero ¿qué iba a hacer? A pesar del horror que me colmaba -¿dónde me había metido?- lo que menos me hubiera atrevido a hacer a esas horas de la noche era a salir de aquella habitación.

Ni siquiera al baño me atrevía a ir, y eso que mi vejiga y mis miedos impelían ardorosamente a que orine.

Entonces miré la ventana: tentadora. Por un instante se me cruzó la idea de salir por ella, a hurtadillas, y correr hacia el auto. Pero la esperanza se esfumó tan rápido como se disipa la sonrisa falsa de un mafioso, y a ella le siguió la desesperación. Cuando me acerqué a la ventana vi que esta era de mentira. Detrás de la pesada cortina no había absolutamente nada, solo madera.

La cortina era una ficción. De no haber estado me hubiera percatado desde el principio que la habitación que me había tocado, era un cuchitril cerrado, como un sarcófago.

Una sensación de claustrofobia intentó apoderarse de mí, y el aire dejó de entrar acaudalado y me sudaron las manos y las piernas, pero conseguí no ser presa del pánico creyendo que todo aquello podía ser parte de un sueño.

Sí. Seguramente estaba soñando. Así que fui y me acosté en la cama, con la esperanza de despertar y no escuchar ningún ritual extraño, y al correr la cortina encontrar una ventana de vidrios empañados, y un escampado sol iluminando los verdes pastizales todavía mojados. O por qué no mejor, despertar en casa, y que todo, desde el inicio del viaje, haya sido

solamente una pesadilla.

Me acosté, pero no me dormí. El ritual seguía. De pronto, los gritos de la madera resonaron en la entrada al pasillo. Grito-silencio-grito-silencio-grito-silencio. Alguien caminaba a paso lento por el pasillo. Grito-silencio-grito-silencio. Los escuchaba cada vez más fuerte, más cerca de mi pieza. Grito-silencio-grito... silencio. Quien sea que fuese, se había detenido ante mi puerta.

Me quedé inmóvil sin respirar siquiera, escuchando tras la puerta, y maldije no haber trabado. El corazón se me hizo consciente y empecé a padecer su palpitar. Tragué saliva, y de haber luz me hubiese visto con el rostro completamente enajenado por el miedo.

Pero entonces los gritos volvieron a sonar, y otra vez más allá, cada vez más lejos, con lo que supe que quien había sido, para mi alivio, se estaba alejando. Finalmente una puerta se abrió, cuyas bisagras bramaron igual de horrosas que las de mi habitación, y tras un portazo que hizo temblar las paredes el silencio lo inundó todo.

Eran las seis de la mañana cuando, a través de una pequeña hendidura en la pared de madera, entró un acalante rayo de luz.

No era una ventana, pero un poco de luz siempre resulta tranquilizador. Quizá porque el día aparenta adormecer todas las bestias terrestres y de otras dimensiones que nos acechan, o porque el mundo visible impide a la imaginación del desvelado hacer estragos con su raciocino.

Sea como fuere, reuní coraje y me animé a salir al pasillo para ir al baño. A lo largo de la noche habían sido tantas las sensaciones nefastas que me asaltaron, que había olvidado que la puerta, al abrirse, era todavía más abominable que cualquier idea. Como la abrí despacio, intentando que nadie me escuchara, los gritos fueron más prolongados, y a punto estuve de cerrarla repentinamente y quedarme acuartelado ahí dentro. Pero ¿hasta cuándo?

También los crujidos del pasillo fueron horripilantes, inexplicables aunque intente compararlos con los gritos de los torturados, porque además de ser lastimeros chillidos, iban acompañados de brisas de aire que nacían de la nada, y que no tenían nada de naturales. Algunas eran cálidas, otras frías; iban en todas direcciones, pero siempre acompañando los

lamentos. Brisas o vibraciones, no podría diferenciarlas, pero sin duda, completamente antinaturales.

No pude evitar apresurarme y entrar en el baño, con la vertiginosa sensación de que alguien me perseguía.

Entré, hice pis, y me miré al espejo. Que grato fue verme el rostro, el de todos los días, y sentir que mi juicio seguía estando intacto, a pesar que durante la última noche se había visto expuesto a una exigente prueba.

Volví a lo que me habían dado como habitación, pero que tenía más de caja de zapato que de pieza, y permanecí ahí hasta las diez.

A eso de las nueve, escuché que en la habitación de al lado hablaban. Eran las voces de aquellos que se habían peleado, pero esta vez parecían conversar tranquilamente.

Luego, por los gritos de la puerta vecina y los lastimeros crujidos del piso, supe que atravesaban el pasillo en dirección a la sala principal.

La intriga de ver a los protagonistas de aquella bochornosa pelea en medio de la noche me llevó a abrir la puerta, pero para cuando asomé la cabeza fuera de la pieza ya habían desaparecido. Estaba apoyado con una mano contra el marco, mirando lo desagradable y desprolijo que era el pasillo ahora que había luz, cuando los gritos que arrancaban del suelo los pasos de una mujer atrajeron mi atención. Era una pisada extrañamente familiar. Me refiero al ritmo que tenían. Pero no pude identificar exactamente de dónde me sonaban, y antes que pueda decirle nada se abalanzó sobre mí, y de no haber cerrado la puerta con fuerza, no sé qué hubiera pasado.

-¡Vos!- dijo, con un tono de voz tan amenazante que no admitía equivocación- ¡Hijo de puta! Por tu culpa- ahí fue cuando cerré la puerta, dado que su paso era tan firme y decidido que inevitablemente venía a acecharme- Hernán me dejó por otra. Mal cagado. Me hiciste tomar drogas ... volviste mi vida una sufrimiento... ¡Te odio!- rugió al otro lado.

<<¿Drogas? ¿Hernán? ¿De qué está hablando?>>

Y sin embargo, lo más atemorizante no eran ni sus amenazas disparatadas, ni su tono de voz, ni siquiera el aumento de intensidad de los gritos del piso que, conjunto a su bronca, aumentaban sus lamentos, como demonios que se alimentaran de la ira de las personas, sino, y eso que fue algo

que apenas pude ver por un instante, su mirada.

Tenía los ojos artificial y mecánicamente abiertos, como si un nerviosismo crónico los hubiera ido tensando, día tras día, hasta sobrepasar los límites de lo tolerable para otra mirada.

Aunque no me hubiese maldecido, aquella mirada habría bastado para que me meta dentro, con el mismo ímpetu con que lo hacía cuando era chico y divisaba algún borracho que venía hacia mi casa.

La confusión que me produjo tan sorpresivo ataque me dejó sin palabras, por lo que no atiné ni siquiera a decirle que se estaba equivocando de persona.

Luego de varios agravios más, donde me acusaba de haberle robado el sueño, y con ello la salud; de haber vuelto su juicio y sentido de realidad una nebulosa confusa e insoportable; de haberla hecho estresar y, como consecuencia, contraer hipotiroidismo y e hipertensión, la mujer –que era joven; tendría unos veintiséis años- cesó en sus delirios y se retiró en el mismo sentido que la pareja vecina, hacia la sala principal.

Estaba loca, sin duda. Pero ¿qué pasaba en aquel lugar, donde el que no le pegaba a su mujer invocaba extrañas providencias? Donde un chico abría la puerta de un albergue en medio de la noche, con el pecho ensangrentado. Donde nadie ofrecía la menor posibilidad de entablar conversación. Donde el suelo lanzaba horribles gemidos de sufrimiento, y las ventanas eran de fantasía.

Envalentonado, decidí bajar con todas mis cosas, abonar la noche y marcharme de inmediato.

No tenía sentido permanecer más tiempo en aquel lugar. Solo crispaba mis nervios, y si en poco tiempo me había desequilibrado de un modo tan abrupto, quién sabe qué daños podría tener a largo plazo el hecho de exponerme varias horas más a aquella locura.

Así que agarré la mochila con que había llegado, y recorrí el pasillo hacia la sala principal.

Les dije que era desagradable a la vista, porque la madera del suelo estaba tan deteriorada que me pregunté cómo podía ser que soporte si quiera un solo paso, pero aún menos tolerable resultaba para el cuerpo, porque esas vibraciones de que les hablé, y que acompañaban los bramidos del suelo

al caminar, hacían estremecer tanto las cortinas como mis músculos.

La madera del suelo estaba astillada y en algunas partes faltaban pedazos. Miré hacia abajo, pero la oscuridad era intraspasable. Las paredes eran también de madera, y las manchas de humedad que decoraban todo lo largo y alto del pasillo –que hubiesen bastado por sí solas para resultar abominables- eran todavía más horrosas porque sus formas no tenían nada de casuales ni naturales. No podía creer las formas que dibujaba la humedad en las paredes, y menos hubiese creído que haya sido hecho por alguna persona. Pero para mi sorpresa, no solo los dibujos eran grotescos, si no que iban cambiando de forma a medida que avanzaba.

Y cuando digo que eran grotescos no me refiero a imágenes sexuales o de asesinatos; aquello habría resultado poético en comparación a las imágenes que aparecían en la pared, y antes que pueda verlas con claridad mutaban en otra, y en otra, y en otra, aumentando mi desesperación en un ascenso de locura que parecía infinita.

Aceleré el paso sin querer mirar más nada, dejando atrás los lamentos inhumanos de los crujidos.

Cuando llegué a la sala principal, la anciana que la noche anterior me había abierto la puerta estaba frente al mostrador, con una bandeja en las manos, encima de la cual tenía un café humeante y unas medialunas aún tibias, que al parecer eran para mí.

Al verme tendió la bandeja, y con una sonrisa maternal, pero sin mirarme a la cara, dijo: -Le debo una y mil disculpas por cómo lo recibimos anoche. No esperábamos tamaña presencia una noche de tormenta. Ante la sorpresa no supe cómo reaccionar, y como siempre que no sé qué es lo que se espera de mí, actué como una idiota. Le ruego me perdone, y acepte este desayuno preparado con mis propias manos, como obsequio conciliador.

Yo no lo podía creer. La locura en aquel albergue superaba los límites de lo imaginable. Y a pesar que yo había atravesado el pasillo endemoniado a toda prisa, y con igual rapidez deseaba irme, la expresión con que la señora me miraba me conmovió de tal manera que no pude negarme a tomar la bandeja y sentarme en una mesa que estaba vacía. Pero antes le dije que no tenía por qué disculparse.

-Sí, sí que tengo que disculparme, porque no estuvimos a la altura de su persona.

<<¿Quién piensa que soy?>>

Le dije que no había problema –para qué me iba a poner a explicar o pedir explicaciones, cuando no había ni un instante ni una sola burbuja de aire en aquel lugar que entrara dentro de lo razonable- y me fui a sentar.

El aroma del café era delicioso. Por fin algo agradable. Levanté la vista y vi, en la otra punta del salón, a los dos que la noche anterior me habían mirado con tanto recelo. Para mi disgusto, todavía hoy me seguían intimando con la mirada. Permanecían en la misma posición, como si nunca se hubiesen levantado de la mesa. Cansado de que me quieran acobardar, les hice un gesto con la cabeza, desafiante. Pero parecieron no verme, o hacer caso omiso. No me despegaron la mirada de encima ni respondieron a mi provocación. Fui yo el que desvió la mirada, porque sostenerla se me estaba haciendo insoportable.

Más allá había una mesa donde una pareja –de entre cuarenta y cincuenta años, ambos dos- hablaban entre ellos mirando, furtivamente, hacia donde estaba yo. Parecían murmurar algo en voz baja referido a mi persona. Eran ellos, sin duda, los que había escuchado peleando, porque la mujer tenía una mejilla más hinchada y colorada que la otra. Y tenía algo en la frente... ¿qué era?

No quería ser descortés al mirarla incisivamente, pero tenía una especie de lastimadura...

No llegué a identificar qué era esa moneda morada que tenía en la frente, porque como un imán atrajo mi atención la mirada furibunda de la mujer que, de no haber cerrado la puerta, me hubiera desfigurado la cara. Estaba sentada en otra mesa, casi fuera control, agarrada a la tabla con tanto ahínco como si aquello fuera lo único que podría evitar que me descuartice en pedazos. Conversaba con un hombre, flaco y de piel trigüeña, curioso, muy extrañamente vestido, que parecía mucho más relajado. Pero ella no podía despegarme los ojos de encima, y en su brillo pude reconocer el odio y el resentimiento, y unas increíbles, indomeñables ganas de tomar venganza.

¿Qué pasaba en aquel lugar, que todos me miraban? Me sorprendió pensando otra mujer, que me miraba y hacía ojitos. La miré desconcertado, entonces se levantó y, con paso sensual, vino hacia mí.

Era hermosa. Verdaderamente atractiva. Llevaba un vestido rojo, y en su andar tenía una gracia que resplandecía, incluso en aquel lúgubre albergue.

Se acercó sonriendo. No parecía tener malas intenciones, como las tenía la de los ojos tensos, pero dado todo lo que venía pasando, fui un tonto en creer que ella sería, al igual que yo, una persona cuerda.

-Hola bombón- dijo, con voz sensual.

-Hola- no supe qué decir...

-¿Por qué? ¿Decime por qué- preguntó exagerando la voz y haciendo movimientos ostentosos como una actriz de teatro- me volviste tan tirana, cuando en todo momento me pareciste hermoso?

Mi desconcierto fue tan patente que ella misma habló por mí.

-No te hagas el tonto, vos sabés de qué te hablo... del otro día, cuando me encontraste en el centro... ¿por qué me hiciste pegarte, si lo único que te haría sería el amor, loca y desenfrenadamente?

Entonces caí en la cuenta de lo que estaba pasando. Empezaba a entender. Ya no me resultaban extrañas las peleas, ni que el hombretón del mostrador no hable, ni que la vieja me trate como a un Dios. Menos todavía escuchar que alguien recitaba una especie de ritual, y que le ventana sea de mentira. Que la mujer de los ojos tensos me haya atacado, y que los dos que estaban en el rincón no me quiten la mirada de encima. Porque según todo lo demostraba, me había metido en un psiquiátrico. En medio de la noche, confundido, sin ver y apremiado por la lluvia, cualquiera podría haberse confundido. Pero ahora que lo pensaba así ya nada me parecía tan descabellado, e incluso los pacientes empezaban a parecerme más inofensivos. Toda una noche de paranoia para descubrir por la mañana que me había metido en un loquero. Ahora entendía por qué todo parecía un mundo de fantasías, de pesadillas. Barajando seriamente esta posibilidad, le respondí lo más sutilmente que pude.

-Perdoname. Pero era lo que tenía que hacer. Y aunque me parezcas hermosa, no podría tener nada con vos porque ya tengo novia.

El rostro de ella se ensombreció un poco, pero no perdió el carisma. Me dijo que todavía estaba a tiempo de revertir las cosas, que si quería esa noche dormiría conmigo -«ni loco me quedo una noche más»-, y haciéndome una tierna caricia en la mejilla acompañada de una sonrisa traviesa, volvió a la mesa donde estaba sentada, junto a un chico -que no era el de la noche anterior- adormecido, aletargado, con la mirada caída y el cuerpo sin tensión.

Parecía sedado, y cuando habló con ella, con la lengua pastosa, corroboré que estaba medicado.

Efectivamente, me encontraba en un loquero.

Fue tanta la tranquilidad que me brindó aquella conclusión que no reparé en todas las cosas que, igual o aun más ilógicas e inexplicables, sucedían en aquel lugar. En ese momento olvidé el nombre del albergue, así como los bramidos del pasillo y de las bisagras. También olvidé el pecho del chico que dijo llamarse Franco, y parecía gravemente lastimado. Lo mismo las manchas de humedad de la pared del pasillo, que cambiaban de forma a cada segundo, formando, una tras otra, imágenes cada vez más espeluznantes.

Pero todo aquello quedó vedado a mi corazón equilibrado, como quedan agazapados los espectros de la noche cuando la luz del día los hace desvanecer.

Relajado, contemplando a aquellas personas desde otra perspectiva, me dispuse a desayunar, disfrutando el café que se estaba enfriando, y las medialunas caseras que se deshacían en la boca. Una delicia. Eran dulces y de cuerpo blando. Esponjosas y adictivas. Me comí las tres antes de tomar un sorbo de café, así que luego me tomé el café de un largo trago.

El hombre del mostrador seguía ahí detrás, y me pregunté si habría pasado toda la noche sentado sobre esa incómoda banqueta. Tenía la mirada caída, y los párpados tan pesados como su andar. Permanecía siempre encorvado, y cuando dirigía la vista hacia algún lado, no movía la cabeza, lo cual le daba un aspecto franca y netamente estúpido.

En ese momento la señora que me había obsequiado el desayuno se acercó detrás del mostrador y le dio un beso en la mejilla, que arrancó del grandote una sonrisa queda, casi imperceptible. Entonces ella le dijo:

-Hijito, ya te preparé el desayuno- y el grandulón, sin decir nada, se levantó y a paso lento desapareció por la puerta del fondo.

La vieja me vio mirándola, y se acercó hasta mí para saber qué me había parecido el desayuno.

-Excelente. Muy rico.

-Me alegro mucho, porque me sentía completamente culpable.

Hice caso omiso de sus palabras, y le pregunté quién era el encargado de aquel lugar.

-Nadie. Acá no hay encargado- respondió desconcertada, como si le hubiese preguntado una ridiculez.

Quedé patidifuso al pensar que todos aquellos locos convivían sin ninguna persona cuerda que los contenga, al menos esporádicamente, dentro del reino de la razón.

-¿Nadie?-las palabras salieron de mi boca sin control.

-No, nadie. ¿Por qué deberíamos tener un encargado?

La anciana me miraba intrigada. Quizá ella era la que llevaba las riendas en aquel lugar.

-No, no sé, decía nada más... ¿cuál es su nombre?

-Estela, pero me dicen estelita- hizo una pausa y continuó-. Eso del encargado depende de vos... si querés que tengamos uno, ponelo y listo...

<<Eh? Ah cierto. Me olvidaba dónde estaba.>>

-No me haga caso- dije restándole importancia, barriendo el aire con la mano-. Yo ya me estoy por ir, así que quisiera pagar la noche y el desayuno...

-¿Pagar?- preguntó Estelita, levantando la voz como si lo que dijera fuera una completa locura-. ¿Vos pagar? Ja Ja Ja- ríó, con una vigorosidad insospechada en su aspecto-. Ya me había olvidado de tu agudo sentido del humor- acotó, y sin darme tiempo a insistir en que la noche debía abonarla, se fue por la misma puerta por la que se había ido su "hijito".

Bueno, si no querían que pague no lo haría, pero de todos modos me iría. Miré el reloj y... me lo había olvidado en la pieza. Maldije aquel error, porque no había nada que desee menos que volver a pisar el pasillo de los alaridos, con aquellas manchas de humedad que parecían verme y seguirme, dibujando para mí las atrocidades más indescriptibles, como si de lo más profundo de mi ser hubiesen sacado las cosas que más me horrorizaban, para ponerlas ante mí en un camino insoportablemente tortuoso. Pero tenía que hacerlo, porque el reloj era un regalo de mi abuelo y tenía un incalculable valor sentimental para mí.

Así que agarré la mochila -dentro de la cual tenía un cuaderno, lapicera,

la billetera con plata, un par de medias y un calzoncillo- y volví hacia la habitación.

Quizá podría haber evitado que me agarren, porque claramente escuché que, detrás de los gritos que liberaban mis pasos, venían varios gritos más, seguramente arrancados por las pisadas de dos o más personas, pero como estaba tranquilo ahora que sabía que me encontraba en un psiquiátrico, ni siquiera me di vuelta para mirar de quién se trataba, puesto que consideré que aquello podría haber resultado ofensivo.

Abrí la puerta de la habitación, y apenas hice un paso dentro, los que venían tras de mí se apresuraron a meterse adentro, me sujetaron por la espalda, y me tiraron a la cama con tanta fuerza que fue inevitable volar.

Cuando vi quiénes eran me quedé boquiabierto, y toda la tranquilidad que había reinado en mi corazón durante al menos media hora, se disipó tan rápido como se convierte en desesperación la alegría de una fiesta cuando un invitado muere atragantado, y sentí un intenso terror por lo que me pudieran hacer aquellos dos.

Eran los que desde mi llegada a aquel lugar me miraban con tanto desprecio. El grandote me había tirado a la cama, mientras el chiquitito sacaba un chuchillo de la cintura.

-No, esperá, ¿qué vas a hacer...?- la voz me salió mucho más aguda de lo esperado.

-Lo mismo que nos hiciste vos a nosotros- dijo el grandote con voz gruesa.

El chiquitito venía siseando el cuchillo de acá para allá, mientras el grandote, de brazos cruzados, miraba con una sonrisa afable en el rostro. Era enorme, gordo y de brazos anchos. La camisa blanca que llevaba puesta parecía a punto de reventar.

-Yo no les hice nada... no los conozco- grité, despavorido, intentando retroceder en la cama vanamente, porque había llegado al límite de la pared.

Entonces el chiquitito dudó un instante, y miró al grandote y a mí alternadamente una y otra vez, como intentando comprender qué era lo que seguía a continuación. El grandote, que seguía de brazos cruzados, mudó su expresión de satisfacción a una de desconcierto.

-¿Cómo que no sabés quiénes somos?- preguntó. El chiquitito se quedó inmóvil, a mitad de camino.

-No, no sé quiénes son... no los conozco... les juro que no les hice nada- dije, y no pude contener un llanto de desesperación.

En ese momento los gritos del pasillo fueron aumentando en intensidad, y por la puerta entró un joven, de veinte tantos años, con aspecto de cumbiero y los ojos desorbitados. Era flaquito. Llevaba una campera blanca de nylon y un pantalón azul, del mismo material. Las zapatillas eran ostentosas, y una gorra negra casi le ocultaba las cejas.

Parecía sorprendido de lo que estaba viendo. Tuve la esperanza de que esté de mi lado, y que haga entrar en razón a los otros dos, pero para mi desgracia de lo que estaba sorprendido no era de la situación que había en la pieza, si no de encontrarme a mí en aquel lugar.

-Mirá dónde te vengo a encontrar- dijo, como si haría largo tiempo me estuviese buscando.

-No los conozco, yo no los conozco- dije sollozando, intentando conmovellos y moverlos a la razón.

¿Qué iban a hacer conmigo? ¿Qué era lo que les tenía que decir para tranquilizarlos?

-Dice que no nos conoce- comentó el grandote.

-Se hace el pelotudo. Qué no nos va a conocer...- agregó el cumbiero, haciendo un movimiento determinante con la mano.

El rubiecito que acompañaba al grandote no decía nada. Miraba a uno y otro, nervioso, a la espera de indicaciones para actuar.

-No... se los juro... no sé quiénes son... ni por qué todos me persiguen- añadió.

Por un momento los únicos sonidos que se escucharon fueron los de mis lamentos. ¿Sería yo un futuro habitante de las profundidades de las que manaban los lastimeros alaridos que se oían al atravesar el pasillo? La idea me aterró, y volví a suplicar que por favor no me hagan nada.

-Ya sé- dijo el grandote-. Llémoslo a la sala a ver qué dicen los demás.

El cumbiero se encogió de hombros, y el chiquitito guardó el cuchillo en

el mismo lugar de donde lo había sacado.

-Si fuera por mí lo mataría de un fierrazo en la cabeza, y después lo enterraría en un pozo, como me hizo él a mí...

No podía creer lo que escuchaba. Aquello sobrepasaba todo tipo de límite. Lo peor de todo fue caer en la cuenta de que no había absolutamente nada bajo mi control. Estaba regalado a aquellos dementes.

A pesar del terror que me invadía, o quizá por eso mismo, no le aclaré que no había sido yo quien lo mató de un fierrazo y lo enterró... eso se caía de maduro... entonces el grandote dijo:

-Dale, vamos.

-No, ¿A dónde? Yo no hice nada...

-Dale- gritó furibundo, y se adelantó hasta mí. Me agarró de la remera y me levantó como a un nene-. Caminá o te llevo a la rastra- agregó, y no me quedó otra que, sollozando, atravesar el pasillo hacia la sala principal, sintiendo que cada uno de aquellos gritos que retumbaban en el piso, serían dentro de poco compañeros de los míos.

Al llegar a la sala, todos parecían estar esperándonos. El grandote estaba nuevamente detrás del mostrador. A su lado, la madre, se restregaba las manos con una rejilla blanca y húmeda. <<Me va a ayudar>> pensé. Los demás seguían en sus respectivas mesas.

Había un hombre que antes no había visto, sentado en la misma mesa en que estaba la que me había declarado su amor y el chico que parecía dopado.

Era un rubio grandote, que me recordó al que pelea contra Rocky en la IV, de rostro anguloso y un cuerpo musculoso que parecía tallado a cincel.

Los demás seguían en los mismos lugares en que los había visto antes de ir a buscar el reloj y estos dos locos me agarren. <<Tres>>.

Tétricamente cruzó ante mí el recuerdo del cuento La gallina Degollada, y sentí que aquel destino u otro igual o aún más tétrico era el que me aguardaba.

Estaba solo, nadie sabía dónde había ido; la única esperanza que me quedaba era que alguien vea el auto en la banquina, y lo asocie con el psiquiátrico en que me encontraba, a doscientos metros de la ruta.

Pero si eso no pasaba- y de inmediato-, nadie sabría lo qué había pasado conmigo.

El grandote esperó a que me ponga a su lado, pero antes de que pueda decir nada, volvió a empujarme, con lo que fui a dar contra una mesa, que cayó al piso, y sobre ella caí de bruces, y la tabla, rígida, me dio con el filo en las costillas, dolor agudo que me recordó al sueño en que el grandote me clavaba un cuchillo.

Entonces, cuando creí que todo estaba perdido, porque si a nadie le importaba lo que hagan conmigo, el grandote y su secuaz, así como el cumbiero, sí tenían bien claro lo que querían hacer, repentinamente, el rubio de cuerpo tallado a cincel se levantó de un sobresalto, y con voz grave, determinante, preguntó:

-¿Qué piensan que están haciendo?

El grandote que me había empujado no titubeó al responderle.

-Justicia, qué vamos a estar haciendo.

-Sí, háganlo mierda por hijo de puta- añadió la mujer de los ojos tensos, que había parecido estar esperando aquella situación para acotar opinión.

En ese momento apareció el chiquito, Franco, con la remera blanca ensangrentada, y por la mirada compasiva con que me observaba, creí comprender que lo que tenía era la lastimadura de alguna de las locuras de estos desquiciados.

-No le van a tocar ni un pelo- añadió el rubio- o antes se la van a tener que ver conmigo.

-No te hagas el guapo que ya sabes cómo terminaste la última vez... ¿eh? Y bien sabes que la culpa es de él...

-¿Mía?- pregunté, sumamente aturdido por el pánico que me colmaba- Yo no conozco a nadie... entiendan eso... ustedes están locos, están todos locos- hablé más de lo debido, pero no pude frenar aquella manifestación de bronca e impotencia. Además, aquel acceso de coraje lo tuve porque me encontraba cerca de la puerta. Entonces, al decir eso, corrí hasta ella e intenté abrir, pero una vez más, aquel lugar me volvió a aplastar con su inmisericorde extrañeza. Porque para decepción mía la puerta no tenía picaporte.

Me quedé paralizado, viendo cómo todos me contemplaban desesperado, a punto de perder el juicio que me diferenciaba de ellos, e incluso algunos sonriendo como si mi bautismo demencial estuviese comenzando a suceder.

Hasta la mujer de los ojos tensos estaba boquiabierta, sin comprender lo que había dicho.

-¿Cómo qué no?- preguntó la anciana, adelantándose unos pasos.

-No los conozco, les juro que no sé quiénes son...

No pude evitar el llanto. Ahora temía que las palabras que dije de más agraven la bronca de los que me habían atrapado.

Ventanas de mentira, puertas sin picaporte... sin duda no me había metido en un albergue convencional. Todo apuntaba a un psiquiátrico, pero todavía más extravagante, como si no fueran solo los pacientes quienes deliraban o sufrían, si no la estructura misma del lugar, porque ahora no podía olvidar los gritos del suelo, ni las manchas versátiles de la pared.

-No sé quiénes son...- sollozaba desesperado- por favor, déjenme salir...

Pero ante aquellas súplicas, la mujer de ojos tensos se acercó hasta mí, y cuando creí que iba a pegarme -yo ya estaba entregado, y no me hubiese defendido si intentaba hacerlo-, dijo con notable furia:

-Yo soy Martina, a la que un día nos inyectaste serotonina y adrenalina, a mí y a Hernán, e hiciste que Hernán me deje por una compañera de trabajo, y transformaste mi vida en una pesadilla...

-Ya me dijiste eso pero yo...

-Yo soy la mujer que desde un principio te amó- interrumpió la que me había declarado su amor-, pero a la que hiciste quedar como una histérica cuando te tuve que pegar una cachetada...

-A mí también- acotó el chico que parecía sedado, con voz pastosa y monótona- me arruinaste la infancia con Metalfenidato.

Lo que me decían sonaba tan descabellado como que me digan que yo había encendido el sol o creado las montañas.

-No, no...- dije, pero me interrumpió el hombre que era mi vecino de cuarto.

-A mi me volviste un golpeador...

-...e hiciste que me mate a mi- terminó la frase la mujer en su lugar. Ahora que la miraba bien parecía tener un agujero en la frente.

-Yo sufrí, pero tan mal no la pasé. Aprendí mucho- agregó el hombre flaco de piel trigueña, sin respetar relación alguna con lo que estábamos hablando.

En ese momento, el chico, Franco, se acercó unos pasos, visiblemente angustiado, y señalando al grandote que estaba detrás del mostrador, dijo con toda inocencia:

-Vos hiciste que él me abra el pecho en dos, para que ella- señalando a estelita- me coma el corazón todavía latiendo a mordiscos.

-Hmm...- acotó el grandulón, y entonces caí en la cuenta, final e inconfundiblemente, del lugar en que me encontraba, y reconocí, nítidamente, uno por uno los personajes que había encontrado en aquel albergue.

Mi desconcierto fue tan grande que no pude evitar que se me caiga la boca. Las ideas dentro mío sintetizaban a toda velocidad, y sin embargo había tantos elementos que quedaban por fuera, sin explicación, que estaba perplejo sin poder concluir nada lógico.

-A mí me mataste con la rosca de la picadora- dijo el cumbiero.

-A mí con una escopeta- alegó el grandote que me había empujado-. Y a él lo metiste preso-refiriéndose al rubio que era su compañero.

-En mi caso aclaraste los misterios del asesinato- comentó el rubio grandote- por eso te ganaste el apodo del Sherlock Holmes Bahiense...

¿Cómo no me había percatado antes? Todo era tan claro, tan obvio, que hasta para cualquier lector ocasional mío hubiese resultado evidente.

Pero para mí, que de algún modo era el padre de todos ellos, la evidencia se me había escurrido como agua de las manos.

Ahora comprendía el nombre del albergue, que desde un principio omití considerando que no tenía relación alguna con el lugar.

<<Albergue Los Personajes>>. Cuando supuse que estaba en un psiquiátrico, pensé que era porque ahí la mayoría -por no decir todos- estaban

locos, pero ahora entendía que incluso aquel nombre era creación mía, porque quienes moraban en aquel lugar, no eran si no otros que los protagonistas que yo mismo había creado para escribir otros cuentos. Todo lo que decían era cierto, hasta el último detalle, y mi responsabilidad, ineludible.

No recuerdo cuales fueron mis palabras ante aquel descubrimiento, ni el tiempo que permanecí inmutado junto a la puerta, siendo traspasado por la mirada de todos ellos. Lo más probable es que no haya dicho nada. Pero todavía superior fue la sorpresa cuando les pregunté cómo hacía para salir de ahí.

-No podés salir- dijo la vieja, cortando un silencio tan tenso y frágil como un cristal- porque ahora vos también sos uno de nosotros.

Los personajes de este cuento son protagonistas de los siguientes textos. Por orden de aparición.

Franco, la anciana y su hijo (el grandote), El Once.

Los dos hombres que me miran desde la última mesa (así como el grandote rubio que aparece al final), Misterios y Asesinatos.

La pareja que se pelea en la habitación contigua, Crímenes Casuales.

El ritual, así como el flaco de piel trigueña, Río.

La mujer de ojos tensos, Happy Life.

La Mujer que me declara su amor, Piropo.

El joven sedado, Medicado.

EL cumbiero, En Defensa Propia.

